

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

---

*La esposa del  
Rey de las Curvas*



---

ANAGRAMA  
Narrativas hispánicas

# **La esposa del Rey de las Curvas**

**Alfredo Bryce Echenique**

*Para Anita, siempre*

# LA FUNCIONARIA LINGÜISTA

**Y**a estábamos forcejeando y aún no la conocía, ya estaba tratando de arrancharme de la mano derecha, bastante adolorida, por lo demás, la pesada maleta con que yo acababa de aterrizar, luego de un vuelo eterno desde La Habana. Y ni se había presentado ni me había anticipado que venía a buscarme con Armando, que andaba aún estacionando su automóvil por algún lado, precisamente para ayudarme con aquel pesado equipaje, lo cual de inmediato lo hubiera aclarado todo, por supuesto, en vista de que a él sí que le había enviado yo un mensaje diciéndole que venía recién operado de ambas manos, debido a una galopante enfermedad de Dupuytren.

En fin, que a Raquel Quiñones ni la había oído mencionar, aún, y, por decir lo menos, ya me estaba dando guerra la mañana aquella en el aeropuerto de Barajas, a mi regreso de La Habana a Madrid. También es cierto que por la noche y con mil copas ya estábamos haciendo el amor y que al día siguiente, cuando por fin terminé de amanecer y de establecer en casa de quién y con quién me hallaba, las cuentas me cuadraban todas, menos una, y esa una era la menuda muchacha desnuda que revoloteaba por el dormitorio de casa de Armando, con las cortinas aún cerradas, aunque dejando filtrarse luz suficiente como para que yo pudiera mirar bien a la chica y tener además la absoluta certidumbre de que era la misma Raquel del aeropuerto de Madrid, tratando de arrancharme una maleta mientras que yo, estupefacto, observaba su nariz como boxeadita, y hasta noqueadita, diría yo, y encima de todo con una cierta desfiguración en el perfil, algo como de tabique roto, incluso, habría que agregar, aunque aquel conjunto de defectos resultase al fin y al cabo atractivo, y también su muy escaso pelo

rubio y muy lacio, su corta estatura, y su voz dulce, suave y melodiosa, que, sin embargo, tan poco habría de decirme con el tiempo.

Pues sí, ésta es la misma muchacha, pensé, mientras la miraba evolucionar desnuda y de espaldas, y adquirir, en este breve trance, sólo en este breve trance, una estatura que jamás tendría y unas preciosas nalgas que sí que tenía. Era, definitivamente, que yo me estaba prendando de ella, aunque, claro, qué fácil es decir todo esto tanto tiempo después, a toro pasado, como dicen en España, años después, en todo caso, de haber olvidado, incluso, una relación que duró diez años, diez, sí, aunque hoy me parezca mentira y hasta tenga que repetírmelo una y mil veces para creérmelo, y aunque, por momentos, hoy tenga yo incluso que pensarlo mucho para recordar que pasé toda una década de mi vida —cinco años de noviazgo, y cinco más de matrimonio— con Raquel Quiñones, funcionaria y lingüista, para más INRI, aunque sobre el primero de estos dos términos no me quepa la menor duda y, en cambio, sobre el segundo, sobre aquello de lingüista, sí que tenga las más serias dudas. Pero, de cualquier forma, es otra la constatación que hoy, incluso, me subleva, por lo que en sí conlleva de inquietante e incluso de increíble, de inmensamente preocupante, en todo caso.

Porque qué hace que una persona, mujer u hombre, además, da lo mismo, caiga en este olvido tan total y absoluto, un extraño y hueco olvido al que en este momento a mí tan sólo se me ocurre calificar de olvido cronológico. Y, además, lo vengo conversando y constatando cada día más, a medida que pasa el tiempo y que lo hablo con personas a las que, por decirlo de alguna manera, les va ocurriendo algo muy similar a lo que a mí me ocurre ahora con Raquel Quiñones. Porque sí: es que hay personas con las que uno realmente ha vivido, con las que uno se ha casado y con las que uno hasta ha tenido hijos —no es, este último, mi caso—, y que de golpe y porrazo sencillamente no han formado parte de nuestra vida, nunca.

El hecho mismo de que a estas personas las llame uno por su nombre y apellidos es ya muy revelador, parece ser. Porque yo, a mi primer amor, por ejemplo, la sigo llamando Inés, y la quiero aún muchísimo, cuando mi memoria gratamente la convoca, y a mi primera esposa, igual, cuando mi memoria la convoca, gratuita y graciosamente, la llamo siempre Isabel. Pero este Isabel es cualquier cosa menos un Isabel a secas. Todo lo contrario: es en realidad un Isabel que aún me sabe a gloria, años luz

después de haberla querido tanto, sin embargo. Y a Nadine, la francesita que me enloqueció, en mis ya bastante locos años parisinos, con voz muy queda, le suelo decir, aún hoy, en mis recuerdos más sensuales y voraces, *Namour*, y me sonrío y hasta me entono íntegro por dentro y todo, bien calentito.

Y en cambio Raquel es —y lo será ya siempre, también, por supuesto—, es, y muy tercamente, Raquel Quiñones Salcedo. Y como muy a secas, e incluso con algo como de pura y dura y hueca contabilidad en ello. No sé si realmente me preocupa este problema, pero en todo caso sí que me lo planteo. Pues sí, al menos me lo planteo, o me lo planteaba, digo yo, hasta el día aquel en que me topé con el inefable Carlos Elejalde y se lo comenté, y en su respuesta no sé si lo que encontré fue un realismo absoluto o una amargura abrumadora.

—Pues yo, Raúl —me dijo, en aquella oportunidad—, yo, a la madre de mis cinco hijos, a la tal por cual esa que se quedó hasta con mis corbatas, única y exclusivamente la recuerdo, y porque soy todo un caballero, como Clara María Susana Valverde Ramírez. Mientras que a todas las demás las llamo Nena o Nenita, o incluso Nenuska, según las circunstancias, claro está.

Y cuando le pregunté, no hace mucho, un día en que me la topé de casualidad, a Clara María Susana Valverde Ramírez, por Carlos Elejalde, se impacientó, incluso, por el mero hecho de que yo no recordara que su nombre completo, para que lo sepas, Raulito, es: Carlos José María Elejalde Bautista y de Mierda. Y remató: Muy de Mierda, hablándome así, con mayúsculas y todo, a juzgar por su furibunda entonación. O sea que terminé, como quien dice, por las patas de los caballos. Terminé pésimo, sí, porque desde hace un tiempito, ya, de golpe y porrazo, aunque sin sentir yo nada ni recordar tampoco cómo ni por qué, la que fue mi segunda esposa amaneció un día en otro planeta y en una cama situada a miles de años luz de la mía, llamándose Raquel María de la Trinidad Quiñones Salcedo, maldita sea. Pero nada suave ni alegre ni dulce ni amable, ni siquiera triste, ni siquiera malo, convocó aquella mañana gris mi abstracta memoria, con la mención de aquel nombre también abstracto. Purita, vacía, y fría cronología, debo constatar. Y pues lo constato, sí, pero como quien golpea en un tronco seco. O, como dice la canción: *Se acabó y punto*.

O, como suele decirse, también, en inglés: *And such is life in the tropics...* Aunque suena a broma pesada, esto del trópico, porque de lo que uno en realidad está hablando es de un desierto de amor. Y de que en aquella travesía hubo una escala, larga, muy larga, de la cual sin embargo absolutamente nada quedó para el resto de la vida. ¿No decía el poeta Constantino Kavafis que, al final de todo, más queda del camino recorrido que del puerto en el que anclamos ya para siempre? Pues no en mi caso, constato, vacía, huecamente y sin eco, y sin pérdida alguna que lamentar. Como constato también que, cuatro años de mal funcionamiento, sobre todo por entonces, del puente aéreo que unía, con monopolio y todo, Madrid con Barcelona, hicieron que Raquel —la muchacha de la nariz boxeadita y hasta noqueadita, el pelo rubio y ralo, las nalgas habaneras, y la voz suave y melodiosa que tan poco habría de decirme, sin embargo— y yo termináramos optando por el matrimonio...

Y aquí sí viene a cuento, aunque brevemente por ahora, lo de funcionaria y lingüista del título de este relato, pues como lo suyo era la lengua española y la universidad, previa selección y todo tipo de pruebas para obtener una plaza, sencillamente no podía entonces, al menos sin grandes dificultades, obtener su traslado a Cataluña, o más precisamente a Barcelona, donde yo vivía bastante despreocupadamente desde hacía cuatro años, después de haber pasado veinte años dedicado entre otras cosas a la enseñanza en varias ciudades de Francia, empezando por París, adonde llegué de Lima, mi ciudad natal, hace ya la friolera de un millón de abril, me parece ya, y cada día más.

Vagabundeaba además los veranos por países como Cuba, escribiendo siempre crónicas que vendía sorprendentemente bien, a través de una agencia de prensa, y luchando por escribir aquella novela que, por fin, me permitiera dar el salto cuantitativo, si no total, que representa publicar en una editorial española. Lo tristemente paradójico era —y es que mis crónicas y artículos, siempre exitosos, muy bien publicados, comentados y excelentemente remunerados, además, habían logrado que mis fracasos literarios, realmente esenciales para mí, pasaran absolutamente inadvertidos para todo el mundo, de tal manera que ni siquiera eran palpables aquellos fracasos, ni a nadie le importaban, tampoco. Y la gente, más bien, pensaba en mí como un gran triunfador.

—En fin —decía yo, a menudo, cuando alguien me felicitaba públicamente—: triunfador, sí, pero según el cristal con que se mire...

Y así, pues, por ejemplo, Raquel, a quien como personaje de un relato quiero dejar en Raquel, por más que por ahí se me escape algún Quiñones y Salcedo, y todo lo demás. La pobre se lo merece también, la verdad, porque al aeropuerto de Madrid vino a arrancarle las maletas a un triunfador, y se acostó esa misma noche con ese mismo triunfador, y tanto que ni cuenta se dio por la mañana de que se había despertado al lado de un fracasado, según el cristal con que se mire, y yo me estaba mirando a mí mismo con los lentes más negros del mundo, por aquellos días, pues ni en La Habana, y seduciendo incluso a una chica del poder cultural y todo eso, había logrado yo publicar una novela aquel verano tan sexual, y en cambio ya hasta por mártir de la literatura se me podía tomar, con gran humor negro, por supuesto, pues incluso me había hecho operar de ambas manos debido a esa maldita enfermedad de Dupuytren que me contraía y encogía los dedos meñiques de cada mano, galopantemente, y que empezaba a doblarme hacia adentro las propias manos, debido a la flexión de los dedos sobre las palmas, con grandes molestias, además, y causándome entre otras cosas muchos problemas a la hora de teclear debidamente.

Pero nuevamente creo que me estoy yendo por las ramas, y que, en cambio, ya es hora de que coja el toro por las astas, o lo que es lo mismo en este caso, que les cuente qué ocurrió con el matrimonio aquel, forzado sin duda alguna por el mal funcionamiento del puente aéreo entre Barcelona y Madrid, que me unió civilmente a la muchacha de nariz como boxeadita y hasta noqueadita y de aquellas divinas nalgas, que era, a la vez, funcionaría y lingüista, y que me obligó a trasladarme de la Ciudad Condal a la Villa y Corte. Llevábamos cuatro insoportables años de puente aéreo y malos humores, cuando nos casamos en un juzgado y lo celebramos luego con una fiesta moderadamente elegante, en los salones y terrazas de un hotel llamado Miguel Ángel, si mal no recuerdo. La verdad, lo único que recuerdo muy bien es que no conocía casi a nadie, en aquella boda, que, no obstante, tengo la impresión de que significaba mucho para la pobre Raquel.

La suerte, sin embargo, estaba de antemano echada para aquel matrimonio. Meses atrás, durante un viaje de encargo a Puerto Rico, con la misión de escribir algunas crónicas sobre la isla, había conocido a una chica



demasiado joven y bella, tan bella pero al mismo tiempo tan joven que opté por cortar por lo sano y salir disparado de la mayor de las Antillas Menores. La muchacha, sin embargo, se las arregló para trasladar enseguida su matrícula a la Universidad de Barcelona y para hacérmelo saber, también, justo una semana antes de mi boda con Raquel, con lo cual toda la ilusión de estabilidad que uno pone siempre en estos actos, aunque sea por un asomo de decencia y de honestidad, quedaba ferozmente minada. Mi propia profesión de cronista viajero hizo el resto, muy ayudado es cierto, además, por el hecho de que la agencia de prensa para la cual trabajaba yo tuviera su sede principal en Barcelona. En resumen, nuevamente me había convertido en el amante del puente aéreo.

Me conmovía el afán con que Raquel trataba de convertirme en un hombre de horarios, de agenda social y de relaciones estables, pero jamás logré concentrarme en nada debidamente y en cambio sí observé con claridad y cierto detenimiento cómo ella sacaba las garras, siempre en la dirección equivocada, y cómo, en cambio, se le pasaban uno tras otro todos mis deslices y aquel inmenso contrabando sentimental que acompañaba ahora cada uno de mis desplazamientos. Para empezar, uno tras otro, toditos mis vuelos, incluyendo sobre todo aquellos que partían rumbo a un país extranjero, pasaban ahora por el aeropuerto de Barcelona, donde casi de inmediato subía a bordo la muchacha de Puerto Rico.

Pero, en realidad, fue el afán que puso Raquel en distanciarme de determinadas personas el que me hizo tomar conciencia de algo que jamás habría pensado era una de mis virtudes: una profunda fidelidad a mis amigos. A todos y a cada uno de ellos. La guerra estaba servida, y yo muy dispuesto a dar la batalla, aunque jamás se me ocurrió que antes tendría que descubrir nuevas facetas de la personalidad de Raquel que ahondarían aún más la enorme distancia que ya desde entonces existía entre nosotros. El viaje que emprendimos por los Estados Unidos y que para ella estuvo a punto de concluir en la primerísima escala, fue para mí toda una lección acerca de Raquel y hasta una suerte de enciclopédica *Raquel Ilustrada*, que me llenó incluso de vergüenza ajena.

Fue en plena guerra del Golfo y en el aeropuerto John F. Kennedy, de Nueva York, desde donde debíamos volar a Washington, a casa de unos amigos. Nuestro vuelo tenía un retraso considerable y Raquel, que es una fumadora compulsiva de tabaco negro, estaba realmente desesperada

porque no había un solo rincón en aquel aeropuerto en que se pudiera encender un cigarrillo, aunque escondida en un baño sí había logrado dar unas cuantas pitadas. También yo le había comprado chicles y todo tipo de caramelos y pastillas, mentoladas y no, aunque sin lograr que se calmara en absoluto y que cesara de dar de saltos en la pequeña sala de espera situada a un lado de la puerta número seis, desde donde debía despegar nuestro vuelo, pero por donde, en cambio, apareció inesperadamente un batallón procedente de la guerra del Golfo, mientras todo aquel sector del aeropuerto se llenaba de serpentinas amarillas y por los altavoces se anunciaba la llegada de los héroes, a los acordes del himno nacional y de una larga serie de marchas militares. Los soldados, además, llegaban cantando a voz en cuello, corriendo, saltando, dando vivas y hurras, fumando, bebiendo latas y más latas de cerveza y lanzando finalmente verdaderos alaridos, mezcla de ardor guerrero y de felicidad por el retorno a casa, entre los clamores del público que se había apiñado ahí para recibirlos con todo tipo de vítores e improvisadas banderitas yanquis. Era tal la algarabía de aquellos vulgares Rambos que el ataque de odio, de nervios, y, finalmente, de histeria, que todo aquel eufórico espectáculo le produjo a Raquel pasó prácticamente inadvertido y también felizmente los insultos que les iba lanzando a chillido limpio a los gladiadores y a su país, gracias a Dios que en castellano, pues la verdad es que Raquel no hablaba una sola palabra de inglés.

Inútilmente traté de contenerla, de taponarle al menos la boca, pero todo aquel forcejeo me pareció demasiado llamativo y provocativo, por lo que muy prudentemente me hice a un lado hasta alejarme lo suficiente del lugar en que se desmelenaba Raquel, pensando que lo mejor era que al menos yo pasara inadvertido mientras los combatientes del Golfo lanzaban sus atronadores hurras y vivas y seguían su triunfal camino, en fin, mientras aquel inesperado y patriótico jolgorio llegaba a su fin.

Un par de horas después, Raquel fumaba y bebía un whisky tranquilamente en casa de unos amigos que además hablaban castellano fluidamente. Del incidente de Nueva York nunca más volvimos a hablar, ni lo mencionó ella jamás, tampoco, cuando, ya en España y con otros amigos, recordó este viaje. Y, sin embargo, pensaba yo, mucha suerte tuvimos de que la policía no nos echara el guante debido a tanto insulto y provocación, porque lo de Raquel en aquella ocasión fue un verdadero e interminable

ataque de histeria que bien pudo haber arruinado nuestro viaje en su primera escala de Nueva York.

Pero, bueno, seguimos adelante, de costa a costa, y ya al final, en Berkeley, donde nos alojamos en casa de dos grandes amigos míos, la vergüenza que tuve que pasar fue inmensa, pues, como mis amigos no hablaban castellano, o apenas, Raquel simple y llanamente optó por pasarse los tres días que duró la visita tirada en el suelo y acariciando al perro de la casa. Y se negó incluso a participar en la excursión que mis amigos organizaron al Napa Valley, sólo por pasearnos a nosotros, y, la verdad, al final yo feliz, yo feliz o en todo caso muy aliviado al saber que podríamos hacer aquella excursión en paz.

Eso sí, como en tantas de las ciudades que visitamos, también en la escala de Berkeley se compró Raquel cuanta baratija encontró en el camino, y además montones de muy importantes libros de lingüística, aunque todos en inglés, para mi gran asombro. Al final del viaje, optamos por enviar aquellos tomazos a España por correo aéreo, y aunque una vez en casa yo me ofrecí muchas veces a traducirle páginas enteras de algunos de ellos, a Raquel le bastó siempre con acumularlos en una desbordada biblioteca, de la cual, me consta, jamás sacó un solo libro para leerlo.

Y esto por la sencilla razón de que a Raquel jamás le interesó realmente la lingüística. Como funcionaría, tenía un puesto fijo en la Universidad Nacional de Educación a Distancia, donde, por lo demás, no había alumnos—éstos se manifestaban tan sólo por escrito y en las épocas de exámenes, sobre todo— y, aunque jamás leyera ni preparara nada ni se mantuviera al día de las tendencias y los cambios que se iban produciendo en su disciplina, su paga le llegaría eternamente a fin de mes y sin que esta vagancia, rayana ya en la inmoralidad, le produjera la más mínima inquietud, ni tampoco remordimiento alguno. Además, era la única lingüista que conocí en mi vida—frequenté y hasta fui amigo de algunos lingüistas más, durante mis años de profesor universitario en Francia— que tan sólo hablaba un idioma, el suyo, pero en cuya biblioteca se cubrían de polvo libros de su especialidad en alemán, francés, inglés, italiano, latín, griego y qué se yo cuántos idiomas más, todos, absolutamente todos condenados al olvido más completo. A menudo, yo pasaba por el despacho que tenía en casa, en Madrid, al lado del mío, y la veía tan campante leyendo eternamente el *Hola* o el *Marie Claire*, pero, en cambio, en los cinco años

que duró nuestro matrimonio jamás la vi leer o escribir absolutamente nada que tuviera que ver con su supuesta carrera universitaria. La verdad, pienso hoy, es que, con todo lo que la rodeaba, Raquel era una mujer absolutamente impermeable a la lingüística.

Y, en todo caso, si carrera universitaria jamás hubo, ésta fue muy breve y terminó para ella el día mismo en que obtuvo, mediante una oposición en la que contó con el favor de varios catedráticos amigos, su puesto de profesora en el pequeño Departamento de Filología Española de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, convirtiéndose a partir de ese momento y de por vida en inamovible funcionaria lingüista. Entonces se cerraron para siempre todos los libros de esta especialidad, y jamás, tampoco, al menos durante los cinco años que duró nuestro matrimonio, Raquel escribió un artículo, dictó una conferencia, o asistió a un congreso de lingüística.

Su propia vida, creo yo, se empobreció notablemente a partir de entonces, y la universidad se convirtió para ella en una suerte de campo de combate mezclado con una enfermiza dependencia que la hacía volver y volver, día tras día y tras día, aunque nada absolutamente tuviera que hacer ahí. En muy poco tiempo, además, la vi ir perdiendo una tras otra a todas sus colegas y amigas, y siempre por la misma chismosa y baja razón.

El escenario de todas aquellas guerras larvadas, plagadas de chismes y maledicencias, era siempre la cafetería de su universidad, en la que Raquel se pasaba días enteros, a veces incluso sin llegar a subir a su despacho, según me comentó ella misma en varias ocasiones. Allí se citaba con sus grandes amigas, con muchachas que para ella parecían ser sagradas, y por las que parecía también estar dispuesta a dar la vida, hasta el día fatal en que, contando incluso con su más sincera ayuda y entrega, aunque también con una buena dosis de algo rayano en el servilismo e incluso en el masoquismo, ahora que lo pienso bien, en fin, hasta el día fatal en que esta o aquella compañera aprobaba una oposición y gracias a ello ascendía de profesora a catedrático. Muy pocos días después, aquella sagrada amistad se hacía añicos, cuando, infaliblemente, Raquel, una y mil veces, descubría que la cátedra la había obtenido esa puta acostándose con tal y tal catedrático. En casa no tardaba yo en enterarme de que Fulana de Tal, de amiga, nada. Porque lo que era «Fulana de Tal es una tremenda puta». Y

ahora que lo pienso bien, jamás hubo una sola excepción a esta maldita y asquerosa regla.

Lejos de ser una vida profesional, como tantas que había visto yo en Francia, aquello más parecía ser una suerte de vicio o de enfermedad, sumamente contagiosa por lo demás, todo un sistema de odios, de zancadillas, de venganzas y de celos mortales. Y en la cima de aquella podrida pirámide, claro está, la figura del jefe, del *pater*, del catedrático prestigioso y a veces miembro de la Academia, incluso, o con una obra valiosa publicada a lo largo de los años, adquiriría al mismo tiempo las características y virtudes del patriarca, del amante imposible, y del benefactor todopoderoso y eterno.

Los celos que este patriarca despertaba entre sus pupilas podían llegar a situaciones extremas, y de hecho Raquel se vio envuelta un día en un tremendo escándalo, que, la verdad, hasta hoy me pregunto cómo y por qué no llegó a la prensa, ya que hasta la policía y numerosos investigadores tuvieron que intervenir para aclarar aquel suceso bastante diabólico, por lo demás. Hasta donde supe, entonces —siempre en versión de Raquel, por supuesto—, el patriarca director de aquel endemoniado Departamento de Filología, de la noche a la mañana perdió todas sus virtudes y bondades y fidelidades, al verse envuelto en un tórrido romance con una de las profesoras más jóvenes y de menor jerarquía.

Rugía pues el corazón negro de la selva, los tambores de guerra palpitaban, y las fieras enloquecidas se lanzaban a zarpazos todas contra todas. Pero, al mismo tiempo, entre todas estas fieras, había una más rabiosa, más enloquecida, más arrojada, y tanto que urdió su propio plan de ataque, y sabe Dios cómo, ya que cada despacho era individual y estaba cerrado con su propia llave. Esta fiera loca se introdujo nada menos que en el despacho de su odiada rival, y en una suerte de rugiente macumba hechicera y haitiana, apuñaló una fotografía de grupo que ésta tenía sobre su escritorio, acertándole precisamente en el rostro y desfigurándose para siempre, bañó en seguida en tinta roja techo, paredes, muebles, y todo lo que encontró en su camino, y, antes de cerrar delicadamente una cerradura cuya llave nunca debió tener, dejó un anónimo salido de una computadora e impresora ajenas a su universidad, en el cual amenazaba a la coleguita menor con ponerle su verdadero rostro tal cual, si no salía de entre las piernas del patriarca león y patrón.

Cómo se las arreglaron para que aquel asunto no llegara siquiera a una comisaría, ya no digo donde un juez, es algo que nunca sabré. Recuerdo, sí, con muy mal sabor de boca, que Raquel estuvo entre las principales sospechosas. Debía estar en una posición sumamente débil, eso sí, la noche aquella en que le pregunté, suponiendo que este asunto llegara a los tribunales, si alguna de sus colegas más amigas —o sea aquellas que tampoco ascenderían nunca, y que, como ella, se limitarían y resignarían, a costa de todo tipo de celos, odios, frustraciones y amarguras, a no pasar jamás de ser funcionarias lingüistas, y a no dar jamás golpe, profesionalmente hablando—, o sea algunas de aquellas colegas con las que se pasaba la vida chismorreando ruindades en la cafetería, estaría dispuesta a testimoniar a favor de ella, y Raquel me respondió que ninguna. Sin duda alguna debía encontrarse en una posición de extrema debilidad, e incluso, pienso hoy, a punto de que la declararan culpable de aquel arrabalero y diabólico asunto.

El tiempo pasó, sin embargo, y aquel escándalo de intramuros quedó cubierto por una gruesa capa de silencio, y las funcionarias lingüistas más humilladas y dejadas de lado que nunca por el patrón, ya que, según me comentó la propia Raquel, dolidísima, eso sí, los tórtolos se habían parapetado en el despacho del patriarca, e, incluso, una vez que varias de ellas y aquel dios viajaron en un mismo avión, a no sé qué otro país, la parejita real se mantuvo tan alejada de la feroz manada herida que hasta pareció que no formaba parte de aquel zoológico en vuelo.

El tiempo pasó, sí, y aquel gran tole tole cayó en el olvido, o más bien pasó a ser una entre las miles de batallas a cuyo relato parcial tuve que asistir, en casa, ya que no bien regresaba Raquel de su universidad, el teléfono empezaba a sonar. Era siempre, era infaliblemente, alguna de aquellas coleguillas menores, pero no para hablar de algún tema relativo a su trabajo, por supuesto, sino para continuar con el relato interminable de las mil y una batallas de una guerra que había empezado muchos años antes de llegar yo al frente de combate, en calidad de esposo de Raquel y por lo tanto de espía muy parcial y sumamente involuntario, por decir lo menos.

Pero las chifladuras de Raquel se daban también en el frente interno, en el cual sin embargo no podré nunca negar, ni muchos menos olvidar, que paralelamente a todo tipo de sospechas y temores, y de ese detestable afán de enfrentarme y alejarme de mis mejores amigos en Madrid, Raquel era

capaz de engreírme y de fijarse en cada uno de mis caprichos, de ser realmente una persona cariñosa y sonriente, por más que el diablo se le metiera en el cuerpo de vez en cuando y lo arruinara todo incluso en el mejor de los momentos.

Raquel llevaba, además, descubrí un día, un diario íntimo, pero no de su vida sino increíblemente de la mía. Era una minúscula libretita en la cual iban quedando anotadas, con un rigor absoluto, desde la camisa o los zapatos que usaba cada día, hasta la hora en que entraba al baño, por ejemplo, o el menú de mis comidas. Encontré el pequeño diario aquel, de pura casualidad, un día, probablemente olvidado, sobre la mesa del comedor, y lo que no me gustó en absoluto, eso sí, fue descubrir que muy a menudo Raquel me seguía en mis desplazamientos por Madrid.

Esto sí que me produjo un gran fastidio, pero, me imagino que, en nombre de la paz en el frente interno, opté por no decir esta boca es mía y dejé el diario donde lo había encontrado. A veces lo buscaba, cuando Raquel no estaba en casa, para enterarme de en qué etapa de mi vida me encontraba, o algo así, en versión Raquel, por supuesto, aunque la verdad es que aquella libretita era un manual de banalidades escrito por una persona únicamente capaz de encontrar la paja en el ojo ajeno, un relato bastante mezquino, incluso, y en todo caso francamente decepcionante.

Pero ya decía que las chifladuras de Raquel se daban también en el frente interno, donde, por lo demás, era incluso paradójico cómo ella, un verdadero monstruo de celos, se perdía en una suerte de verdaderas mezquindades, todas y cada una de ellas producto de una mente cada vez más desquiciada, y jamás vio, por ejemplo, lo que realmente era importante para mí en aquellos años. Me atribuyó mil *flirts*, en Madrid y hasta en Indochina, pasando, cómo no, por mi país, y sobre todo por Lima, mi ciudad natal, y sin embargo jamás tuvo sospecha alguna de que en Barcelona mantuve yo una relación que duró incluso más que nuestro matrimonio. Y de la misma manera, me imagino, en que tampoco yo me enteré, hasta después de nuestra separación, de que la computadora que compré con ella y que ella misma me enseñó a utilizar —hasta entonces yo siempre había usado una máquina de escribir Hermes portátil— tenía una disqueteera y de que allí se introducía un *diskette* en el que se podía ir archivando ordenadamente todo el trabajo que uno iba haciendo a lo largo del día, de la semana, en fin, cada vez que uno lo deseara.

Ya yo había notado que, cada noche, cuando yo abandonaba hasta el día siguiente el espléndido escritorio y biblioteca en que trabajaba en el departamento de Madrid, Raquel entraba brevemente y salía enseguida con algo oculto en la mano. Pero la verdad es que sólo después de nuestra separación me enteré de que aquél debió ser para ella, entre otros muchos, el mecanismo de control de mi vida privada que con mayor frecuencia utilizó, pero que en realidad debió darle muy escasos frutos, porque con la chica de Puerto Rico utilizamos siempre el teléfono y, tan frecuentemente como éste, creo yo, el avión. Los pretextos y excusas laborales me sobraron, siempre, y «la secretaria» de la agencia de prensa que tan frecuentemente me llamaba de Barcelona y hasta me dejaba mensajes enteros, a veces de lo más ambiguos, incluso, en el contestador automático, tenía un delicioso acento puertorriqueño, y además llegó a ser tan deliciosamente atrevida que hasta el día de hoy me pregunto cómo pudo escapar al control de toda una funcionaría, funcionaría y lingüista, nada menos.

Nada deliciosa era, en cambio, la caligrafía de la chica de Puerto Rico, en realidad verdaderamente endemoniada y hasta furibunda, me atrevería a decir. Pero, bueno, las cartas de lectores eran algo frecuente, por aquellos años, y, como yo sabía que de todos modos terminarían en manos de Raquel, le facilitaba la tarea dejándolas tiradas por cualquier lado, hasta que caían en el olvido y desaparecían, ya muy bien escrutadas con su lupa deformante. Y por ahí dejé una postal de la chica de Puerto Rico, pensando muy equivocadamente que también pasaría completamente desaparecida.

Pero como Raquel, de todas todas, tenía muchísimo de bruja, literalmente entró en un trance loco no bien se topó con la postal aquella y con su endiablada y muy excitante escritura. Un verdadero ataque caligráfico, en el que había tanto de rabia como de celos y de histeria, de desasosiego, y de pérdida total del control de una situación, se apoderó de ella, desembocando enseguida en un ataque de histeria, muy a la neoyorquina, aunque mil veces más agudo y largo que el *show* aquel que montó ante los Rambos aquellos que regresaban triunfantes y galopantes del Golfo, se nos colaban por nuestra puerta de embarque, gritando y bebiendo de todo, pero, mucho más grave aún, fumando incluso de todo, hasta marihuana, mientras que mil prohibiciones le impedían por completo a Raquel fumarse tan siquiera un puchito.



«¡Qué tal chica, la de Puerto Rico!», me iba diciendo yo, mientras esperaba que aquel huracán caribeño terminara de hacer sus estragos en mi vida marital. Que los hizo, sí, y mucho, pues, cuando menos me lo pensaba, porque ya las aguas se estaban calmando, Raquel me arrojó una verdadera artillería de cucharas, cuchillos, tenedores, cucharitas, pero, en fin, nada que se rompiera, eso sí, la muy bruja, y mientras me fue arrojando todo aquello, me anunció que abandonaba la casa, que la pareja que formábamos quedaba disuelta, que se quedaba por supuesto con el cincuenta por ciento de todo, y que me odiaría hasta la muerte.

Pobre Raquel, ella, que tan buena bruja sabía ser, de golpe y porrazo darse absolutamente por vencida por tan sólo la caligrafía endemoniada de una postal en la que, por lo demás, la chica tan bella y joven de Puerto Rico me anunciaba, a su vez, que andaba ya pensando en el retorno a su tierra. El motivo: la decisión que había tomado yo de cortar por lo sano una relación entre un cincuentón y una chica que acababa de alcanzar los veinte. En fin, que me quedaba sin sogas y sin cabra, o, como muy bien dicen los franceses, me quedaba nada menos que: *entre deux chaises, le cul par terre*.

Conociendo a Raquel, por supuesto que estaba muy dispuesta a darme toda una lección, la gran lección que se merecía un tipejo como yo, un tipejo que frecuentaba incluso las peores caligrafías. O sea que muy pronto me sacó, mucho más que un mero catedrático, a todo un señor académico, y nada menos que de la muy Real Academia de Historia. Pues sí, esto es lo que me sacó Raquel, para ejercer algo así como una abrumadora venganza, aunque más exacto creo yo que sería decir que, al muy respetable académico aquel, más bien lo metió que lo sacó, pues aquel buen hombre no tardó nada en ser ingresado, enfermo ya de ancianidad, a un hospital de Madrid, porque la verdad es que estaba ya pal' gato el otrora muy elegante y guapo y fino señor Sepia, como lo bauticé yo el día mismo en que Raquel me citó para enseñarme lo guapo que fue su amor en los años del sepia.

Una suerte de dulce histeria —si esto existe— se apoderó entonces de Raquel, a la que yo entonces visitaba todas las tardes en el departamento que uno de sus hermanos le había prestado muy cerca del nuestro. Y es que, ahora, de pronto, la muy chiflada Raquel vivía en lo que incluso me atrevo a llamar un mundo color sepia, proveniente sin duda del archivo personal de su histórico académico real. Una foto tras otra de su ilustre historiador, todititas color y olor archivo, hablaban mucho más de Raquel que del

ancianito del que se había hecho cargo en un tristísimo intento sepia de vengarse seriamente de mí, me imagino. Y, bueno, en cierta medida pienso ahora que lo logró, la pobre, porque al final terminé siendo yo quien la tenía que traer y llevar de su nuevo e improvisado hábitat —repleto de libros de lingüística en varios idiomas, eso sí, y todo para la galería, cómo no— a la universidad, y de ahí a la clínica y otra vez de la ceca a la meca y todavía de ahí al departamento prestado por el hermano, donde incluso me quedaba a dormir algunas noches, en mi afán de velar por el intenso color sepia de su dolor. La verdad, nunca la vi tan dulce y callada, como sin cuerda, a la pobre Raquel, y nunca jamás tampoco hubo tanta paz y armonía entre nosotros.

Pero, si por ahí dije antes que Raquel era una persona absolutamente impermeable a la lingüística, debo agregar ahora que en cambio no lo era en absoluto a las lingüistas. Y así sucedió que, estando ya separados y yo en absoluta calma en el departamento madrileño, tan en calma que ello debió hacerme presagiar una gran tormenta, claro está, una gran amiga y ex compañera de mis años de profesor universitario en Francia pasó por Madrid, y tuvo a bien llamarme, lo cual por supuesto a Raquel sólo le podía saber muy mal. Enterada además de que mi gran amiga era encima de todo lingüista, y de que estaba preparando —y esto sí que ya es demasiado, esto sí que es la guerra sucia declarada, ésta sí que es la madre de todas las batallas, esto sí que es el acabose— su doctorado, o sea realmente *too much*, el efecto consiguiente, como ustedes comprenderán, no podía ser ningún otro más que el inminente desencadenamiento de una verdadera andanada de crisis neoyorquinas, mezcladas además por una morbosa curiosidad que yo no conocía, algo tan malsano en realidad que hizo que, de la noche a la mañana, Raquel olvidara por completo que estábamos en plenos trámites de divorcio, y que volviera a casa tan pacíficamente como Fray Luis de León volvió a sus clases, o sea diciéndoles a sus alumnos: *Como decíamos ayer...*, después de ni sé ya cuánto tiempo en la sombra. Y, lo que es ya el colmo, Raquel se apareció por el departamento desde la tarde anterior a la visita de mi amiga, y con todos sus bultos y petates, qué duda cabe de que para desplegar sus antenas y también sus minas de guerra, claro está, y olvidando para siempre jamás, de la noche a la mañana, según logré entender, a su ídolo académico y anciano amante enfermo, el historiador color sepia al que hasta entonces le daba de comer en la temblorosa boquita desdentada,

pobrecito, y que, esperemos, no haya muerto de hambre y de histérico abandono. En fin, que, sin pensarlo ni desearlo jamás, a mi gran amiga y excelente ex colega, al final acabé invitándola a visitar un campo de guerra plagado de minas, la tarde aquella en que me llamó por teléfono y le dije que se viniera a tomar una copa a casa y que luego saldríamos a comer por ahí.

Como crispada bruja entre las brujas que era, hasta en sus andares, las pisadas de Raquel redoblaron cual tambores de guerra sobre el piso del departamento, echando sus chispitas y todo, si uno se fijaba bien. Era su manera de avisarme, involuntariamente, creo yo, que soplaban fuertes vientos huracanados y que nos íbamos acercando a la mar brava. Para empezar, mi ex colega y gran amiga era profesora universitaria y, para continuar, mi ex colega y gran amiga era lingüista. Disponíamos pues, ya, de las armas mortales para un duelo igualmente mortal.

Pero lo que se da en llamar *el acabose* surgió como si nada cuando mi ex colega y gran amiga llegó y además era intérprete múltiple y además hablaba y escribía y traducía e interpretaba en cinco idiomas y además estaba preparando su doctorado en lingüística, chúpate ésa, Raquel. Sí, chúpate ésa, Raquel. Porque les juro y les rejuro que, no bien hube recibido a mi ex colega y gran amiga y la hube besado en ambas mejillas y la hube ayudado a quitarse el impermeable que llevaba y hube mirado a Raquel odiando a la humanidad entera y dejando huellas leoninas de su raspado al andar, repleta de violencia y celos enfermos y malditos y sucios, sí, encima de todo muy sucios, pues sí, les juro y rejuro que lo único que me salió de la boca y del alma fue un gigantesco chúpate ésa, Raquel. Y ahí las dejé, en el centro del cuadrilátero, que para algo también mi ex colega y gran amiga era profesora universitaria.

Fue un combate sumamente disparejo, para serles sincero. Y fue sobre todo, o antes de nada, un combate entre lo verdadero y lo falso. Y entre lo hermoso y lo feo. La verdad, casi les podría decir que aquél fue un combate entre el bien y el mal y que aquella noche, de principio a fin, oí a Raquel.

Tal vez la palabra falsaria sea la mejor de todas para nombrar la quintaesencia de lo que hubo aquella noche en el alma y en la mente de Raquel. Y mi gran amiga y ex colega lo notó muy bien, pero optó por dejarlo pasar, sin duda alguna porque era una persona muy educada y atinada, pero también, estoy seguro, a sabiendas de que el tiempo jugaría a

su favor, en la guerra larvada que sin duda alguna le había declarado Raquel desde el instante mismo en que la vio ingresar sonriente y amistosamente a nuestro departamento. Fue algo tan rápido y tan larvado, sí, tan larvado — no hay mejor palabra— que a mí mismo, muy acostumbrado como andaba a las mil y una escaramuzas *a la Raquel*, ya por entonces, se me pasó por completo que aquella noche la muchacha de la nariz como boxeadita y hasta noqueadita, el tabique nasal desviadillo, la hueca voz melodiosa y suave, la voz que, sin embargo, nada me diría nunca, y las alegres nalgas habaneras, había sido horrorosamente capaz de convertirse en larva, para envenenar a quien siempre tomó por una odiada rival. Y, como mi gran amiga y ex colega osó decir aquella noche el título de la tesis de doctorado en lingüística que estaba preparando, Raquel Larva esperó, por supuesto, bien calladita su boca, a que se hubiera ido, para despacharse horas contra una tesis que, empezando por el enunciado mismo de su tema, era imposible de hacerse, de empezarse, de desarrollarse, de continuarse, de acabarse, de sustentarse, de ampliarse, incluso, pero, en todo caso de llegar a su fin, y así, en cualquier caso, esa tesis era un fraude, una mierda, el colmo de la ignorancia de lo que es la lingüística, *dixit* Raquel, cual metralleta, y añadiendo, cómo no, para terminar ya francamente inmunda, ella misma:

—Pues que sepas bien, Raúl, que tu ex colega y tan linda amiga tendrá que acostarse con todo el tribunal para que le aprueben esa tesis.

Siempre había querido ser un árbitro bastante imparcial en los combates de Raquel contra el mundo, pero esta vez decidí que, aunque sea con tongo, por supuesto que mío, mi ex colega y gran amiga ganaría esta pelea *a finish*, como se decía antes en el mundo del *catch*, y que la ganaría en el primer round y por la vía del sueño, que, ojalá, Dios mío, fuera también el sueño eterno de Raquel, que acababa de llegarme a la coronilla, como decían antes las viejas.

Por supuesto que mi ex colega y gran amiga se graduó, se superdoctoró, y hasta se endoctoró, también, porque fueron sus jurados los más grandes lingüistas de Suiza, Francia, Italia y España, y varios de aquellos a quienes Raquel, precisamente, tenía entre los autores de sus tomazos jamás leídos, y a los que siempre había tenido por unos intocables.

Y yo, por supuesto, no tuve mejor manera de intervenir en aquella guerra larvada que la de invitar a Madrid a mi doctoradísima ex colega y gran amiga. Y, una vez aterrizada ésta en la Villa y Corte, la mejor idea que

se me vino en mente fue la de invitarla de una manera que llamaré precisamente larvada, o sea de modo que, al llegar feliz Raquel de sus mugrientos campos de batalla, se diera de cuerpo y alma contra mi doctoradísima amiga y ex colega, con el consiguiente cuadro de histeria neoyorquina, cómo no.

Aunque esta vez, la verdad, el cuadro se convirtió en todo un interminable paisaje animado, o tal vez debería decir en todo un agravadísimo caso clínico, digno de los más grandes especialistas en histerias, pues Raquel sólo recobró la calma el día en que mi ex colega y gran amiga abandonó Madrid, tras haberme ayudado en mil urgencias, y tras haberme ayudado sobre todo con los mil y un *accesos* de Raquel, a quien no sólo tuvimos que ingresar urgentemente en un hospital, sino que, además, sólo cesó de vomitar cuando supo que, por fin, una doctora en lingüística en serio, o sea con todas las de la ley y sin que ella le encontrara un pelo que objetar, había tomado su vuelo de regreso a la dulce Francia.

Amarga había sido su derrota y, debo reconocerlo, para mis adentros yo me jactaba de haber tenido mucho que ver en ella, aunque también es cierto que aquella derrota no había sido tal y como yo la venía imaginando, y, lo confieso, también soñando, ¿o debería decir más bien *acariciando ya?*, o sea por la vía del sueño eterno, sí pues, por la vía del sueño eterno, nada más y nada menos, tampoco.

No, no estaba dispuesto yo a conformarme así nomás, de ningún modo, de ahora en adelante, con un ataque de histeria neoyorquina cualquiera, por más prolongado que éste fuera y por más ingresos y urgencias que exigiera. El supremo recurso, el arma asesina, la manera de llevar a cabo mi crimen perfecto, el deseo y hasta la urgencia de cometerlo, eran en aquel momento una sola y única cosa, y vaya que ya hasta me andaba regodeando la vista, el tacto, el olfato, el oído, y hasta el gusto, con la hermosa y muy perfumada cajaque la muchacha de Puerto Rico había empezado a llenar de postales, y, Dios mío, de qué postales tan coloridas de playas y atardeceres y crepúsculos borinqueños, y con qué caligrafía tan pero tan endemoniada, caray, a gritos se notaba la falta que nos hacía el teléfono. Pero jamás, el teléfono jamás fue respondido porque yo a esa chica le llevaba décadas enteras, y tenía que ser fuerte, pues, sumamente fuerte, por más que en una de esas postales lograra leer un *te amo* garabateadísimo o un *ven* bañado en

llanto, e incluso alguna que otra canción desesperada de Vinicius de Moraes.

Mayores, sin embargo, eran mis deseos, día a día, de darle un uso apropiado, y para mí a todas vistas razonable, ya a estas alturas, a esas abundantes postales, a las que había que agregar, además, unas cuantas cartas, de las de aquellos tiempos aún sin correo electrónico y que yo ni leía ya, porque realmente era cuestión de supervivencia para mí ser inmensamente fuerte.

Y así, de pronto, tras haber leído *El largo adiós*, la famosa novela policial de Raymond Chandler, como quien se anima, pasé por fin a los hechos y puse todo aquel diabólico material en el camino sembrado de espinas por el que, presa de todas las crisis, de las viejas neoyorquinas y de las más recientes con vomitina incesante, fuera de sí, Raquel, muchacha que fue mi segunda esposa, fue funcionaria y dice que fue lingüista —póngase estas palabras en el orden deseado—, accedió, solita, y de puro rebuscona, al sueño eterno, con su recuerdo y todo, maldita sea, y esto sí que jode.

Porque hoy me doy cuenta de que se llevó con ella también a Raquel, dejándome tan sólo con la seca enumeración de sus nombres y apellidos completos, y con ese sabor cronológico, que algo tiene también de necrofilia, como para encubrirlos, digo yo. En cambio, es enorme, es gigantesco el esfuerzo que todavía hoy tengo que hacer para no aceptar un reportaje en Puerto Rico. Y es que me sé de memoria, me lo sé incluso de paporreta, sí, que indefectiblemente quedaré convertido en el bobo de la yuca, en todo un ejemplar de cojudo a la vela, ya bastante vejete, además, no bien ponga un pie en la isla en que languidece y me escribe, innombrable aún, esa muchacha tan bella.

# LAS MANÍAS DEL PRIMO RODOLFO

*Para Martha y Armando Benítez, porque con ellos llega siempre la entrañable calidez.*

**D**e lo que a nadie le cabe duda en toda mi familia es que nuestro tan querido primo Rodolfo jamás renunciará a una sola de sus mil manías. Y por supuesto que la antediluviana tía Herminia, verdadero pájaro de mal agüero y sobreviviente empedernida, ya ni siquiera logramos imaginarnos por qué ni para qué, puesto que es anterior a la era del automóvil y vive nada menos que en la Quinta Heeren, o sea allá por donde el diablo perdió el poncho, pues por supuesto que tuvo que tener razón, maldita sea, cuando anunció el tremendo precio que el pobre primo Rodolfo acabaría pagando un día por aquellas absurdas manías. La familia llegó a odiarla, verdaderamente, por ese pesimismo del que hacía gala cada vez más, pero que, hay que reconocer, por lo menos sí se cumplió como una verdadera profecía cuando lo de la herencia de nuestro tan querido primo Rodolfo.

Y, sin embargo, la tía Herminia se aparecía por casa infaliblemente cada domingo, como si nada, y sabe Dios cómo. Hacía siglos que ya no se la esperaba, pero, bueno, creo que basta con decir que semana a semana regresaba como de otros tiempos, diríase que de un pasado realmente remoto, y que además se presentaba con ese atuendo ya vetusto y raído que absolutamente nadie en la familia, ni siquiera nuestros ancianos abuelos, lograba situar en una época determinada, pues su origen se perdía indudablemente en la noche de los tiempos.

A mis hermanos y a mí, la tía Herminia nos aterraba y nos atraía, al mismo tiempo, porque, como contaba mi abuela materna, que sí la había conocido en su juventud, aunque eso sí también ya vieja y muy descuidada en el vestir, por entonces, Herminia había sido siempre una mujer alegre, jovial, y generosa, pero demasiado apegada a sus mil gatos y a sus estrafalarios atuendos, e incluso tuvo un muy triste y absurdamente frustrado romance con un alemán muy pintoresco, al que con toda seguridad amó, y que también la amó, indudablemente, y qué más prueba de ello que ese eterno merodear del extravagante teutón, tarde tras tarde, a partir de las siete en punto, por la casa de muñecas de la Quinta Heeren en que vivía nuestra tía, rodeada por millones de gatos y por cuanto cachivache existe en este mundo.

Un simple malentendido lingüístico arruinó para siempre aquel romance, e hizo que nuestra tía Herminia se encerrara más que nunca, y también que jamás se volviera a saber de aquel militar alemán y austro—húngaramente mostachudo, sumamente ronco, y que durante años no dejó de aparecer jamás por la Quinta Heeren, siempre a la misma hora, con germánica y maniática puntualidad, coincidiendo cien por ciento con el momento preciso en que la tía, infaliblemente, abría de par en par las ventanas de su dormitorio y se asomaba a disfrutar de aquellos serenos atardeceres y sobre todo del paso marcial del anónimo y victorioso sobreviviente de la guerra francoprusiana, decíase.

Pero antes de que aquel desafortunado incidente ocurriera, cada tarde a las siete en punto, la tía Herminia y sus mil gatos ya estaban asomados por aquella amplia ventana, repleta de visillos preciosamente bordados a mano, cuando el alemán, con sus aires marciales y sus mostachos de mariscal de campo, hacía su aparición en la quinta, aunque apenas se miraron de reojo durante siete años seguidos, hasta que por fin él decidió una tarde romper un silencio que a ambos les resultaba no sólo inmerecido sino ya francamente insoportable.

No debía ni podía ser de otra manera, tampoco, ya que entre una dama y un caballero es al caballero a quien le corresponde tomar la iniciativa, desde que Dios hizo este mundo, y en este caso romper la iniciativa era tan sólo soltar la primera frase y ponerle fin a un tan largo, tan triste y tan penoso silencio. O sea que la tía Herminia y el preferido entre sus engordados y comechados gatotes estaban ya asomados a la ventana a las siete de la tarde



y un minuto, en punto, instante preciso en que pasó el alemán austrohúngaramente mostachudo, esta vez sí que absolutamente dispuesto ya a ponerle fin a semejante suplicio, a tan intolerable e inmerecido silencio. Y así lo hizo, con la siguiente pregunta, tan desafortunada, por cierto.

—¿Araña? —le preguntó el marcial alemanote a la pobre tía Herminia, asomada ahí en su ventana con su gato preferido, y por supuesto que en clarísima alusión a aquel engordado y somnoliento michifuz, pero ella, hecha un saco de nervios, lo entendió todo al revés, y además tampoco estuvo nada fina en su respuesta, francamente.

—No, araña no. Gato.

Desapareció para siempre el alemanote aquel de bigotes austrohúngaros y vencedor de la guerra francoprusiana. Y la tía Herminia moriría por fin ya bien entrada en sus cien años, sin explicarse jamás qué pudo haber dicho ella que a aquel marcial y seductor teutón no le gustara, o fue a lo mejor el tono de su voz lo que a él lo espantó, aunque la voz de la tía Herminia era más bien bonita, y en todo caso en nada rompía con la normalidad, aunque claro, a lo mejor allá en Alemania las mujeres tienen un timbre de voz que en nada se parece al de las peruanas y hasta contrasta feamente con él.

Pero, bueno, como decía mi abuelita materna, que era sobrina carnal de la pobre tía Herminia, desde aquel atroz desengaño la tía no sólo intentó encerrarse en vida sino que además se cachivacheó todita, hasta terminar pareciendo una verdadera bruja de dibujos animados. Pero nadie le dijo absolutamente nada sobre este tema a nuestra más vieja tía, ya que no he conocido familia tan solidaria y cuidadosa con el sufrimiento amoroso de los demás como la mía. Y a esto se debió, qué duda cabe, que mi familia jamás tolerara el encierro de por vida al que quiso someterse la pobre tía Herminia en su vetusta casa de muñecotes y esperpentos, mucho más que de muñecas, que todo hay que decirlo, y por eso es que hasta la víspera de su repentina muerte la tuvimos almorzando con nosotros, y como siempre en día domingo, por más que el catastrofista y a veces insoportable pesimismo del que hacía gala, y cada día más, desde el episodio aquel del alemanote, a menudo nos resultara francamente insoportable.

Y así, pues, fue la tía Herminia, por ejemplo, convertida ya ahora en un ave de mal agüero, la primera en intervenir, y de la forma más negativa y pesimista del mundo, cuando nuestro entrañable primo Rodolfo, maniático

empedernido y hombre de generosidad ejemplar, pero que atravesaba desde hace un tiempo por las más atroces dificultades económicas, recibió la excelente noticia de que el tío Fausto Inurritegui, hermano muy mayor y muy millonario de su ya fallecido padre, y solterón sin hijo alguno, que, a sus noventa y nueve años de edad, continuaba viviendo en París como un pachá, había decidido legarle íntegramente una fortuna que ascendía, por lo menos, y según los cálculos más pesimistas, además, a unos setenta millones de dólares, ya que debido a un cáncer generalizado le quedaban apenas un par de meses de vida, a decir de sus médicos especialistas. A su sobrino le pidió por favor que, a cambio de este legado, viajara eso sí inmediatamente a acompañarlo, porque deseaba morir con alguien muy cercano de la familia a su lado, y le envió casi al mismo tiempo un billete de avión en gran clase y con el regreso abierto.

La verdad, todos en la familia estábamos felices con tan excelente e inesperada noticia, hasta que intervino muy impertinentemente la tía Herminia, quien aseguró, más pesimista y aguafiestas que nunca, que tan generosa decisión del moribundo tío Fausto la iba a arruinar, qué duda cabe, nada menos que nuestro propio primo Rodolfo, con sus malditas manías de talquearse, y de pies a cabeza, cada mañana después de ducharse, creando como consecuencia de ello verdaderas nubes de polvo en baños y dormitorios, a los que había que entrar realmente con luces de neblina, para lograr ver algo, siquiera, y arruinando además los pisos, por lo resbalosos que quedaban, peor incluso que si estuvieran cubiertos por espesas capas de nieve. «Pero, encima de todo esto, hay otra manía atroz del primo Rodolfo que, de entrada, le resultará insoportable al tío Fausto, no me cabe la menor duda», vaticinó la aguafiestas de la tía Herminia.

—¿Qué manía, tía Herminia?

—Pues esa de andar acomodando y ordenando en batalloncitos, cada mañana, durante horas y horas, después de haberlos limpiado minuciosamente con una escobillita de uñas y un líquido que tiene un olor asfixiante, uno tras otro, los ciento cincuenta y ocho elefantitos de carey, importados todos de la India, que algún antepasado rematadamente loco coleccionó a lo largo de toda su vida.

—Por favor, tía Herminia —le decía mi padre, tratando de contrarrestar tanto pesimismo con argumentos más sensatos—, pero si el tío Fausto está más muerto que vivo. Está ya ciego, sordo, medio chocho, y seguramente

sin olfato ni tacto alguno; en fin, que ya debe estar completamente insensible, el pobre, y lo único que desea es que su sobrino favorito se vaya a pasar con él el par de meses de vida que le quedan, con mucha suerte, ya que parece que de sufrir no sufre nada, gracias a Dios. ¿Qué pueden importarle ya, por consiguiente, dime tú, unas latas y unas motas de talco, y esos ridículos elefantitos?

—Pues yo, sin embargo, lo que recomiendo es que Rodolfito se aloje en un hotel que quede a tiro de piedra del departamento de Fausto, y que ahí se talquee y hasta talquee a sus elefantitos, si es que le da su real gana, pero que nunca se aparezca por el departamento de Fausto y dé rienda suelta ahí a sus insoportables manías.

—Pero Herminia, por favor.

—Mira, yo ya les he expresado a todos ustedes mis temores y la solución tan sencilla que veo para ellos. Porque lo estoy viendo íntegro todo, realmente, y como en una bola de cristal que me dice, además, que algo terrible se desencadenará como consecuencia de tanto talco y de ciento cincuenta y ocho elefantitos en París, ante la presencia en el departamento del pobre tío Fausto de latas enteras del talco ese marca Yardley, al que tan aficionado es Rodolfito, y amén de la lavanda y la crema de afeitar de la misma marca, que, la verdad, ya me parecen demasiado Yardley, por decirlo de alguna manera. Que los productos Yardley puedan ser de excelente calidad no lo niego en ningún momento, ni me atrevería a negarlo tampoco jamás, porque entre otras cosas no los conozco en absoluto, para serles sincera. Por lo que yo, la verdad, sólo he venido a advertirles a todos ustedes de los inminentes peligros que veo en que Rodolfito entre en el departamento del pobre Fausto repleto de elefantes y de productos de tocador, y sobre todo de talco. Pero, bueno, en vista del éxito obtenido, no me queda más solución que pedir que me traigan mi sombrero y largarme.

—Pero si has venido sin sombrero, tía Herminia.

—Pero nada se pierde con pedirlo, de cualquier modo.

Maldita tía Herminia, tuvo cien por ciento razón. Y es que el primo Rodolfo regresó apenas una semana después de haberse embarcado a París, y tan arruinado como se fue. Y ahora, sumamente apenado y sentado en su pequeño departamento mirafilorino, que huele a todos los productos de tocador Yardley que existen en el mercado, se alivia con el eterno recuento y con la cada día más minuciosa limpieza de sus elefantitos, sin lograr

entender cómo un hombre como su tío Fausto, hoy fallecido, pero que entonces ya estaba más en el otro mundo que en éste, pudo erguirse con semejante violencia en su cama de enfermo, una mañana, para soltarle a gritos, envuelto en una tos muy profunda, que, un día más con olor a Yardley en su vida y se pegaba un tiro, dicho lo cual lo invitó nada cordialmente a largarse, pero a largarse inmediatamente, eso sí.

Pues sólo la tía Herminia se alegró con tan triste, tan costoso y tan inesperado desenlace, aunque única y exclusivamente porque ella misma lo había vaticinado todo, tal cual, por supuesto. Y de inmediato me mandó a comprarle una bola de cristal de adivino, con la que hasta el día mismo de su muerte no cesó de anunciarnos una tras otra millones de calamidades, que, a veces, sí que provenían de su maldita bola de cristal. Y la verdad es que si no nos vaticinó más calamidades, todavía, fue por el tiempo incalculable que, día tras día y noche tras noche, y ya casi las veinticuatro horas del día, hacia el final, se le fue en convocar inútilmente, hasta su último suspiro, casi, pobre tía Herminia, al teutón aquel del bigotazo austrohúngaro, cuyas credenciales ante la sociedad limeña eran sobre todo el haber salido victorioso en la guerra francoprusiana.

# EL PROFESOR IRIARTE

*A Lalín y Raúl Pinillos, entrañables amigos.*

Feliciano Iriarte pertenecía a esa desgraciada categoría de maestros a las que ningún alumno le decía profesor sino «profe», por esas cosas de la vida en el Perú de los años cincuenta, en que las cosas estaban claras, las cholitas eran bonitas, y nadie quería imaginarse siquiera lo pluriétnica y pluricultural que podía ser la auténtica realidad nacional. Y, además, nuestro colegio, el Saint Augustus, era un internado de mucha paga, aunque las opiniones acerca de su rendimiento anglo-sajón andaban bastante divididas, pues si bien todo el mundo reconocía que el inglés que aprendíamos tan rápido, sobre todo, era el de la mejor Inglaterra y sus ex colonias, *the United States of America, included*, medio mundo opinaba sin embargo que, en cambio, paralelamente perdíamos a pasos agigantados el idioma del suelo que nos vio nacer, los excelentes modales hidalgos de nuestros padres y abuelos, y que simple y sencillamente nos masturbábamos como locos.

Pero, volviendo a Feliciano Iriarte, vale decir que la gran diferencia entre un profesor y un profe es que a aquél se le respeta dentro y fuera de la sala de clases y dentro y fuera del colegio, mientras que a éste se le mete vicio, se le indisciplina uno, dentro y fuera del aula, e incluso después, ya de regreso a casa, de vuelta del colegio, o sea cuando el pobre hombre ni siquiera está presente. Digamos, pues, que uno es *esencialmente* irrespetuoso con el profe.

Y en el ambiente de colegio muy bien, de barrio muy bien, de alumnos requetebién, con padres económica y socialmente muy poderosos, Feliciano Iriarte calificaba para profe, *quintaesencialmente*, pero él como que era muy

consciente de ello y confiaba en que, con fervor patrio, con ahínco, con tesón, tarde o temprano iba a escalar, por más que de profe lo tuviera todo: color modesto, uniforme militar de muy baja gradación sin tendencia al alza, y condición de atleta nacional, lo cual en el Perú implica un desamparo institucional tan sólo comparable al amor por la camiseta patria, aunque prácticamente jamás se compita en el extranjero ni contra extranjeros. Se nace entrañablemente atleta peruano, o algo así, y después ya cada uno ve cómo se las arregla, cómo se alimenta, cómo compra su patriótico uniforme, y cómo entrena aunque sea de noche y en la calle desolada.

Feliciano Iriarte era, se deduce, nuestro profesor de educación física, con rigor y disciplina militares, pero nuestro colegio era anglo-americano, como lo era también casi todo el cine que veíamos, y en el mundo en que vivíamos quien no egresaba de un West PointUSA o inglés, como que no era muy militar que digamos, o, por decirlo más clara y explícitamente, nuestros héroes máximos habían muerto todos en la guerra con Chile, en el siglo XIX, y un militar actual de baja gradación, metido en un colegio carísimo y enseñando encima de todo educación física, mucho, muchísimo más tenía que ver con un atleta nacional que con un auténtico West Point y Douglas MacArthur, o con el entrañable Monty, o sea el dignísimo Bernard Law Montgomery, primer vizconde de Montgomery y El Alamein, *by Appointment to Her Majesty, the Queen*, que ya todo eso lo sabíamos de paporreta.

En nuestro colegio anglo-norteamericano se le enseñaba a uno a ser primero de la clase, a ser campeón interescolar, a ser un hombre que va a triunfar en la vida y a ser siempre más alto que los profesores y que los alumnos de los colegios nacionales, desde la más temprana adolescencia. Se mitificaba el *tweed way of life*, como si en cualquier otro país la gente no quisiera también vivir con gran confort, en una buena casa, con alguno que otro viaje al extranjero, por negocios, con alguno que otro viaje anual a París, Londres, Roma y Madrid, por placer, con dos o tres automóviles de las grandes marcas y con la membresía del Club Nacional y del Phoenix Club, uno a cada lado de la plaza San Martín, tierra de nadie entre aquellas dos islas del tesoro. Y, aunque con todos estos elementos ya adquiridos, la verdad es que nadie en aquella Lima entendía cómo diablos se las habían arreglado los norteamericanos para convertir el *tweed way of life* en los

Estados Unidos en *American way of life*, o sea en la abominación de la desolación.

Pero yendo al grano, el profesor Feliciano Iriarte, que llegaba al barrio sumamente residencial en que se hallaba el Saint Augustus, colegio único, colegio sin par, sintiendo que entraba en una pantalla gigante en tecticolor y en cinemascope, no sólo quería transmitirnos educación física sino también algunos ideales que hacen que el hombre pueda ser ejemplar, cívica y moralmente ejemplar, noble, bondadoso y desinteresado en su trato con los demás, incluido él, por cierto. Y nos contaba de sus nocturnos y solitarios entrenamientos con una jabalina, allá en un terreno baldío de Pueblo Libre. Y nos contaba que también él quería triunfar, destacar, pero no a cualquier precio, que así cualquiera, sino dando siempre el ejemplo. Y constantemente empleaba las palabras *psicología* y *psicólogo*, y también todo podía deberse a un problema psicológico, para él. Y así hasta que nos enteramos de que, además de militar, profe y atleta nacional, el tal Feliciano Iriarte estudiaba medicina y quería especializarse en psicología, y de tal manera, con fervor patrio, con ahínco, con gran tesón, triunfar también, pero no sólo cueste lo que cueste, sino dándonos además a todos el ejemplo, ahí, en nuestro colegio, por más que ustedes ahora se ríen, se burlen, sí, búrlese, nomás, porque nada de ello impide que yo tenga mi jabalina y mi filosofía propias. Con la primera batiré algún día un récord y, gracias a la segunda, sé que si bien una golondrina no hace verano, el verano tampoco existiría sin la primera golondrina, muchachos.

Tanto fervor patrio, tanto ahínco, tan gigantesco tesón, su pasión por la psicología, sus estudios vespertinos, sus esfuerzos al alba y nuevamente de noche, con la jabalina, su rigor militar, su excelente estado físico y su mente sana, hicieron que Feliciano Iriarte, como por arte de magia, accediera de golpe y porrazo a la categoría de profesor, y verdaderamente respetable, incluso admirable, casi heroico. Los diarios hablaban de él y él hablaba modélicamente por cuanta radio había por entonces en Lima.

Y, oh hazaña nacional, o más bien internacional, una tarde hicieron formar al colegio entero ante el balcón de las grandes ocasiones, el de los Grandes Discursos, que hasta entonces ningún peruano había pisado y que llevaba sin usarse desde que el cardenal USA Spellman pasó bendiciendo la guerra de Corea y un poquito también a nosotros. Y habló desde allá arriba

con su acento tejano, el padre director, aquella tarde del profe Feliciano Iriarte, atleta nacional, peruano como Dios manda.

—El prou-fe-sor Fi-li-c-i-ano I-ri-arte, para quien rou-ga-mos el más fuerte aplauso jamás escuchado en cou-le giu alguno, va a dí—rigirlessss la paa-labr-aaa...

Perdón: el proufe-sor Fi-li-c-i-ano I-ri-arte, que acaba de batir el récord sudamericano de lanzamiento de jaa-balina, con homolou-ga-ci—ón y todou, va a di-ri-gir-lessss unas paa-lab-raaassss.

—En efecto —asintió, feliz, el profesor y golondrina Feliciano Iriarte, quien más que presente en el balcón de los Grandes Discursos, como que se había encaramado ferozmente en él, para que nunca más lo sacaran de ahí, para que aquello fuera interminable, sublime y para siempre, ya que él, gracias a su fervor patrio, a su tesón, gracias a su ahínco riguroso, auroral, matinal, diario, vespertino, nocturno, no pensaba bajarse de su balcón ni de su récord en el resto de los días de su vida—. Y por eso, jóvenes, alumnos, juventud, peruanos, muchachos compañeros de mi vida, por eso, sí, por eso, antes de empezar a hablarles, quisiera decirles unas cuantas palabras...

Duró más, mucho más que su récord el discurso del profesor Feliciano Iriarte, y fue el eterno aguafiestas de Garrido Malo quien llegó con la noticia de que el atleta colombiano no sé cuántos Zaldívar acababa de pulverizar una plusmarca sudamericana de jabalina a la que ni nosotros, ni el pobre Feliciano Iriarte, mucho menos, nos habíamos acostumbrado todavía. O sea que ni siquiera hubo que sacarnos de nuestro asombro y las clases de educación física se tornaron tristes y silenciosas, y, aunque siempre puntual y eficaz, Feliciano Iriarte como que sólo había soñado que estuvo algún día en ese balcón, en ese récord y en aquel otoño.

Y nosotros también, profe.



## «PERUVIAN APOLLO»

Lanzo con fuerza la mirada hacia atrás, como a contracorriente, haciendo realmente todo lo posible por regresar a los mejores años de nuestras vidas, y por ahí aparece siempre, casi entre tinieblas, al comienzo, el gran Sandro Bernasconi. O, lo que es lo mismo para muchos de nosotros, allá, entre la bruma, colegial aún, reaparece siempre *Peruvian Apollo*. Porque, eso sí, por ahí anda él una y otra vez, infalible en el recuerdo y destacando simple y llanamente en todo lo que le echen, sea matemáticas o fútbol, historia universal o natación. Y además con ese físico tan fornido y atlético que desde muy chico le valió el apodo de *Peruvian Apollo*, allá en el internado campestre y británico en el que estudiamos buena parte de la primaria e íntegra nuestra secundaria. La verdad, no recuerdo cuál fue, entre los muchos profesores ingleses que tuvimos, el que le puso ese apodo, pero sin duda alguna lo de *Peruvian Apollo* se remonta a aquellos primerísimos años de nuestra adolescencia en que Sandro Bernasconi y yo nos hicimos como hermanos.

Definitivamente, el estudio era lo suyo, era lo de *Peruvian Apollo*, y si de ciencias o de matemáticas se trataba, por ejemplo, no hubo nunca nadie, durante los muchos años que pasamos internos, no, no hubo nunca nadie que le llegara siquiera a los talones. En letras, en historia, en geografía, en lo que fuera, fue también un alumno excepcional, y, si de deportes hablásemos, pues lo cierto es que era excelente también, y hasta único, absolutamente en todo. Yo, por ejemplo, que por aquellos años me jacté siempre de ser un tenista bastante excepcional, hoy no recuerdo haberle ganado un solo partido al gran *Peruvian Apollo*, cuando más algún set, creo, y ello con las justas.

Sin embargo, en *Peruvian Apollo* se daban ya por entonces una serie de contradicciones e incoherencias en absoluto compatibles con la inmensa capacidad que tuvo para ser feliz, durante largos años de su vida, pero que sin duda alguna tuvieron muchísimo que ver con lo profundamente infeliz que fue más adelante. Y sabe Dios a partir de qué preciso momento y debido exactamente a qué dejó *Peruvian Apollo* de ser un muchacho despreocupado y feliz, muy feliz, para convertirse de pronto en el hombre tremendamente decadente y herido que jamás he logrado acostumbrarme del todo a ver y asumir.

Por supuesto que está el asunto del dinero, el haber sido tan rico y casi de golpe encontrarse tan sumamente pobre, pero sin embargo por ahí no van los tiros, en su caso, y él mismo se encarga de descartar esta posibilidad en aquellos tristes y sucios papeles que me entregó una ebria tarde de verano y playa, allá en el playón de Asia, a un centenar de kilómetros al sur de Lima, en casa de unos excelentes amigos. Aquéllos son papeles que hablan, más en cifras y términos legales, de una suerte de desahucio, de un abandono general, y de un hombre que, en el plazo de un año, por ejemplo, afirma no haber comprado ni vendido absolutamente nada y haber vivido estrictamente del trueque, por huevos y frutas, de los escasos espárragos que ha logrado cosechar en unas tierras que, por lo demás, ya le han sido embargadas. Y, según estos mismos papeles, *Peruvian Apollo* tampoco tiene cuenta bancaria alguna, afirma ser viudo desde hace una buena década, y que, a sus sesenta y ocho años de edad, ya sin hijos a su cargo, ha aprendido que «No se es más rico cuanto más se tiene, sino cuanto menos se necesita». Y concluye parcamente con estas palabras: «Por tanto, no me creo necesidades.» Esto último, por supuesto, me consta. Nos consta, en realidad, a todos aquellos que seguimos siendo sus amigos a como dé lugar. Y esto último, también, o sea una amistad a prueba de balas, en el caso de Claudia, mi esposa, y el mío, contiene incluso una variante tan entrañable como patética, que nosotros calificamos entrañable y divertidamente como «el derecho a cama». O sea el derecho que tiene *Peruvian Apollo* de presentarse en nuestra casa cuando le viene en gana, aunque sobre todo los sábados y domingos, y de tumbarse a los pies de nuestra cama horas y horas a divagar. A divagar y a desahogarse, que no otra cosa hace el gran *Peruvian Apollo* cuando se deja caer, inmensamente gordo, como está desde hace ya un buen tiempo, a todo lo ancho de nuestra cama, aplastándonos casi los pies, para

un tardío desayuno dominguero y resacoso, generalmente. Y ahí se queda realmente horas y horas, aunque incorporándose, eso sí, de cuando en cuando, para ir al baño, donde por supuesto que muy torpemente ha ocultado una buena botella de aguardiente en el tanque del wáter, como si nosotros no nos diéramos cuenta nunca de nada.

*Peruvian Apollo...* Si a veces hasta se va y se olvida de su aguardiente, o deja pésimamente mal cerrada la tapa del tanque tras haber ocultado su botellón en un maltrecho maletín, en el que afirma, sin que nadie le pregunte absolutamente nada, que trae su ropa sucia para que se la laven en Lima, nada menos. En fin, como si nosotros... Porque la verdad es que Claudia y yo nos limitamos casi tan sólo a escucharlo, a escucharlo tendido ahí mañanas enteras a los pies de nuestra cama, cansado sin duda por el viaje en camión o en lo que sea desde su Palpa natal. Pues sí, a esto nos limitamos Claudia y yo, la verdad, a esto y a ofrecerle un café con leche y un buen vaso de jugo de naranja, alguna tostada, un poco de mantequilla, y la mermelada de naranja agria que sí que le gusta y que incluso nos reclama cuando nos descuidamos en este detalle.

Cuándo, en qué momento de la vida de *Peruvian Apollo* arranca todo este desahucio, todo este abandono de sí mismo, toda esta feroz caída en una miseria que es a un tiempo física y moral, esto es lo que verdaderamente me interesa determinar ahora, lanzando con fuerza, con violencia incluso, la mirada hacia atrás, y a contracorriente, también, como les decía antes, pero eso sí hasta alcanzar ese pasado luminoso y sonriente en el que hubo un Sandro Bernasconi, un *Peruvian Apollo*, enterito, muy alegre alegre y sumamente estudioso y ordenado, y hasta me atrevo a decir que sencillamente superior en todo a cuantos lo rodeábamos. De lo que no me cabe duda alguna, eso sí, es de que la decadencia y posterior ruina de Sandro Bernasconi, del gran *Peruvian Apollo*, estuvieron muy estrechamente ligadas a su matrimonio, aunque yo creo sin embargo que por la época en que él y Carla se conocieron, todos y cada uno de nuestros amigos habrían apostado cualquier cosa a que aquella pareja estaba hecha para la felicidad, a que habían nacido sólo para encontrarse algún día y, una vez juntos, ser inmensamente felices y punto.

Pero eso sí, también es muy cierto que, de chiflado, algo y hasta mucho, si me apuran, tuvo siempre Sandro Bernasconi, nuestro gran *Peruvian Apollo*. Y hoy hasta me atrevo a decir, pensándolo bien, que tanto tuvo el

hombre de chiflado como de genial, y que a estos dos rasgos de su personalidad hay que añadirles además una bondad y una gracia realmente incomparables. Gracia y bondad y tamaña y tanta chifladura fueron, y son, aun hoy, también, ya qué duda me cabe, las grandes constantes en la vida de *Peruvian Apollo*. Y todo ello en medio de tantas desventuras, de tantos y tan tremendos pesares.

Y es que en la vida de Sandro, pienso yo, la parte mala realmente debió pescarlo desprevenido y, por consiguiente, sin mecanismo alguno de defensa. E incluso la peor parte en la vida de Sandro tampoco debió arrancar en un determinado momento o circunstancia. Por el contrario, yo pienso que todas aquellas desgracias que habrían de ocurrirle estuvieron siempre agazapadas a lo largo de todo su camino, que estuvieron simplemente en el aire, rondando siempre por ahí, e incluso desde mucho tiempo antes de su boda con la entrañable e inolvidable Carla Parodi.

¿Habrá sido así? Pues yo no sólo tiendo a pensar que en efecto fue así, sino que además creo que, con toda su genialidad y bondad, con toda su gracia y perseverancia a cuestas, en la vida del gran Sandro Bernasconi, a diferencia del común de los mortales, hubo tan sólo dos edades. Me dirán ustedes que estoy rematadamente loco, pero yo soy de los que cree con firmeza que en la vida de nuestro tan querido *Peruvian Apollo* hubo tan sólo una muy larga infancia, infinitamente alegre y feliz, y que duró muy precisamente desde que nació hasta que se graduó de ingeniero agrónomo y contrajo matrimonio, ya que lo uno y lo otro, graduación y boda con Carla Parodi, vinieron seguiditos, y que lo que siguió luego fue una interminable edad adulta, tremendamente dura y cruel. En ambas edades, eso sí, *Peruvian Apollo* hizo gala de su inmensa bondad, de su inteligencia proverbial, y de esa gracia que, en las buenas y en las malas, ha continuado siendo la gran constante de su vida.

Porque vamos a ver. La muy larga infancia de *Peruvian Apollo*, como iba diciendo, para mí sin duda alguna duró más o menos hasta que se graduó de agrónomo y se casó, enamorado como nadie en este mundo, con Carla Parodi. Hasta entonces, todo perfecto, créanme, aunque por ahí hay un detalle al que, pienso yo ahora, tal vez habría que darle toda su real importancia. Y sin éste *habría*, también, caray, pues muy atrás estoy ahora con esta memoria mía a contracorriente, muy muy atrás y en una fiesta de verano, un baile de sedas y organdíes, de tules, de pegajosos calores

limeños, de humedades, de jardines sumamente verdes, floridos e iluminados lindo, y con la orquesta del Almirante Jonás, allá a un lado, ahora que lo vuelvo a encontrar todo tan exacto que hasta escucho una tras otra las melodías de aquella remota noche juvenil.

Y ahí, en medio de todo aquello, yo soy un adolescente que ha perdido a su gran amor y se está pasando de vueltas con el whisky, y que de alguna triste manera ha captado la atención muy tierna y cariñosa de Carla Parodi, el gran amor de *Peruvian Apollo*, un muchacho con suerte porque su Carla lo adora y se mete uno tras otro en el bolsillo a todos sus amigos. Y a mí, precisamente, esta noche me ha tocado caer de cabeza en el bolsillo de Carla. Es un decir, lo sé, pero créanme que sentir que hay una chica que se preocupa por un amigo de su enamorado es, en el estado de abandono en que me hallaba yo, sencillamente conmovedor. Conmovedor y generoso y noble y, además, como Carla Parodi tiene pecas y la nariz respingada y está deliciosamente quemadita por el sol de aquel verano, pues no lo sé, pero Carla ya es inolvidable y lo es también su voz y lo son sus buenas intenciones, y entonces sí que, diablos y demonios, qué nos queda más que sentir profundamente que hasta los bolsillos de esa chica deben ser más soportables que la vida solitaria y muy triste en la que uno se anda arrastrando.

O sea pues que démosle rienda suelta a la imaginación y metámonos de cabeza en un bolsillo de Carla Parodi... Y ahí seguíamos y era la gloria y todo eso, y, paradojas de la vida, *Peruvian Apollo* feliz aquella noche porque por fin he soltado la copa, pero, de repente, cuando aquello era sencillamente imposible, Carla se va. Se va, sí. Como en un profundo *black out*, Carla se ha ido de golpe, Carla se ha ausentado, Carla está en otra parte y sufre. Porque Carla padece una depresión aguda y está medicada y, de pronto, pues sí, se nos ha ido, Carla se nos fue, se nos fue del todo por más que hicimos *Peruvian Apollo* y yo por recuperarla para la fiesta, para aquella noche de chicos con sus chicas, para aquel jardín iluminado lindo y veraniego.

Esto es todo. O, mejor dicho, aquello lo fue todo, sí, todo, aquella lejana noche de verano que aún me duele. Carla Parodi es una chica profundamente depresiva mientras que Sandro Bernasconi, alias *Peruvian Apollo*, encima de todo, de lo puro sano y fornido y sonriente y alegre y saludable que es, es además el polo opuesto de una depresión, por más

chiflado que esté, que ya sabemos todos que lo está y que lo es y que bastante. Y esto puede ser precisamente lo peor de lo peor en semejante caso. Esto puede ser lo realmente horrible e inmensamente doloroso: una persona que se va y otra que se queda, con mucho dolor en ambos casos, aunque la vida enseña que pierde siempre el que se queda, que es mucho peor quedarse que irse.

Lenta fue la agonía e inútilmente tierna fue además la noche larga y dolorosa de estos amantes que se sangran el uno al otro, pero que, cómo decirlo, pero que sólo uno realmente se desangra, sí, esto es, que sólo uno se desangra de por vida, mientras que el otro, incluso, muere matando, muere matando pero muere mucho más rápido, muere mucho antes, y cesa así de sufrir tanto.

Visto lo visto, visto todo aquello, todo lo que fui viendo con los años, a partir de aquella linda noche de verano, realmente no hay tampoco otra manera de decirlo. La maravillosa Carla Parodi falleció y el maravilloso Sandro Bernasconi hoy sigue muriendo de Carla Parodi. Hoy los amigos de Carla y de *Peruvian Apollo* sabemos que ella murió tras una larga y muy penosa enfermedad, pero hoy todos los amigos de *Peruvian Apollo* lo seguimos viendo morir y morir ante nuestra vista y paciencia, por decirlo de alguna muy dolorosa manera.

En sus sucios y tristes papeles, en aquellas hojas que entregó en el playón de Asia y que conservo intactos en el mismo viejo sobre manila, aparte de afirmar que con sus vecinos hace trueque de espárragos por huevos y frutas, *Peruvian Apollo* agrega que no tiene automóvil y que hace más de cuarenta años que vive en la misma casa de adobe que construyó con su esposa cuando recién se casaron. Esto es y no es verdad, y ya veremos cómo y por qué. Y miente, por supuesto que sin querer, pero *Peruvian Apollo* miente cuando afirma que sigue usando la misma ropa de hace unos cuarenta años, algo a todas luces imposible.

Algo realmente imposible, sí, y por la muy precisa y sencilla razón de que hace cuarenta y más años *Peruvian Apollo* tenía aquel cuerpo fornido y atlético que le valió su apodo, nada menos, mientras que hoy, verlo, como lo he visto yo, tumbado sobre la arena, dejándose bañar por las olas, dormido de espaldas y con una gigantesca panza arriba, muy bebido, a ocultas siempre, pero muy bebido, hoy *Peruvian Apollo* sobrepasa, lejos, los cien kilos de peso. Imposible pues que pueda vestir la misma ropa de

hace tantísimos años. En cambio, sí es muy cierto que sus principales diversiones son las caminatas por el campo, la lectura, la oración, la meditación y la conversación con sus prójimos, tal y como también afirma él en este documento que, además, fue escrito en respuesta a una demanda de la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria, y que concluye con todo el humor del que todavía hoy es capaz el gran *Peruvian Apollo*: «Verbalmente creo poder ser más explícito ante esta demanda, aunque, sin embargo, y a pesar de todo lo expuesto, agradezco muy sinceramente que todavía se me considere PRINCIPAL CONTRIBUYENTE.» Pero, cambiando de tercio, me acerco ahora a aquellos años en los que *Peruvian Apollo* se sentía incómodo, se avergonzaba incluso, con la presencia en el colegio de sus padres, de su papá sobre todo. Sus viejos venían de cuando en cuando al internado, probablemente aprovechando un viaje a Lima, desde su hacienda de Palpa, pero me resulta imposible, por más que hago, recordar claramente qué aspecto tenía la madre de *Peruvian Apollo*. En cambio su padre era un italianón más gordo que robusto, más pesadote que fuerte, bastante jorobado, de rostro muy colorado y pelo hirsuto, con un par de ojos saltones y bastante inyectados, con una nariz chata y aguileña, al mismo tiempo, según se le mirara de perfil o de frente, con el cuello tan grueso como corto y, en general, de un desaliño en el vestir realmente impresionante. Y allá en los talleres de su hacienda de Palpa el tipo sí que andaba con una facha que nadie que lo vio ha podido olvidar nunca, empezando por mi primo César Iglesias y por mí mismo, la vez aquella en que llegamos a Palpa en busca de *Peruvian Apollo* y nos topamos con su viejo en plena faena en uno de los talleres de La Quebrada, su gran hacienda de entonces. Hasta hoy nos reímos mi primo y yo recordando cómo, al vernos, don Emiliano Bernasconi agarró un inmenso plumero y literalmente empezó a desempolvase de pies a cabeza, antes de darnos la bienvenida, una bienvenida tan acogedora como polvorienta, a decir la verdad.

*Peruvian Apollo* me contó muchos años después, durante una visita que me hizo en Madrid, cuando yo aún vivía en esa ciudad, lo mucho que le avergonzaba a él la pinta de su padre, y sobre todo cuando se aparecía todo desgredado por el internado, acompañado siempre por su esposa, de origen italiano, también, y sin duda alguna bastante desgredada, asimismo, aunque la verdad es que a la señora Bernasconi, por más que hago, no logro

recordarla ya nunca con claridad. Pero, bueno, en todo caso lo que a *Peruvian Apollo* le avergonzaba de la presencia de sus padres en el colegio, incluso más que su aspecto campesinote, era que vinieran a quejarse, por ejemplo, de que alguien hubiera sacado una nota superior a la de su hijito —cosa muy rara, por lo demás— en, digamos, álgebra. Y alegaban, gesticulando y a gritos, desgreñadísimos y sin pudor alguno, que todo aquello era una injusticia porque su hijito era el menor de la clase, dos años menor, incluso, que el alumno que lo había superado en álgebra, digamos. Su hijito, en efecto, era el menor de nuestra clase, pero, bueno, qué se le podía hacer. Y algo curioso que ahora mismo he recordado es que *Peruvian Apollo* era el alumno menor de toda la clase, pero que, paradójicamente, sus padres eran los mayores entre todos los padres de familia del colegio.

Pasó más tiempo, tanto tiempo que, fallecidos hace ya varios años los viejos de *Peruvian Apollo*, gradualmente y sin que nadie reparara en ello, pero también de puro pasarse la vida en la chacra, tratando con peones y jornaleros, con cholos y negros, con gente sin educación y muy pobre, muy rural o muy pueblerina, también *Peruvian Apollo* empezó a producirle vergüenza con su presencia a su familia, tal y como antes le ocurriera a él con sus padres, aunque empezando ahora nada menos que por Carla, su adorada esposa, y esto sí que fue lo peor de todo. Y por ello no es cierto, pues, tampoco, lo que afirma *Peruvian Apollo* en los papeles aquellos que me entregó en el sobre manila, acerca de la casa de adobe que su esposa y él construyeron décadas atrás y que habrían habitado siempre. No, esto no es cierto, por más que Carla y él sí edificaran en algún momento aquella rústica vivienda campestre. Y no es cierto por la sencilla razón de que Carla vivió casi siempre en Lima, en la inmensa mansión que todos sus amigos conocimos, llena de muy buenas esculturas, de una muy valiosa pinacoteca, de estupendos muebles y alfombras, de formidables lámparas y qué sé yo de cuántas valiosísimas cosas más, en fin, todo un caserón situado además en uno de los barrios más exclusivos de Lima.

Y por aquel caserón aparecía cada fin de semana el gran *Peruvian Apollo*, cada vez más ansioso, más desgreñado, más gordo, debido a lo difícil que le resultaba pasarse la semana solo, allá en lo que quedó de la boyante hacienda La Quebrada, tras la reforma agraria de los sesenta o setenta. Y es que a Carla resulta que jamás le gustó el campo, mientras que a *Peruvian Apollo* le era absolutamente indispensable pasarse por lo menos



cinco días de cada semana en la hacienda, y por más que la soledad allá en Palpa le resultara a su vez absolutamente insoportable, que fue sin duda cuando arrancó con lo de la bebida y con el consiguiente abandono personal, y también cuando, sin darse cuenta siquiera, empezó a parecerse como dos gotas de agua a su padre, aunque en una versión bastante maltrecha, además, sin duda alguna debido a tanto aguardiente, y sabe Dios cuál entre todos esos sábados en que regresaba a su mansión limeña, lleno de amor y de ansiedad, pero ya gordo y muy hinchado, colorado, con los pelos parados, la nariz chata y aguileña, a la vez, y unos colosales ojos de loco, su presencia en la sala, en el comedor, en las terrazas, en el jardín, en los dormitorios, en *su* dormitorio, les resultó absolutamente bochornosa tanto a su esposa como a sus hijos, e incluso al mayordomo, al chófer, al jardinero, a la cocinera, y a las empleadas domésticas. En fin, a todas aquellas personas a las que mensualmente él les pagaba colegios, ropa, alimentación, médicos, viajes, diversiones, sueldos, y qué sé yo cuántas cosas más, aunque encima de todo también es cierto que en algún momento a Carla ya ni siquiera le gustaba aquella estupenda mansión y en su lugar ansiaba ahora otro caserón, otro caserón pero muy superior a éste, y además de todo en Miami, o sea lejísimos de Palpa, del campo, y de aquella otrora casona de barro que, por decirlo de alguna manera, sólo existió a medias. Y otrora casona, también, porque como ya Carla ni ponía los pies por La Quebrada, ni nadie tampoco de la familia, *Peruvian Apollo* había ido clausurando una habitación tras otra y al final terminó viviendo en el cuarto de un peón, a unos centenares de metros de ahí. Y en él tenía escrito, en uno de los descascarados y desnudos muros, aquello de «No se es rico cuanto más se tiene, sino cuanto menos se necesita». Definitivamente, pues, el gran *Peruvian Apollo* no se creaba necesidades.

Y así hasta que Carla se enfermó, grave, muy grave, y arrancó con ello la más penosa y larga etapa de una vida llena de dolor, cuando todo había presagiado que la del gran Sandro Bernasconi y la linda Carla Parodi iba a ser una vida llena de felicidad, jamás este constante sangrarse el uno al otro, se diría incluso que sólo para ver cuál de los dos soportaba más.

Yo vivía en Texas, dictando clases en la universidad de Austin, la capital del estado, cuando me enteré de que Carla se encontraba internada en un hospital de Houston y que *Peruvian Apollo* lo había abandonado todo para estar siempre a su lado mientras duraba la incurable e interminable

enfermedad, entre un tratamiento y otro y una operación tras otra. Con la hacienda La Quebrada muy mermada ya por la reforma agraria, y apenas rentable, *Peruvian Apollo* no había tenido más remedio que vender cuantos bienes tenía en Lima, empezando por aquel envidiable caserón, y además endeudarse realmente para siempre. Todo aquello le importaba un reepino, por supuesto, y en cambio se había aferrado a la idea de que Carla terminaría por curarse, de que terminaría por regresar a Lima completamente sana y de que la felicidad que alguna vez habían compartido volvería a ser realidad.

Contra viento y marea, aquella felicidad no sólo volvería sino que volvería también el gran bienestar económico del pasado, y tanto que hasta pronto, muy pronto, en fin, o sea no bien este mal momento pasara, lo primero que haría sería construir aquella mansión en Miami que Carla continuaba ambicionando. Para mí fueron durísimos aquellos interminables meses en que diariamente hablábamos por teléfono *Peruvian Apollo*, con su voz aguardientosa, y yo. No recuerdo por qué, pero las llamadas las hacíamos siempre a las cinco de la tarde y muy a menudo no colgábamos hasta un buen par de horas después. Así vivía yo al tanto de todo lo que ocurría, e incluso, cuando era posible porque ella se animaba y tenía las fuerzas, conversaba con Carla unos breves minutos, hundiéndome siempre y como bañándome en la nostalgia de la noche aquella de verano en que había perdido a mi gran amor y en que, gracias a su encanto, a su bondad, a su piel tostadita y a su nariz respingada, terminé literalmente metido en uno de sus bolsillos, tras haber cortado por lo sano con el exceso de whisky con el que, vaso tras vaso, trataba de mitigar algo que entonces me resultaba imposible de mitigar. La verdad, ésta era para mí la única manera de mantener más o menos animados aquellos breves diálogos en que los que la voz rota de Carla era cada vez más débil, ronca y entrecortada.

Pero enseguida, claro, el gran chiflado de *Peruvian Apollo* volvía a apoderarse del teléfono y allá, en Houston, las cosas no podían ir mejor, las cosas iban realmente de maravilla, y pronto, muy pronto, aquel breve traspíe sería cosa del pasado, una muy breve interrupción en el nuevo presente de Lima y de Palpa, en el nuevo presente de la otrora casona de barro que Carla y él construyeron juntos en Palpa, para vivir siempre en ella, y ahora, además, en el nuevo presente de la formidable mansión que *Peruvian Apollo* iba a construirle a Carla en Miami. Esta sería en adelante

la realidad cotidiana de una pareja que, incluso, parecía haberse acostumbrado, hasta el punto de ni siquiera notarlo, a que cada uno sangraba al otro y a que, a fin de cuentas, quien muriera primero lo haría matando al otro en vida y de por vida, larga, cruel, muy dolorosa y terriblemente. Y todo sin quererlo, por supuesto.

Mis tardes en Austin, a partir de la cinco de la tarde, se fueron convirtiendo en una muy dolorosa pesadilla, y sin embargo día tras día cumplí con el rito de la llamada al hospital de Houston. A veces, también, era *Peruvian Apollo* quien me llamaba, ebrio y excitado, tratando de que se borraran las distancias entre una y otra ciudad y de crear de alguna absurda e imposible manera la sensación de que Carla, él y yo estábamos juntos y en la misma habitación, una habitación que nunca supe muy bien si se encontraba en el hospital de Houston o en la casa que yo tenía alquilada por entonces en Austin. Teníamos que estar juntos los tres, teníamos que contagiarnos de su ebria alegría, de su optimismo, de su gracia, de su bondad, y de esa chifladura suya que tan útil podía resultar en situaciones atroces como las que Carla y él estaban viviendo en aquella inmensa y hostil ciudad tejana. Y teníamos sobre todo que festejar que, tras la última operación de ganglios, de la garganta, y de qué sé yo, las cosas por allá iban muchísimo mejor. Iban en realidad tan bien que ahorita mismo le iba a pasar el teléfono a Carla para que me dijera unas cuantas palabras, sólo unas cuantas palabras, Carla, por favor, para que nuestro amigo, allá en Austin, nos dé su veredicto.

—A ver —me dijo, enseguida, un excitadísimo *Peruvian Apollo*—, a ver qué nota le pones tú, de uno a diez, a Carla, ahora que oigas su voz...

Carla balbuceó algunas roncadas y entrecortadas palabras, ya heridas de muerte, y yo mentí que les ponía un ocho sobre diez.

—¿Ya ves? —interrumpió *Peruvian Apollo*, agregando, completamente chiflado—: Si nos hemos venido aquí para que te conviertas en soprano, o qué te has imaginado tú.

Carla, mi tan querida Carla, murió pocas semanas después y quedó sin construirse la mansión de ensueño de Miami, que por supuesto ya entonces *Peruvian Apollo* hubiera sido absolutamente incapaz de financiar. Y se vendió también el caserón de Lima, para pagar, entre otras cosas, la fortuna que habían costado los largos meses pasados en un estupendo hospital de Houston, entre médicos tan excelentes como impotentes. Creo que hasta se

ha vendido la casona de adobe que, allá en Palpa y recién casados, construyeron Carla y *Peruvian Apollo*, la casona aquella que fue verdad a medias, como ya les contara antes.

Hoy *Peruvian Apollo* sigue viviendo en aquel cuarto de peón al que se mudó, tras haber ido cerrando una tras otra, las habitaciones de la otrora casona de adobe. La ropa, ya lo saben ustedes, definitivamente no es la misma que usaba hace más de cuarenta años, y que ahora, también, de buenas a primeras, resulta que encima de todo es la misma ropa que Carla le compraba hace décadas. Por lo demás, que hace trueque por huevos y verduras de unos espárragos cosechados en unas tierras que ya ni siquiera son suyas, es algo que sí nos consta a todos sus amigos. Y también lo del botellón de aguardiente que esconde en el primer lugar que encuentra, es algo que nos consta a muchos. Nos consta a Claudia y a mí, en todo caso, en aquellas resacosas mañanas de fin de semana en que se cae por casa a ejercer su derecho a cama. Sus caminatas por el campo son también verdad, como lo son asimismo sus lecturas, sus conversaciones, e incluso sus oraciones.

Y es que *Peruvian Apollo* fue siempre muy creyente y devoto, muy beato, incluso. Y tanto que el padre Luis, un simpático y muy alegre cura español, del Opus, que enseñó un tiempo en el colegio, hizo lo imposible por ganárselo para su congregación, aunque más pudo por entonces la fuerte inclinación de *Peruvian Apollo* por la agronomía que la tentación de entrar al convento.

Pero lo realmente genial es que, muchos años después, ya viudo y en pleno abandono de su persona, *Peruvian Apollo* se encontró de casualidad con el padre Luis en una calle de Miradores, y cuando éste intentó nuevamente ganárselo para el Opus, nuestro entrañable amigo le soltó nada menos que la siguiente chifladura, aunque no por ello deje de haber mucho de cierto, de lógico y hasta de convincente en sus palabras.

—Al convento, padre Luis, yo a estas alturas del partido, pues ni hablar ya. Y la razón es tan sencilla como que mi noción de Dios ha cambiado radicalmente desde aquellos días del colegio.

—¿Y cómo, se puede saber?

—Pues muy sencillo, vea usted. Yo, en aquellos años de la adolescencia, le rezaba a Dios para que la pinga...

—¿Para que la qué?

—Pues para que la verga, como dicen, creo, ustedes los españoles, no se me parara. Para eso le rogaba y le rogaba yo a Dios, entonces. Y ahora, en cambio, tengo que rezarle durante horas y horas, a ver si por milagro se me para.

# UN VIAJE CORTO Y FINAL

*A Susana y Juan Brescia, por los grandes días de Pimentel y luego uno tras otro los años de profunda amistad que vinieron después.*

Casi veinte años han pasado desde su último viaje a Cuba y Sebastián recuerda todavía la rabia con que entonces abandonó la isla y recuerda sobre todo que en aquel momento la revolución de Fidel Castro, o lo que fuera eso, realmente le había llegado a la coronilla.

«Basta», se dijo, en aquella ocasión, tras abandonar sus clases en la Escuela de Cine de San Antonio de los Baños y tras haber tenido que soportar durante semanas el pesado, dogmático e interminable sermón que Guadalupe Sentís, una de las mejores amigas que tenía en la isla, le soltó al leer en el diario *El País*, de Madrid, los cuatro o cinco artículos que él había publicado sobre una Checoslovaquia en la que el llamado socialismo real hacía agua por todas partes.

Definitivamente, ni Guadalupe Sentís era capaz de soportar la más mínima crítica o discrepancia con sus ideas ni tampoco él era capaz de soportar un solo día más el aburrimiento de unas clases que diariamente tenía que dictarle a una serie de alumnos cuyo único mérito para ingresar a esa escuela era pertenecer al partido comunista de su país de origen. Aquella buena tanda de vagos e incluso de delincuentillos natos entraba o se salía de sus clases cuando se le antojaba y uno de ellos había sido detenido siete veces, en menos de un mes, por armar la de Dios es Cristo en alguna discoteca o bar de La Habana, mientras que otro alumno, nicaragüense éste, ejercía un férreo control de comisario del pueblo sobre sus compatriotas, al mismo tiempo que se sentía la última limonada del desierto y ponía en

práctica sus malas artes amatorias sobre todo en la sucia y grasosa piscina de la escuela.

Sebastián recuerda todavía, y sin duda la recordará mientras viva, la tarde aquella en que, detrás de una buena champa de húmeda maleza, entre verde y pajiza, escuchó los gemidos de una mujer. Corrió a ver qué ocurría, y pues sí, era el don Juan comisario del pueblo, el nicaragüense ese de mierda, abusando, con paliza incluida, de una jovencísima y muy tímida mulata dominicana que nunca fallaba a sus clases. Jenny —cree él que se llama aquella chiquilla—, aquella alumna suya que ahora lo mira realmente aterrada y muda ahí entre esa maleza amarillenta y verde y que con los ojos le está pidiendo su ayuda, por favor, su ayuda, por la divina caridad de Dios, señor profesor.

El nicaragüense se había puesto de pie pero con el pantalón bajo, caído hasta el suelo, y así también el calzoncillo blanco y fofo lo tiene caído alrededor de sus tobillos mientras que la gruesa camisa de franela la lleva bien puesta, sí, pero completamente abierta y colgándole por todas partes con un inmenso faldellín.

Aquella especie de matorral de caña y grueso césped y plantas silvestres los escondía del resto de los bañistas y ahora el muchacho de Nicaragua lo miraba desafiante, con ambos puños bien cerrados en amenaza y con un pie apoyado sobre el vientre de la muchachita, de su alumna, de la pobrecita de Jenny —cree él que se llama la chiquilla—, como quien le indica muy claramente al mundo entero que esa presa es suya. Ella gime, lloriquea, moquea, y entre que lo mira suplicante a él, a Sebastián, pero también a ese pie que tanto la humilla y pisotea en la barriga desnuda y ultrajada y que sabe Dios cuántas cosas más significa para la pobre muchacha, maldito pie, asqueroso pie, malvado pie. A Sebastián le mortifica, le duele no tener en aquel preciso momento la seguridad de que la muchacha se llama Jenny, como si el solo hecho de llamarla por su nombre de pila pudiese significar ya algún alivio para ella, algo así como la certeza de una pronta liberación, seguida de una buena dosis de ternura y de caricias y de un largo, muy largo y tierno abrazo comprensivo, paternal, protector, acurrucador. En fin, algo así como un espacio muy seguro y creado únicamente para ella, casi un escondite, una pequeña cueva, una cabañita, y por último un espacio en el que ella lograría desahogarse y relajarse, descansar y hasta olvidarlo todo en un largo, muy largo sueño reparador. Porque de todo esto se trata, sí, de

todo esto. Se trata muy precisamente de liberar a la muchacha, y de liberarla en menos de lo que canta un gallo, si es posible.

El desafío del alumno al profesor se convirtió rápidamente en el desafío de un comisario del pueblo aun pobre cretino, pero este pobre cretino felizmente supo sacar todo el partido del mundo de aquel pantalón caído hasta los pies del violador y sobre todo de la camisa de franela bien puesta y de inmenso faldellín, pero abierta de par en par, sin duda para que el tipejo aquel mostrara y hasta demostrara su pelo en pecho, por más que su pecho fuese tan pálido e imberbe como su rostro empalagoso e insignificante y la pelambre aquella ondulada y empapada en la peor brillantina.

Un gran salto fue suficiente para que Sebastián se aferrara al cuello de la camisa, jalara con todas sus fuerzas hacia abajo, por ambos lados, hasta alcanzar la altura de los codos, más o menos, con lo cual le inmovilizó por completo ambos brazos al don Juan comisario, y además con la violencia, eficiencia y duración de una camisa de fuerza. Fue muy fácil darle enseguida un empellón al tipejo, previo buen par de puñetazos, de tal manera que éste se encontrara con la trampa que era su propio pantalón caído en el suelo y fuera a dar de espaldas entre la maleza. Y ahí moverse le era realmente imposible, prisionero como estaba de su propia camisa, de su pantalón y hasta de su calzoncillo fofo atracado en sus rodillas. Patalear como loco fue la única manera que encontró para que todo ese enredo volviera a llegarle a la cintura, pero aun así muy poco más podía hacer por defenderse porque continuaba con los brazos prisioneros de su propia camisa. La tunda que le dio Sebastián, a patada y puñetazo limpio, hicieron el resto.

Y ya después la muchachita dominicana resultó que se llamaba Lisette, y no Jenny, como creía él, y esa misma noche ambos optaron por hacer sus maletas y volver cada uno a su país, previa escala en La Habana para pasear y divertirse un poco mientras iban concretando lo de sus respectivos pasajes de regreso. Sebastián aprovechó también para encontrarse con su amigo Santiago, la única persona a la que le contó exactamente lo que había ocurrido allá en San Antonio de los Baños y por qué se largaba de Cuba con la intención de nunca más volver.

—Ahora te toca a ti venir a verme en España, compañero —le dijo, mientras lo abrazaba fraternalmente, la noche en que Sebastián tomó el avión de regreso a Madrid, la ciudad en que ahora residía.



Santiago lo visitó un par de veces en Madrid y poco a poco se fue convenciendo de que, en efecto, Sebastián había tirado la esponja para siempre en lo que a la revolución de Fidel se refiere. A Cuba no iba a regresar más. Esto sí que era asunto decidido.

El paso del tiempo y la larga y extraña enfermedad del tirano como que empezaron a hacer merma en la firme determinación de Sebastián de no volver a poner los pies en Cuba. Y también su nuevo matrimonio, pues tras el divorcio de su segunda esposa había conocido a una mujer bastante menor que él, una muchacha alegre y sumamente comprensiva y siempre curiosa por acercarse —si de acercarse se puede hablar— a todos aquellos períodos y etapas de la infatigable vida de Sebastián, desde que abandonó su ciudad natal, Lima, y literalmente arrancó un larguísimo periplo que lo llevó a vivir en más de veinte ciudades y países de América, Europa, Asia y África.

A Cecilia, que así se llama la tercera esposa de Sebastián, al mismo tiempo le hacía gracia y la conmovía escucharlo decir, una y otra vez, y con la más profunda convicción, que sólo es posible conocer bien un país cuando se tiene un gran amigo en él y cuando uno es capaz de entender bien y hacerse entender muy bien en el idioma de ese país. Por supuesto que Sebastián hablaba, leía y escribía muy correctamente varios idiomas, pero lo que a Cecilia más le gustaba oírle decir a Sebastián, cuando estaba a punto de proponerle algún nuevo viaje, era te invito a visitar a tal o tal amigo en tal o cual país. O: Te invito a conocer la Roma de fulano de tal. Y esta vez Cuba no fue la excepción.

—Cecilia —le dijo una tarde, así, de golpe, como tomaba él sus decisiones más importantes—: te invito a visitar La Habana de Santiago. — Y, acto seguido, agregó—: Te invito a visitar a Santiago única y exclusivamente en La Habana. Nada de Varaderos o de *resorts*, nada de eso, ¿me oyes?

Ella aceptó encantada, por supuesto, pero también emocionada. Sabía que para Sebastián regresar a Cuba significaba romper una promesa, también una cierta quiebra en sus principios y, por último, un acto complicado, una difícil elección de destino para un viaje. Y sabía también que en la decisión de Sebastián pesaba mucho el accidente que había tenido su amigo Santiago, casi una masacre que lo había tenido al borde de la muerte durante varios meses. En realidad, Santiago había sido arrollado por

un turista que conducía en total estado de ebriedad y a gran velocidad. La vieja y frágil motocicleta del amigo, con su asiento lateral, había volado por los aires, había aterrizado mucho más allá, una noche, y las heridas y fracturas del entrañable Santiago podían contarse por docenas.

En Madrid, donde entonces residía, Sebastián había organizado toda una cadena de solidaridad para que a su amigo no le faltara nada, eso sí, pero ello no impidió que él siempre se sintiera bastante culpable de no aparecer por La Habana, por una mera cuestión de principios, y punto. La decisión de regresar y de pasar unos días con Santiago y su familia, ahora que el hombre se hallaba ya totalmente recuperado, e incluso la idea de regalarle una nueva moto de esas con asiento lateral la tomó Sebastián el día en que se enteró de que el único gesto del turista italiano que casi mata a su amigo había consistido en enviarle a la clínica un ramo de flores absolutamente marica, irresponsablemente rosquete, porque lo que el hombre necesitaba en aquel largo período de gravedad era un buen puñado de dólares y la tonelada esa de medicamentos y vitaminas que prácticamente desaparecieron de Cuba desde que se deshizo la Unión Soviética y la isla de Fidel Castro quedó poco más o menos que a la buena de Dios.

De todo esto habían pasado unos veinte años cuando Cecilia y Sebastián, prometiendo no actuar nunca en contra de sus principios e ideas acerca del castrismo, aterrizaron en la isla una mañana de mayo. Se alojaron en el viejo, clásico, y muy bien remozado Hotel Nacional, sin duda el mejor de La Habana. Lo primero que descubrieron es que los cubanos *de a pie* ya no tenían acceso a los hoteles reservados a los turistas, ni mucho menos a sus diversos servicios. Y los días se les iban en excursiones largas y muy variadas, a pie y en automóvil, por el centro de La Habana y por sus alrededores. La belleza de la que fuera una gran ciudad, y que hoy, con excepción de algunas plazas y calles reconstruidas con fondos internacionales, al ser declarada La Habana Patrimonio de la Humanidad, está gravemente herida y sólo podría equipararse a la Praga de los años sesenta o setenta, a la que tan pertinentemente se refiriera Pablo Neruda como *La tristísima belleza de Praga*. Pues sí, tristísima es también hoy la belleza de la capital de Cuba, una ciudad sucia y archipoblada como pocas, además; en fin, como bien dice nada menos que un cubanísimo *son*: *La Habana no aguanta más*.

Pero Cecilia y Sebastián bebieron mojitos y daiquiris e hicieron muchos altos en el camino que los llevaba, por ejemplo, de Cojímar a San Vicente o de Guanabacoa a Guanabo, la playa en la que él había pasado muchos meses, en 1986, y nada menos que en una de esas espléndidas casas llamadas «de Protocolo», poco tiempo antes de que él tomara la determinación de no regresar a Cuba, debido al incidente aquel con el violador nicaragüense. Las cosas prácticamente no habían cambiado en este nuevo viaje, el primero que hacía a Cuba con Cecilia, y hasta hubo tiempo para tomarse unos mojitos con Santiago en La Bodeguita del Medio y desplazarse enseguida hasta El Floridita, en busca de los célebres daiquiris, que, cada noche, allá por los cincuenta, le abrían la ruta del sueño al dipsómano y ya muy maltrecho Ernest Hemingway.

Horas más tarde, al caer la noche tropical, aparecían la esposa de Santiago y sus dos hijos con el dato de algún buen comedor privado de los que ahora abundan en La Habana y se llaman Paladares, y en los que teóricamente se puede comer mejor y más barato que en esos hoteles a los que, además, uno no puede ingresar con sus amigos cubanos. Pero el colmo de los colmos, actualmente, es la existencia de un sistema de pesos sólo para los cubanos, y de otros pesos, carísimos éstos, exclusivamente para los visitantes de la isla, y que hacen de Cuba uno de los países más caros del mundo, para el turista o el viajero.

Felizmente, pues, en el Hotel Nacional existía un cajero automático, bastante oculto, por lo demás, para reponer aquellos carísimos pesos que se le hacen agua a uno en las manos, en menos de lo que canta un gallo. Y ahí, en el cajero automático del Hotel Nacional, nada menos, fue donde ocurrió aquel *incidente* que tan claro habla de la moral y de los bolsillos de los hombres y mujeres que sufren medio siglo ya de revolución cubana, o castrista, como seres humanos cansinos, amansados y aplastados, al mismo tiempo, ya sin mira ni norte alguno, pero siempre con ese encanto que da el vivir casi al margen de la realidad y ya prácticamente en calidad de niños eternos.

En fin, que una vez más, sin darse siquiera cuenta cómo, ya Sebastián andaba nuevamente sin un solo peso cubano (de los caros, más caros incluso que el dólar y que el euro), y en compañía de su amigo Santiago se dirigió al sótano del hotel en que se hallaba, casi camuflado, aquel maldito cajero automático. Y de su billetera sacó la tarjeta correspondiente y la

estaba usando como a lo largo de décadas, en su vida, o sea sin el más mínimo problema, cuando por su derecha apareció una funcionaría rubia y por su izquierda como que se le apoyó sobre el hombro Santiago, y algo le dijeron además la funcionada rubia y Santiago, como si él jamás hubiese sacado dinero de un cajero, y apoyándose al mismo tiempo sobre el aparato, hasta hacerlo tambalear. Aturdido, Sebastián apretó mal la tecla que indicaba la suma de dinero a retirar y tuvo que repetir la operación para completar el total deseado, pero esto ya lo hizo en medio de la más grande incomodidad. Y, luego, retrospectivamente, piensa en dos cosas, se pregunta estas dos cosas, en realidad: ¿de cuándo acá dos personas que hasta ese instante jamás se han visto actúan tan familiar y amablemente al ofrecerle una ayuda no pedida ni necesitada? Y: ¿por qué la prisa de Santiago en liquidar toda aquella operación y en regresar hacia los altos del hotel, hacia el hall de entrada en que Cecilia y Vilma, la esposa de su amigo, los esperan en la entrada, por aquello del acceso prohibido a los cubanos *de a pie*?

Después, claro, llegó por fin el momento en que Sebastián pudo contar su dinero y comprobar que, en efecto, le faltaban exactamente doscientos pesos de los caros. Por supuesto que el mundo se le vino abajo y con él Vilma y Santiago y sus hijos Bruno y Renata, pero igual los invitó a almorzar en la Marina de Hemingway y aquí lo que falló fue lo infalible, en Cuba. Falló nada menos que el mojito, el mojito, sí, falló el mojito, no tenían mojito en la Marina de Hemingway porque no les había llegado hierbaluisa o hierbabuena o lo que sea, al restaurante.

—Dios mío —le dijo Sebastián a Cecilia, esa noche, mientras preparaban las maletas para el viaje de regreso a Lima, a la mañana siguiente—. Que a uno en Cuba le fallen Santiago y el mojito en apenas una hora, es muy mala señal, pésima señal, en realidad.

Y por esto mismo, cuando de regreso a Lima sus amigos le preguntaban por su viaje a Cuba, Sebastián, lacónico como nunca, se limitaba a decir:

—La verdad, señores, no sé quién está peor: si Fidel o si Cuba.

—¿Pero volverías a Cuba? —le preguntó un amigo, una tarde.

Sebastián, que acababa de dejar pasar veinte años sin regresar a la isla de Fidel y que tenía ya sesenta años bien largos, miró sonrientemente a su amigo.

—Pues sí que volveré —le respondió—, aunque esta vez dejaré pasar por lo menos treinta años.



# LA CHICA PAZOS

*Para Kristin Keenan y Alonso Cueto, por tanto afecto, por tanta grata  
compañía, por tanto Austin y tanta Lima...*

Cosas como aquélla nos ocurren a todos en esta vida, me imagino, aunque sólo hasta cierta edad, eso sí, y por ello es que me cuesta tanto trabajo creer que muchísimos años más tarde, llegado ya a mi alta edad, como elegantemente suele decirse, nos veamos envueltos todavía en tan juveniles acontecimientos de amor eterno, sí, de amor eterno, nada más y nada menos, para ir de frente al grano, precisando eso sí que se trata de acontecimientos sumamente bellos y conmovedores, aunque finalmente tristísimos. No, yo no logro creérmelo, ya, y hasta me niego a aceptar que a mis casi setenta tacos todavía podamos vernos envueltos en situaciones así de inesperadas, tan increíblemente hermosas y tan sumamente sorprendentes, por bien, por mal, o por requetemal que nos acaben saliendo. Aunque también, por qué no, al borde de mis setenta años de gravedad, por no decir una vez más, de soledad, que hasta trillado nos suena ya, con eso de los cien años del escritor colombiano, pues sí, al borde de mis setenta, créanme por favor ustedes que una historia de amor juvenil que nos sale incluso pésimo, tiene su sabor a gloria, y tiene además su sabor a triunfo, pruébelo usted y verá si no me da la razón. Aunque por supuesto que yo a ustedes, si es que andan acercándose ya peligrosamente a los setenta, antes que nada les deseo de todo corazón un final feliz.

Estas cosas que les cuento nos ocurren, qué duda cabe, hasta los treinta años de edad, admitamos, pero, bueno, estoy dispuesto a admitir también que hasta los cuarenta, o, máximo, eso sí, hasta los alrededores de los cincuenta, aunque claro que en este caso ya sólo nos ocurren cuando se

arrastra hasta la muerte un carácter tan sumamente especial como el mío. Sin embargo, tal vez sea más apropiado decir sensibilidad, en vez de carácter, sobre todo cuando se arrastra hasta la muerte una manera de vivir las cosas tan extraña como la mía, según decían y hasta hoy afirman ellos, o sea los que entonces formaron parte de la inseparable patota de mi barrio, y que aún el día de hoy me siguen tomando por un tronadito, aunque no por un loco de atar, de esto sí que estoy archiconvencido, ya que hay entre ellos un par de viejos amigotes que aún veo, muy de tarde en tarde, es verdad, pero que saben del asunto y lo toman con bastante cariño y respeto, a pesar de que risa sí que les causa tanta chifladura mía de aquel entonces y de hoy, chifladura, sí, que es como ellos la califican.

Y es que de sesentón avanzado sí que es imposible que nos ocurran nunca más en la vida cosas como éstas. No, de ninguna manera nos pueden ocurrir cosas así, ya, cosas tan extravagantemente adolescentes, por decirlo de alguna manera. Y fíjense ustedes que yo mismo estoy del todo convencido de ello, superconvencido de que cosas como éstas sencillamente sí que es imposible que nos ocurran a edades tan avanzadas como la mía. Sesentón ya, y acercándome peligrosamente a los setenta, además, yo creo que uno por nada de este mundo se anda todavía con estos cuentos de hadas, ni existe o persiste aún recuerdo alguno de adolescencia que nos haga estar, por ejemplo, en la cuadra treinta de una muy larga y florida avenida de antaño, hoy ya bastante venida a menos, la verdad, y que tanto recorrimos en la época adolescente en que subíamos al ómnibus, allá en el centro de Lima, yo para llegar nada más que hasta la cuadra veintidós, en que se encuentra hasta hoy la casa de mis padres, mientras que ella sí que continuaba hasta la penúltima parada, ya en Orrantia del Mar y casi al final del trayecto de aquella grisácea línea de ómnibus conocida entonces como Avenida Abancay-Avenida Salaverry-Orrantia del Mar, y hoy desaparecida hace ya unos cinco mil años. Pero creo haber dicho que iría de frente al grano y al grano voy efectivamente cuando les cuento que el otro día volvía del centro de Lima por la avenida Salaverry, o sea la nuestra, entonces, y que en vez de detener mi automóvil en la casa de mis padres, donde sigo viviendo hasta el día de hoy, juácate, me bastó con caer en un verdadero baño de recuerdos de la chica Pazos para seguirme no sólo de largo sino para terminar además tocando el timbre de la que fue su casa, o sea muchísimo más allá de donde vivo, y sin duda alguna poniendo una

impresionante cara de imbécil cuando me abrieron la puerta y al instante se me congeló mi delicioso baño, por decido de alguna manera.

Y, sin embargo, contra todo pronóstico y experiencia, ya que todo esto parece una enorme mentira, pero resulta que es la purita verdad, créanme que todavía le puedan ocurrir a uno cosas como éstas, y ya ni sé si debo agregar que es bendita o maldita la suerte que hace que aún nos sucedan historias como éstas, siendo además a todas luces alta y alarmanamente sesentones. Pero es así, y punto, aunque debo además agregar que lo que uno realmente siente es que le han metido una suerte de tremebundo gancho al mentón, cuando menos se lo piensa, y esto nada más que para empezar, tomen nota. Pero feliz de él, se los aseguro, pues resulta que además de todo este repentino y espectacular gancho al mentón en manera alguna nos hace ver estrellas ni nada de eso. Por supuesto que nos pega el gran sacudón y que nos remueve hasta lo más hondo los conchos y los rechonchos, e incluso resulta capaz de tumbarnos ferozmente por las lonas de la vida, aunque debo agregar, eso sí, que éste es un desplome tan total como feliz — el que me crea que me siga— y que continúa siendo indoloro y gozoso hasta que uno regresa a su casa, y, sin siquiera dirigirle la palabra a su adorado gato persa, absolutamente solterón, también, corre a completar su tan agradable desplome en una cama de soltero empedernido, pero ya sin queja y sin nostalgia o arrepentimiento alguno, o sea una simple cama individual de solterón, pero de solterón ya más que resignado, insisto, aunque resulta que esta misma cama en que ahora, por primera vez en millones de años, el cielo y la tierra vuelven a ser purita generosidad y absoluta maravilla, recuperada ternura, y nuevamente, nuevamente, sí, nuestro más inmenso amor, y así, en fin, uno tras otro cada uno de estos milagros. Y digo milagros, nada menos que milagros que, de golpe y porrazo, nos invaden y nos colman, ahí tirados en la cama, bien tumbadotes y refocilándonos en una resucitada cama que hasta anoche mismo nos fue hostil, si lo pensamos bien, pero que de pronto ya ni siquiera es la cama del solterón que hasta sólo hace algunas horas fui, sino el lugar bendito, el lugar dichoso, el lugar del encuentro definitivo y total con la chica Pazos.

Claro que todo esto sucede siglos después de desaparecida para siempre la chica Pazos, pero sucede también en aquel mismísimo instante, compréndanme por favor, o tengan un poquito de paciencia, pues muy pronto comprenderán cómo todo se dio en un mágico abrir y cerrar de ojos



de los que ya no quedan en este mundo tan prosaico, tan incrédulo, tan materialista, pero qué diablos me importan estas cosas ya, si yo ahora vivo bien tumbadote en mi reencarnado catre y su resucitado, su redivivo colchón, palabra que a ustedes les debe sonar de mucha cultura, esto de redivivo, pero que no es más que uno de esos vocablos que uno encuentra al azar en un diccionario cualquiera, y que yo empleo ahora en mi afán de transmitirles, aunque sea añadir una pizca más de intensidad a mi historia, porque es de la chica Pazos de quien se trata y la chica Pazos, para mí, lo es y lo será siempre todo.

Y además yo les juro que el asunto que me traigo entre manos es muy real, sí, pero que a mí me ocurrió como por arte de magia, o como un verdadero milagro, para ser mucho más concreto y preciso. Y así resulta también que la chica Pazos de hace unos cuarenta años, por este arte de magia purito y tan simple, por este milagro, insisto, pero también por aquel supergancho superindoloro a un agradecido mentón, a ver si de una vez por todas nos vamos entendiendo, carajo, tiene ahora, nuevamente, unos catorce o quince años y está regresando del colegio Belén, allá en el centro de Lima, en un ómnibus de la línea Avenida Abancay-Avenida Salaverry-Orrantia del Mar, un ómnibus superlento, hecho para mi felicidad, de puro lento, claro está, y de golpe ahora tan pero tan lento que mientras yo continúe tumbado en esta cama, pues sí, señores, aquel ómnibus que de golpe me ha invadido y me tiene aquí tan bien tumbado, se diría que ya para siempre, jamás llegará al paradero final de Orrantia del Mar en que ahora se baja del ómnibus en cámara lenta, ¡oh infinita bondad y divina maravilla, la chica Pazos!

Un dato más, por supuesto, y es que creo que resulta muy útil también para que yo siga tumbadote al máximo, metido ahora en cuerpo y alma en este asunto celestial, por más que ya no sea aconsejable para bordeantes setentones como yo, y aquí sí que Dios ni me asiste ni me existe, y me resulta más bien sumamente indiferente, pues se trata ahora nada menos que de la inolvidable chica Pazos, que, cuarenta años después, tiene ahora catorce o quince abriles, qué le voy a hacer yo y los tiene desde entonces hasta hoy y desde hoy para siempre jamás. Y en cuanto a mí, por aquellos años cincuenta y sesenta, en cuanto a mi allá por las sagradas décadas aquellas, pues yo me bajo del ómnibus cinco paradas antes que ella, de vuelta también del centro de Lima, de mis primeros años de Letras y Poesía,

aunque últimamente me ha dado por seguirme de largo hasta el final del trayecto, o sea un paradero más allá de aquel donde se baja la chica Pazos. Y es que, claro, qué mal quedaría yo ante mí mismo si, como es común entre los odiosos y creídos y realmente detestables y presumidos conquistadores de chicas que van por las calles de esta vida, yo me bajara detrás de la chica Pazos y la siguiera y le metiera letra, como se dice, aunque yo más bien diría meter purita verborrea y de la peor.

Yo odio estas cosas, la verdad, y hace ya mucho tiempo que me di cuenta de ello, y las odio tanto más cuanto más pienso que a la chica Pazos la podría asustar o disgustar un tremendo manganzón que insiste en caminar detrás de sus calladas y encantadoras pisadas, que además no tarda en ponerse a su altura y, tan previsible y acostumbradamente cretino, en comparación a lo linda y entrañablemente frágil que es ella, le mete de golpe su verborrea, la peor de todas, la verborrea más estúpida y vulgar que imaginarse pueda, tal como lo hace un seductor de radioteatro antañón o uno de esos tipejos de callejuela pura, con una medio pelín ricotipo, con una de esas que quiere, cómo no, su asqueroso plancito. A mí con cuentos, si salta a la vista que el plancito es cojudo y barato y el malvivir de ambos todavía mucho más barato.

Pues no, ni hablar, ni hablar de cosas así de horrendas, y por todas las razones de este mundo, además, o sea que chitón boca y sanseacabó. La chica Pazos es exactamente el polo puesto al citado caso del malvivir a dos, y por supuesto que también yo lo soy, aunque tal vez para mi mal, en mi caso de varón demasiado educado, fíjense ustedes en la tremenda paradoja. Pero eso sí, si hay algo que yo sé en esta vida es que con la chica Pazos se requiere de un proceder muy fino, y por lo tanto absolutamente diferente al del malvivir, y lo sé porque hay cosas que uno ya llegó sabiendo a este mundo, y que si no se saben ya de nacimiento, pues se aprenden desde la mismita cuna.

Y ahora, por favor, pónganse ustedes, aunque sea por un instante, en el caso de que este proceder diferente no exista y el resto de mi vida no llegue yo a cruzar palabra con la chica Pazos. Pues miren, siempre nos quedará aquella tan preciosa y delicada muchachita y aquel estudiante de Letras y Poesía que simple y llanamente se estrelló con que no había ninguna otra manera de proceder en este mundo, maravilloso a pesar de todo, claro que

sí, y tan sólo porque en él camina deliciosa la chica Pazos, por más que nunca en esta perra vida lleguemos a cruzar ni una sola miserable palabra.

Triste de mí (anotación al margen).

La prueba más contundente de cuanto vengo diciendo es que hace mil años derrumbaron el céntrico colegio Belén en que estudiaba mi chica Pazos —perdonen este posesivo *mi*, que bien podría ser una licencia poética, pero que, aunque todavía me parta el alma decirlo, no es más que un muy vago reflejo de la más grande ilusión de mi vida— y se mudó también para siempre la universidad de mis Letras y Poesía, pero aquí estoy yo y por ahí debe andar también ella, nada feliz, estoy seguro, porque además a mí me consta que la pobrecita se casó con un tipo común y corriente, uno de esos grandulones de a dos por medio que van por el mundo sin fijarse bien en nada y que ni siquiera disfruta con los ganchos al mentón que te da la vida, un grandulón corrientazo que sin duda alguna sí se bajó en el paradero de la chica Pazos en este mundo y le metió su verborrea tan entradoramente que terminó por aturdírmela todita, hasta ir a parar ambos ante el maldito altar de una iglesia que a punto estuvo de costarme la vida.

Y tanta y tanta tristeza, además, mientras que, lo juro —y en ello no deben ver ustedes un ápice de ironía, ni mucho menos de burla o de escarnio—, mientras que el viaje en el Orrantía del Mar-Avenida Salaverry-Avenida Abancay continúa cuarenta años después, y por más que esta línea de autobuses no exista ya, siquiera, hace siglos, y deba ser yo el último mortal que la recuerda, aunque lo cierto es que ahora más que nunca yo sigo viajando con la chica Pazos y su uniforme quinceañero, créanme ustedes. Y todo esto, porque, como en una composición escolar: *«Había una vez una muchacha demasiado linda y sumamente colegio Belén y ¡vaya que era risueña! Y por ella suspiraba un muchacho al que sus amigos del barrio, con el mayor cariño, eso sí, aunque también con harta razón, llamaban nada menos que Suspiros Dellepiani, pues era muy cierto que nuestro José Manuel había suspirado hondo, demasiado hondo, y como tan increíblemente profundo que casi se atora o ahoga la primera vez que atisbo apenas a la chica Pazos, aunque claro que no era verdad, no, qué va, que hubiese tenido un verdadero ataque de suspiros que duró además tres horas seguidas y lo condujo de cabeza y ya en coma profundo a la clínica Anglo-americana, como afirmaba cachaciento Mañuco Lombardi, la gran*

*ladilla y pesadilla del barrio, con su manera esa de no tomarse nada en serio en esta vida. Nuestro muchacho se llamaba en realidad José Manuel Dellepiani, pero ya ustedes saben lo que son los adolescentes y ese carácter de José Manuel hace que, ya también sesentones avanzados, los amigos del barrio de antaño hasta el día de hoy no se refieran a él como José Manuel Dellepiani sino como Suspiros, Suspiros Dellepiani, sí. »*

Pero volviendo al centro de Lima y a la desaparecida línea de ómnibus aquella, esto de los paraderos de aquella línea en el comienzo del viaje que llevaba desde la avenida Abancay hasta el fondo de la avenida Salaverry y luego hasta Orrantia del Mar, paradero final, sí que era una verdadera Odisea para Suspiros. Y es que la avenida Salaverry era tan pero tan larga que vaya felicidad la de la chica Pazos y su suspirante cuando regresaban cada uno del centro de Lima, ella del colegio Belén y él de su Facultad de Letras y Poesía. Entonces sí que todo era al revés, claro, porque él subía primero, y tres paraderos antes que ella, pero precisamente en esto consistía el truco para asegurarse Suspiros que la chica Pazos estaba esperando ya en la parada del Jirón de la Unión. Y es que él primero se escondía en este paradero del Jirón de la Unión, tremendo loco, fíjense ustedes, pero no bien aparecía la chica Pazos en el horizonte era loca la carrera que el muy chiflado emprendía hasta sus tres paradas más allá. Sus razones tenía, por supuesto, para tanta carrera y angustia, y éstas eran nada menos que, debido a aquel ya bastante lejano paradero, el ómnibus pasaba siempre por ahí con varios asientos libres que cederle con felicidad plena a la chica Pazos, porque lo que es ya en la parada de ella, o sea en plena esquina del tan populoso Jirón de la Unión, ahí sí que subía al ómnibus una verdadera turba de pasajeros que, además, se abalanzaba sumamente maleducada y hasta violenta sobre los asientos libres, si es que quedaba alguno, aunque la realidad es que el noventa y nueve por ciento de las veces ni de milagro quedaba un asiento vacío en todito el ómnibus.

Pero la chica Pazos, por el contrario, sí que se tomaba las cosas con calma chicha, más que nada, claro está, porque confiaba en su buena suerte, que no era otra que la presencia en un asiento del ómnibus de un muchachón sumamente educado pero aún más callado, un muchachón extrañamente sudoroso y muy agitado, además, como si se acabara de pegar un tremendo carrerón por todo el centro de Lima y sus alrededores, y sólo para alcanzar este ómnibus, aunque extrañamente ahí estaba ahora ya de lo

más absorto y comodón en su asiento, hasta que se lo cedía, claro, en una muy rápida, cortés y sonriente operación, porque verla subir y llamarla para cederle el asiento eran lo que se dice una sola y misma cosa.

De más está decir que todo esto se debía en efecto a un loco *sprint* previo de Suspiros, del cual ella, deliciosa siempre, ni siquiera sospechaba, un *sprint* rematadamente chiflado y nada menos que entre varios paraderos del endemoniado centro de Lima, o sea esquiva que te esquiva un verdadero zafarrancho de transeúntes que a su vez iba ferozmente a lo suyo, por no decir nada de aquellos cuyo *sprint* realmente endemoniado es el de los delincuentes con peligrosidad incluso extrema y con navaja, que huyen salvajemente, botín en mano. El tipo del asiento y el *sprint* era alto y muy flaco, y, más adelante, cuando la chica Pazos por fin lo conoció, resulta que sus amigos lo apodaban nada menos que Suspiros y que ella algo recordó de los tiempos idos del ómnibus y de aquel muchacho que le tenía siempre un asiento libre, un muchacho siempre sonriente, claro que sí, alto, sonriente y feliz como éste, claro que es él, y tan ingrata se sintió que de golpe le vino a su sensibilidad entera que no sólo el muchacho era de lo más sonriente, sino que también el ómnibus mismo sonreía y ya ni se diga del asiento cedido, ¿o debería decir más bien entregado ya de por vida? Y, sin exagerar un ápice, ya que así lo vivían ahora y, de pronto, entonces también, de lo más sonrientes que darse pueda, ella y él, y de lo más a flor de piel y como queriendo arrimarse, aunque sea un poquitito, ella —¿y recién ahora me doy cuenta, por ser de nacimiento tan bien educado?— contra el pasajero de al lado, o sea mi cededor exclusivo de asientos, para que de una vez por todas estallara el amor, aprovechando, por qué no, también, el contagio del mismísimo asiento feliz, ya que también éste como que jadeaba o suspiraba mucho, y al mismo tiempo les ofrecía su solidaridad y complicidad toda, a mares, realmente a mares, Dios mío, lo bruta que fui de no enterarme entonces absolutamente de nada.

le hizo muchísima gracia a la chica Pazos aquel apodo, aquel Suspiros del calladísimo José Manuel Dellepiani, Suspiros El Del Asiento, en lo más hondo de su corazón, el muchacho torpón y entrañable que siempre le cedía su sitio mas nunca jamás le hablaba, a pesar de que ella le sonreía con las cejas y hasta con sus mismísimos ojos, aunque claro que debí sonreírle con los labios, que para eso están, pero una en el fondo era una niña, todavía, y además también como que me di cuenta ya demasiado tarde, de golpe, eso

sí, y como en una verdadera revelación, de lo tonta y malagradecida que fui siempre con el gran Suspiros, porque todo aquello que, día tras día, y mañana y tarde, hacía él, significaba que le estaba cuidando y protegiendo, mucho más que reservando, un asiento, para que cuando ella subiera al ómnibus y hordas de la peor educación pudieran atropellarla y hasta aplastarla, la fragilísima y linda chica Pazos estuviera siempre absolutamente a salvo, ella que además andaba todavía entre niña y mujer, aunque jamás se imaginarán ustedes de qué manera tan linda y tan entrañable andaba así la chica Pazos.

seguro también que Suspiros ya estaba superlisto para incorporarse, para brincar y ponerse de pie, ansioso y gozoso, suspirante y chifladísimo, entregado en cuerpo y alma, y hasta glorioso, a la total cesión de su asiento, y tan pero tan adorable, pensaba, sentía, recordaba ahora a medias, la chica Pazos, aunque mil años después, eso sí, y aunque aún lo ignorara todo acerca del procedimiento chiflado puesto en práctica por él, todo acerca de su loca carrera de un paradero a otro, porque entonces sí que, de haberse enterado ella de todito aquello, le habría dicho, seguro que aún con entrecortada voz, seguro con tan sólo un hilito de tímida vocecita, pero eso sí que con uno de esos hilitos que van desde los pies hasta la cabeza y alcanzan además el corazón y el alma, le habría dicho, sí, ése su hilito de profunda emoción y toda su infinita gratitud en otro hilito más, y cómo, de golpe, todo estos hilitos suman y se transforman en profundo cariño, tal vez ya incluso en un hilillo de amor, mientras que, claro, él encajaba un tremendo gancho en el mentón, pero uno de esos ganchos que hacen felices a ciertos hombres muy chiflados, y tan especiales, por cierto, que ya casi no los hay así en este mundo, o a lo más existen tan sólo uno o dos por país en el planeta Tierra y funcionan todos por hilitos. Y enterito, todo esto, mientras, colmado, extasiado, chino de felicidad, Suspiros Dellepiani revivía la gloria, el triunfo, la inmensa victoria de cada mañana y de cada tarde de su vida universitaria en Lima, entonces, y ahora también en París, por lo de su posgrado y por supuesto que siempre por lo de sus Letras y Poesía.

Y recordaba eternamente Suspiros, parisino ya casi de adopción, ahora, que por entonces cada visita a su lejana Lima era una maravillosa travesía, la felicidad misma, y seguros estamos todos los que en el barrio conocimos a Suspiros Dellepiani, que, si la chica Pazos se hubiese enterado de la

tremenda artimaña —bastante desfavorable para él, probablemente—, si siquiera hubiese sospechado la pobre chica Pazos que todo aquel jadeante y sudoroso correr de un paradero a otro era tan sólo para cederle un vulgar asiento, día tras día, mañana tras mañana y tarde tras tarde, durante años, si tan sólo la chica esa tan linda se hubiese enterado de las locas carreras de Suspiros de una parada a otra y a otra y a otra más, todavía, durante toda la educación secundaria de ella y también después, estando ya en la universidad, hoy sí que serían marido y mujer, apostamos lo que sea, carajo. Porque ella, por lo que supimos con el tiempo, sentido del humor sí que tenía, y mucho, y además era también sumamente sensible y suma sumamente divertida la chica Pazos.

Pero Suspiros dale y dale con lo de su mutismo más absoluto, con la calladísima aunque muy natural y sonriente cesión del asiento, aunque para él ahí terminaban las cosas. Y ahí terminaban las cosas, alegaba, porque la vida contiene promesas de amor y felicidad que no se arreglan, por nada de este mundo, con una grosera persecución por una calle, una persecución que podría incluso aterrar a una chica sumamente fina y delicada como ella.

—No, muchachos. Persecución sí que no. Persecución ni aunque me maten. Me niego rotundamente a aparentar siquiera una persecución con la chica Pazos.

—¿Y entonces qué, entonces cómo, Suspiros?

—Los más grandes dones de la vida nos llegan con otros lenguajes —les replicaba siempre Suspiros a sus amigos del barrio entonces, entre los cuales hay dos que lo son ya de toda la vida. Y agregaba—: No porque uno se baje en este paradero, en vez de en aquél, o viceversa, las cosas de este mundo se van a convertir en milagros, ni mucho menos en amor.

—¿Y entonces cómo, pues, Suspiros...?

—Pues eso mismo digo yo, Suspiros, ¿cómo entonces?

—¿Entonces cómo mierda, Suspiros? ¿Qué harás entonces para que la chica Pazos haga algo más que apoderarse de tu asiento dos veces al día durante nueve meses al año?

—Ya verán ustedes, amigos, que todo se andará.

Y Suspiros, en efecto, se echaba a andar cada día más, y tan feliz. Tan feliz como si a su lado y cogida de su brazo amante, caminara con él, sonriente y encantada de la vida, la chica Pazos. Y precisamente aquí viene lo más raro, lo más extraño o extravagante del mundo, algo tan excepcional

que no sé si lograremos explicarlo bien, nosotros los del barrio, entonces. La chica Pazos era linda, una adolescente tan linda que, sin exagerar un ápice, apostaríamos que entre todas las patotas de adolescentes que por entonces hubo en Lima, jamás se vio una chica igual de linda que esa flacuchenta *tocada por la gracia divina*, palabras éstas que por cierto le pertenecen a Suspiros.

Pero resulta que la chica Pazos creció y se nos casó, carajo, y además se nos casó a cada uno de nosotros, por fin, un día, porque es muy cierto que todos los del barrio sufrimos la pena negra, pero Suspiros, vaya tipo tan extraño, Suspiros simple y llanamente fue el único que no sufrió con tremenda boda, y casi en sus narices. Y así fue, sí, créannos que así fue, y créannos también que, por aquellos misterios que a veces tiene la vida, todos pasamos un trago realmente muy amargo cuando se nos fue con otro la chica Pazos, todos menos Suspiros. Las cosas como son, y la verdad es que todos sufrimos, todos nos emborrachamos, todos lloramos, aunque sea a ocultas, pero de una u otra manera todos acabamos llorando o vomitando borracheras por los rincones el día de aquella cruel y maldita boda. Pero aquí viene lo más increíble de todo, y esto es, como les decíamos, que el único que no sufrió con aquella boda fue el inenarrable Suspiros. Y además el mismo día, el mismísimo día de mierda de aquella infame boda, cuando la chica Pazos abandonaba la iglesia del brazo de su flamante esposo, el inefable Suspiros tuvo de golpe el más inesperado de los gestos que jamás hayamos visto en nuestra puta vida. Y lindo, además, pero lo realmente maravilloso, lo más maravilloso de todo es que la propia chica Pazos, que hasta entonces jamás había cruzado palabra alguna con Suspiros, con excepción, claro está, del eterno *Muchas gracias* que empleó seguro que un millón y medio de veces cuando él le cedía el asiento del Avenida Abancay-Avenida Salaverry-Orrantia del Mar, de regreso del centro de Lima, pues ese día de la boda como que de pronto nuestra chica Pazos se nos creció. Y no sólo se nos creció sino que se nos puso inmensa, inmensa es la palabra exacta, créannos, y se nos llegó a poner tan infinitamente inmensa, a fuerza de crecérsenos, que buscó y buscó a Suspiros hasta dar con él entre los simples curiosos que se habían apostado a ambos lados del camino que iba de la puerta de la iglesia hasta la limusina en que la flamante pareja estaba ya a punto de desaparecer rumbo a su luna de miel. Y buscó y rebuscó hasta que dio con él, por fin, oculto por completo, ahora, *missing*, ausente de este



mundo y de lo más sonriente, el tipo, y encima de todo como si con él no fuera la cosa —vaya que se las traía de locumbeta, nuestro Suspiros—, escondidísimo detrás del tronco muy anchote de un tremendo arbolazo. Y hasta allí caminó linda la chica Pazos, realmente más linda que nunca y sin que su flamante esposo entendiera tan extraño comportamiento, y es que, blanca y radiante, la flamante señora Pazos caminó sonriente como nunca y allí detrás del árbol le dio un beso eterno a Suspiros y le entregó enseguida su lindo bouquet rojo, palabra de honor. Y lo que le dijo sí que fue superextraño, tan superextraño que ahí el que escuchó algo, o se hizo el loco o es que de verdad no entendió ni jota. Pero aquí somos tres de los del barrio que sí que oímos muy bien y que moriremos jurando que la chica Pazos lo que dijo fue esto, le guste a quien le guste:

—Es para ti, Suspiros, sólo para ti, mi queridísimo Suspiros Dellepiani. Y guárdamelo, por favor, toda, todita la vida, ¿me lo juras como si fuéramos tú y yo los que acabamos de venir del altar?

Y la bestia esta de Suspiros, ¿saben lo que le preguntó a la novia, mientras recibía y recibía, absorto, absorto durante horas, sí señores, lo que se dice horas, y de nuevo mientras seguía recibiendo el bouquet, allá detrás del arbolazo ese, y mientras además el flamante esposo esperaba ya francamente impaciente y hasta con un puño amenazantísimo en la más correcta y furibunda posición de ataque, aunque no supiera aún contra quien? Pues le preguntó nada menos que si el bouquet se regaba o no, y, en caso de que sí se regara, pues con qué frecuencia. Y cuando ella le dijo que no, que las dejes así nomás estas florecidas tuyas, sólo tuyas y ya para siempre, que las guardes tales y cuales, aunque se te marchiten solitas, al muy animal de Suspiros Dellepiani no se le ocurrió nada menos que besar el bouquet y decirle a la chica Pazos que si hay algo que jamás se acabará en este mundo, y dondequiera que estemos tú y yo, son los ómnibus y los asientos vacíos, esposa mía, aunque yo escogería siempre el mismo viejo trayecto en el Orrantia del Mar-Avenida Salaverry-Avenida Abancay, si tuviera, claro, la gigantesca suerte de escoger de nuevo el trayecto.

—Y yo también, Suspiros —agregó, abundó ella, y entonces sí como que estalló una bomba de tiempo, pero una de hace muchísimo tiempo, de muchísimas batallas y muchísimos ómnibus, y tras el besote que se dieron, casi de pies a cabeza, entonces sí que no nos quedó más remedio a los

muchachos del barrio que rodear al enloquecido novio e incluso maniatarlo, todos a una, no fuera a ser que...

En fin, una verdadera bestia nuestro Suspiros, porque ahí sí que el flamante esposo estuvo a un tris de romperle la crisma, aunque él como si nada, él ni cuenta que se dio, y más bien giró en redondo, le dio la espalda al rodeado y maniatado flamante, por supuesto que en absoluto sin mala intención, pero sí es cierto que la intención pareció la peor de todas las intenciones, una verdadera provocación, un tremendo desplante, y también es cierto, muy cierto, claro que sí, que poco o nada puede un recién casado que viene saliendo de altar y del santo sacramento del matrimonio y que se encuentra nada menos que ante la mismísima puerta de la iglesia en que acaba de prometerle amor y fidelidad hasta la muerte a nuestra chica Pazos —y mientras le llueve y llueve además el arroz de la felicidad, al pobre diablo—, la muchacha más linda de nuestro barrio y de cuanto barrio más pueda existir, en este o en cualquier otro país del globo, pues sí, muy poco o nada puede en realidad un pobre marido, por flamante que sea, contra un tipo apodado Suspiros, que allá va feliz y en sentido contrario, además, y con el bouquet de la linda chica Pazos, para colmo de males, o así andarían pensando los asistentes a la boda aquella del momento inesperado y rarísimo, el del pelotudo ese llamado nada menos que Suspiros, según dicen por ahí, el flamante novio maniatado, la maravillosa chica Pazos feliz, y, como si nada, el bouquet misterioso y el arbolazo que seguro que alguien colocó ahí la noche anterior, sabe Dios por qué oscuras razones, ya qué duda nos cabe, y por más increíble que todo lo que aquella mañana presenciamos nos siga pareciendo.

—Esto empieza muy mal —dijo el primer invitado al baile de la boda al que se le trepó una copa.

—Para mí que esto ya se acabó —dijo, muchas horas después, el penúltimo borracho en abandonar la fiesta de la boda, aunque su frase parecía en realidad un comentario a la frase anterior, un agregado o algo así.

—¿Qué se acabó, la boda o la fiesta de la boda? —les dijo el último borracho de aquella noche, ahí, solita y tambaleante su alma en pena, a las estrellas del cielo, que entre todas resulta que sumaban tan sólo una estrella perdida en un cielo de mierda, aquella noche de pura neblina, e imagínense ustedes ahora qué tal curda la del tipo, porque encima de todo se trataba de una miserable estrellita a la limeña.

Un reepino le importó a Suspiros Dellepiani que la chica Pazos y Ramón Montero, su flamante y millonario esposo, se instalaran en una gigantesca y hermosa casa que quedaba en el quinto pino, con respecto a Orrantia del Mar, sobre todo, lejísimos pues de la casa de Suspiros el del Bouquet, como le llamaban ahora sus amigotes del barrio y sus compañeros de Letras y Poesía, en la universidad. Y eso que, para asombro de todos, empezando por él mismo, la chica Pazos había ocultado en el bouquet su nueva dirección y también su nuevo número de teléfono, más una notita en la que decía, confesando una pena realmente infinita, que por su nueva casa aún no pasaba línea de ómnibus alguna y que cómo iban a hacer entonces ellos dos para lo de su asiento, que aquel asiento de su vida adolescente en el colegio Belén, primero, y de toda su carrera universitaria en la Católica, después, o sea diez años exactos, Suspiros, a ella le haría siempre muchísima falta, y que lo iba a extrañar sin duda alguna demasiado, sí, y decirte demasiado es decirte muy poco, Suspiros, ah, si supieras tú cómo lo voy a extrañar yo todo, mi tan y tan querido amigo. No, no, mucho más que un amigo eres tú para mí, José Manuel Dellepiani, la verdad, o sea que basta ya de Suspiros para nombrarte a ti, en nuestra situación, en nuestro caso tan especial, porque sí, es especialísimo nuestro caso, José Manuel, ya que, por ejemplo, lo de Suspiros es ahora a mí a quien le calza como un guante, mi tan querido, mi...

Sí, sólo este maldito y como enclenque *mi*. Pero los muchachos del barrio podemos jurarles que la carta seguía varias hojas más, después de este *mi*, pero qué le vamos a hacer, conocemos a Suspiros y ni torturándolo le habríamos sacado una sola palabra más. Y hoy que ya todos somos sesentones y casi nunca nos vemos, además, cualquiera de nosotros juraría sin embargo que más allá de aquel *mi* ninguno vio una puta letra más, desgraciadamente.

Y aquél fue —y esto sí que lo puede jurar cualquiera que lo conozca y que estuviera allí— el momento más gancho y feliz en la contradictoria vida de Suspiros Dellepiani. Y con su disecado bouquet en la mano, archidichoso y colmado para siempre, a nuestro parecer, se despidió de la patota del barrio la noche anterior a su partida a París, para preparar su doctorado en Letras y Poesía, allá en la Ciudad Luz, y tener además un gran pretexto para escribirle a la chica Pazos, según nos confesó, unas cartas

cuya sola lectura durara tanto o más que su añorado y larguísimo trayecto Orrantia del Mar-Avenida Salaverry-Avenida Abancay, ida y vuelta.

Ya en París, y en pleno invierno nevado, fue muy especialmente el recuerdo de una blusa de la chica Pazos, en los días soleados, lo que más extrañaba Suspiros Dellepiani y lo que más lo conmovía. Ella la usaba, claro, cuando ya había terminado el cole y estudiaba en la Católica, y cuando esta universidad quedaba aún en el Jirón Camaná y en la plaza Francia. Era una blusa amplia, blanca, muy escotada, y que dejaba al aire los maravillosos hombros de la muchacha y también la parte superior del pecho como bronceadito y con ese como asomo de pequitas que arrancaba justo antes de la deliciosa insinuación de unos senos notablemente erguidos, para qué. Y la sencilla blusa la sostenía por arriba un grueso elástico que la aseguraba muy bien contra cualquier riesgo de deslice y fatal papelón. Y era un tanto plisada, asimismo, justo en la parte aquella del elástico, la bella y atrevidilla blusa aquella que también usaron las actrices más bellas en miles de películas de esas de charros y pistolas, aunque también las inolvidables Pier Angeli y Jean Peters y la muy pechichona y atrevida Jane Russell, y que aún se ve a menudo, en lugares tropicales, sobre todo, pero que a nadie jamás en el mundo le quedó tan bonita, discreta y tan especial como a la chica Pazos. Y su falda veraniega era amplia, amplia y con vuelo y apenas plisada, muy lindamente colorida y florida, además, aunque siempre discreta. Y éste parecía ser su atuendo más frecuente y más variado, también, ya que en una chica única y tan linda siempre todo es novedad, y lo quieras o no todo le queda también como recién estrenado hoy y de nuevo mañana y pasado mañana y así sucesivamente, para siempre jamás, obsérvenlo bien con la primera chica linda que vean frecuentemente y ya verán cómo me dan todita la razón.

Y lo demás en la chica Pazos, aunque jamás nunca se acabe, y sólo por afán de brevedad e incompetencia absoluta para transmitirlo, tal y como era, lo cuente así, pues este *lo demás* al que me limito lo conformaban sobre todo sus cejas de ensueño, pobladitas, perfectamente anchas, de un terciopelo castaño oscuro y purita armonía, sus ojazos negros, su finísima y perfecta nariz, sus labios de húmeda belleza y bien carnositos sexy, sí, bien bien carnositos sexy, aunque con la debida educación y una deliciosa contención, digamos que de época, por supuesto, y aquella sonrisilla de

Mona Lisa, en la versión cantada por Nat King Cole, que jamás supe si emanaba más de sus ojos o de su boca, y si era sólo para mí o para el mundo entero. Porque la suya, a mi parecer, era una sonrisilla que se desplazaba inquieta ante el espectáculo adolescente y novedoso de la vida, y, misterios de la belleza, así se le fue quedando, y, aunque nunca la haya vuelto a ver, apostarí lo que tengo que todavía hoy sigue igualita, por más que yo nunca la haya vuelto a ver. Yo, en todo caso, así la sueño aún, y, la verdad, por más que lo intentara, estoy convencido de que no lograría soñarla de otra manera, ni siquiera debido a la indisciplina total con que se le manifiestan a uno los sueños.

Jamás hablamos la chica Pazos y yo durante el millón y medio de viajes que hicimos desde el centro de Lima hasta Orrantia del Mar, salvo aquellas tres o cuatro palabras de cortesía que repetíamos, cual letanía, cada vez que yo le cedía mi asiento, o, más bien, cada vez que yo le cedía *su* asiento, algo que se desencadenó la tarde aquella en que un tremendo lapsus mío hizo que no le cediera *mi* asiento sino el *suyo*, cosa que a ambos nos produjo una suerte de trance, nada menos que una suerte de trance, sí, porque al oírme decir tal disparate ella abrió de par en par y con muchísima emoción unos brazos de amor y apretón y también yo la imité con otros brazos de inmenso amor y entrega total que, por supuesto, iba a desembocar en un tremendo, torpe, maravilloso apretón, pero, mala pata, ahí quedó todo porque el cobrador con sus tickets se nos interpuso sin fijarse en nada, el muy animal, y ya después de pagarle, cuando por fin el aguafiestas ese nos dejó en paz, la chica Pazos estaba de lo más ocupada en guardar sus moneditas del vuelto y también yo anduve de lo más ocupado y avergonzado porque encima de todo tuve que recoger las mil y una moneditas que se me habían caído y desparramado entre los zapatos tumultuosos de un millón de pasajeros, unos zapatos que clamaban casi todos por un lustrabotas, la verdad.

Y ya después nació la costumbre maravillosa, en los días de sol, de que la chica Pazos se pusiera su linda blusa blanca y me luciera sus hombros y su pecho pecosillo. Y el pelo le caía sobre todo aquello tan pero tan naturalmente que yo apostarí lo que sea a que jamás se maquilló ni se peinó mucho ni nada, porque a ella con una buena duchita le bastaba para tanta juventud y lozanía y también para esa alegría de vivir que se encarnó en cada uno de nuestros viajes, porque yo no era nada más ni nada menos

que el imbécil este que me cede infaliblemente el asiento, hasta cuando hay otros asientos libres, un millón de asientos libres, incluso, y acto seguido se me para al lado y empieza a mirar a las musarañas, por más que yo...

Sí, por más que ella contuviera su sonrisa y sus ganas de hablarle a este flaco tan imbécil como encantador, y por más que, de hecho, le hablara con la sonrisita aquella de Mona Lisa que se le insinuaba en la comisura de los labios o en las maravillosas esquinitas exteriores de unos ojos chinitos de felicidad, locos por hablarte, deseosos a tope de saber de ti, de tus estudios, de tus películas favoritas, de tus novelas preferidas, y de todo, de todo en esta vida. Pero esto nunca jamás sucedió, porque ahí arriba iba él, bien parado y recompensado al máximo por la vida con tan sólo cada uno de aquellos viajes felices, mientras que ahí abajo iba sonriente y dichosa ella, porque este muchacho es realmente único, aunque por favor, Dios mío, tú que todo lo puedes, haz que me diga aunque sea una palabrita.

Y de todo esto, que para ustedes tal vez no significa nada, pero que a estas alturas ya deben estar cuando menos familiarizados con Suspiros y entender lo que les digo, de todo esto vivió diez largos años en París José Manuel Dellepiani. Sus noches, sobre todo, eran su felicidad, pues dos de cada tres veces apagaba su lamparita de lectura, se tumbaba hacia su derecha, para no machucar su inmenso corazón, como le señaló alguna vez mamá, siendo él aún chicón, y ni siquiera se había quedado dormido todavía cuando ya tenía en sus sueños a la chica Pazos con su blusita mexicana, como le gustaba llamarla a él. Pero también había descubierto un recurso más, delicioso e infalible, para contemplarla allá en Lima sin que ella se enterara siquiera. Era su sueño teledirigido, como le llamaba él, por más que nadie le creyera una sola palabra de lo que contaba, y que consistía en cerrar las cortinas del descuidado estudio en que vivía, creando una cierta penumbra a cualquier hora de la mañana o de la tarde, por más soleadas que éstas fueran, abstraerse luego por completo del mundo exterior, beberse enseguida dos o tres copitas de un excelente coñac, tal y como exigía la ocasión, naturalmente, y ponerse enseguida a esperar copa en mano la reencarnación o reaparición, que para el caso a él le daba exactamente lo mismo, de la chica Pazos, allá en París. Bastaba con un par de minutos de absoluta concentración para que ella apareciera, y vestida siempre tal como él la prefería, aunque la verdad es que mucha variedad en el gusto el tal Suspiros sí que no la tenía, pues era siempre o la bendita blusa blanca o el

uniforme del colegio Belén con que la conoció, y que qué tendría porque las primeras veces en que la vio con él puesto, no le quedó más remedio que bajarse o incluso casi arrojarse del Avenida Abancay-Avenida Salaverry-Orrantia del Mar, y correr hasta el primer rincón que encontró para esconderse ahí y dar rienda suelta a unos vómitos espantosos, producto sin duda alguna de los nervios locos que le producía la mera aparición por el centro de Lima de la chiquilla aquella uniformada de azul y con su sombrerito tan especial. Y además se le caían mechones enteros de pelo, mientras vomitaba, en la más extraña asociación nerviosa que darse pueda, en fin, algo que dejaría turulato al propio Sigmund Freud. Dios mío, qué efectos tan brutales los que le producía, de pies a cabeza y por dentro y por fuera, la chica Pazos, y sobre todo en aquel ya mencionado inmenso corazón, que al primer atisbo de chica Pazos rompía a corcovear catastróficamente.

París fue la chica Pazos antes que nada, la Poesía luego, y en tercer lugar las Letras. Y fue también diez años de su vida en que absolutamente nada cambió Suspiros Dellepiani, ni por dentro ni por fuera. Al Perú volvió de la noche a la mañana, ante la gravísima enfermedad de su padre, que falleció muy poco después de su retorno a casa. Un año más tarde falleció también su madre, y Suspiros, hijo único de una pareja ejemplar, aunque entristecida por la falta de más hijos, y sobre todo por la tan deseada mujercita, se descubrió de la noche a la mañana heredero de una muy cuantiosa fortuna. Poco le importó y, fiel a su barrio, y llevado asimismo por una extraña fidelidad al pasado, conservó el viejo caserón familiar, aunque la verdad es que ya ninguno de sus amigos del barrio vivía por ahí y la actual casa de la chica Pazos era desde hace sabe Dios cuánto tiempo un moderno departamento, allá por las Casuarinas, en el lejano y enorme distrito de Surco. Y, en lo de no conocerlo o reconocerlo, pues ni siquiera el chino bodeguero de la esquina, porque ya era otro chino, o el verdulero de la pulpería, porque ya era otro verdulero también, o la japonesa de la jardinería, que también ya era otra japonesa, y ni siquiera quedaba el señor Braiman, el de la farmacia, que ahora se llamaba señor Lebowsky, para servirlo a usted, caballero, pues en efecto creo que sí llegué a conocer a su señora madre, aunque la verdad es que en este momento ni me pregunte por

su rostro, porque a una farmacia entra tanta gente, sabe usted... Pero, bueno, en fin, ¿qué deseaba el señor?

«He muerto», se dijo, muy para sus adentros, José Manuel Dellepiani. «Qué duda cabe de que he muerto.» Y respondió que por esta vez no deseaba nada, que sólo había entrado a comprobar que había muerto, aunque al aterrado farmacéutico Lebowsky le aclaró enseguida que se refería a una muerte de otro tipo y dimensión, y ya verá usted, señor, que con el tiempo yo mismo le iré aclarando a qué clase de muerte me refiero, aunque por ahora me tome usted por un loco de remate. Y ya verá, también, señor Lebowsky, cómo al final terminará por entenderme cabalmente lo de esta nueva calidad de muerte, aunque yo por ahora prefiero vivir mi propio duelo a solas.

—¿Y de una chica Pazos no se acuerda usted, por casualidad, señor Lebowsky —se atrevió a preguntarle Suspiros, antes de abandonar la farmacia.

—Ni idea, señor...

—Dellepiani, José Manuel Dellepiani...

—No, ni idea, señor Dellepiani. Será que ha muerto también.

—No, señor Lebowsky. Esa muchacha más bien se casó y se mudó muy lejos del barrio.

—Hará mil años, entonces, también.

—Pues no, señor. Porque se casó hace sólo once años y yo estuve en la boda. Lo que pasa es que ella sí que se mudó inmediatamente después de casarse. Y al quinto pino, además, pero luego se divorció y se mudó nuevamente. Pero como de golpe dejó de escribirme, le he perdido la huella, y por eso vine a indagar a su farmacia. Aquí viene mucha gente del barrio y pensé que algún cliente de los de antes podría saber algo.

—Pues no se haga usted muchas ilusiones, señor, porque la mía es una farmacia de avanzada, y aquí trabajan doce repartidores que distribuyen por Lima, Callao y balnearios, todo aquello que mi enorme y variadísima clientela me pide hasta desde el Cusco, a veces, para que sepa usted.

—Acabáramos —dijo Suspiros, feliz de haber desenterrado esta antigua palabra que sus abuelos usaban tanto, en la Lima que se fue. Pero el señor Lebowsky ni era su abuelo ni tampoco un viejo limeño ni mucho menos un hombre de letras, precisamente, y lo que hizo más bien, al escuchar aquella



palabra, fue extenderle una mano harta ya de aquel personaje, pegarle un apretón que era todo un aviso, y soltarle, de-fi-ni-ti-va-men-te:

—Pues sí, señor, y en vista de que usted no vino aquí a comprar, sino a preguntar y preguntar, y ya creo que hemos acabado, por fin, muy sinceramente le digo que nada deseo tanto en este mundo como que regrese usted, claro, pero a comprar, únicamente a comprar, ¿me ha oído usted bien?

—Bienvenido al barrio —le espetó Suspiros, y al antipático señor Lebowsky lo dejó entre la vida y la muerte, de rabia, mientras que él se retiraba también entre la vida y la muerte, pero de pena.

Y el tiempo continuaba pasando sin noticia alguna de la chica Pazos, cuyas cartas tan cariñosas a París, omitían al final todo lo referente a su bouquet matrimonial, como era tan habitual entre ellos dos, y que de pronto empezaron a ser notablemente más breves, luego cada vez menos frecuentes, aunque lejos de preocuparse por estas dos cosas, a Suspiros le entró la convicción profunda de que, si bien ella jamás le pidió nada en ninguna de sus cartas, sí esperaba algo de él, sabe Dios qué, pero algo esperaba de él, y urgente, muy urgente, probablemente. Y entonces sí que Suspiros lo arrojó todo por la borda, estudios, tesis, viajes por Europa y hasta el último de sus proyectos, tomó el primer vuelo París-Lima, pero esta vez sí que ya dispuesto a quedarse para siempre.

Pero la chica Pazos se había evaporado, realmente, por más llamadas que hiciera a cuanto Pazos encontró en la lista de teléfonos, como primer o segundo apellidos, por ejemplo, y por más que la buscara por el enorme distrito de Surco, pensando que a lo mejor se había mudado de su departamento a alguna coqueta casita tras su divorcio. Y hasta movió cielo y tierra para conseguir una cita con el alcalde de Surco, quien tras escucharlo atentamente, y mientras lo miraba de arriba abajo con infinita compasión, cumplió con la promesa que le hizo de no descartar una sola gestión que pudiera ponerlo tras las huellas de aquella señora, aunque sin éxito alguno, desafortunadamente. Pero algo atroz le estaba ocurriendo a Suspiros, al mismo tiempo, y era que noche tras noche se soplaba media botella de un excelente coñac para convocar a la chica Pazos, y que de esa dosis pasó a tres cuartos de botella, con la firme creencia de que si ella tardaba tanto en aparecer, últimamente, era porque sin duda había hecho un

viaje al extranjero, tal vez a la Argentina, por ejemplo. Y sin duda de ahí la chica Pazos continuó viaje a Europa, porque Suspiros ya necesitaba una botella entera de coñac para tenerla entre sus brazos, y así hasta que el próximo viaje de la chica Pazos fue sin duda al África, y luego al Extremo Oriente o a la India, porque la dosis que el pobre diablo consumía era ya mortal, y de la muerte, precisamente, lo salvó un viejo mayordomo de sus padres que deambulaba aún por aquel barco a la deriva, por aquel caserón familiar en que, en sus interminables horas de vigilia, Suspiros recibía elegantísimo a la chica Pazos e incluso le probaba día tras día que él la amaba desde mucho antes de que los dos nacieran, sirviéndose para ello de los elegantísimos ternos y de las preciosas corbatas de lazo de su abuelo, y las que usaba yo también cuando los dos éramos aún unos niños, mi amor, ¿te acuerdas?

Y así vino luego la época del elegantísimo *smoking* negro de invierno de su papá, que le quedaba realmente pintado, y que Suspiros se ponía para las grandes ocasiones, de la misma manera en que en verano se ponía el finísimo *smoking* blanco, y finalmente llegaron los tiempos actuales, utilizando ya su propia ropa, escogiendo eso sí entre sus mejores prendas para la hora cada día más larga del maravilloso coñac, hasta que un día se encontró de golpe encerrado en un pabellón psiquiátrico. Había sido ese viejo de mierda del mayordomo, claro, pero ya verá el tipejo ese cómo lo pongo yo de patitas en la calle, no bien me den el alta.

Pero no le dieron el alta, no, sino que en un descuido mínimo de sus vigilantes, Suspiros se evaporó del hospital con una habilidad que dejó turulatos a médicos, enfermeros, vigilantes, y a los mismos miembros del personal especializado que se encargaba de la alta seguridad de aquel pabellón. Pero lo peor de todo fue que Suspiros no regresó a su casa, aunque sorprendentemente cortó por completo con el alcohol, sin apenas haber seguido tratamiento alguno de desintoxicación, pues acababa de iniciarlo cuando se fugó de la clínica. Lo realmente importante, pensaba ahora, era dar con ella, pero de veras, de todas todas.

Y pues di con ella de verdad, ese mismo verano, y absolutamente de casualidad, ya que por la playa de La Herradura jamás se me había ocurrido buscarla, de puro imbécil, por supuesto, porque quién no se bañaba en La Herradura, entonces, ¿quién no, en aquellos años cincuenta y sesenta en que esto de las lejanas playas del sur, que hoy tantísima gente frecuenta, apenas

se le había ocurrido a nuestros primeros surfistas? Di, pues, con ella, di con la chica Pazos, con ella misma me topé, y cara a cara, nada menos. Estaba preciosa, realmente preciosa, ya lo creo, aunque en un abrir y cerrar de ojos comprendí que ella jamás me había pedido que regresara a Lima y que no me necesitaba absolutamente para nada, ya, ni ahora ni nunca jamás.

Y fue tan absurdo, tan torpe, nuestro encuentro, que encima de todo era más que evidente, con sólo mirarla, que tampoco existía ya para ella bouquet alguno, y que era inútil todo intento de mi parte de arrancarle un instante siquiera de nuestro pasado. O sea que opté por saludarla con la misma indiferencia con que ella me saludó a mí, leyendo eso sí en sus labios, y muy fácil, muy cruelmente, las palabras de una indiferencia que en realidad tuve que irle copiando, una a una, leyendo como un sordomudo sus labios esos tan carnosos, tal lindamente dibujados sobre la soñada belleza de su cara. Y qué horror, qué inmensamente triste tener que leer la indiferencia en esos labios que algún día me sonrieron tan lindo, al menos eso creo yo, pero es que hasta el día de hoy me es completamente ajeno el vocabulario de la indiferencia.

¿Y qué más decirles que ustedes no puedan imaginar ya? Pues tan sólo que llevaba una ropa de baño azul, de las de aquellos años, y de un modelo cuyo nombre no logro recordar, Catalina, tal vez. Era de una sola pieza, naturalmente, pues aquello del bikini aún no se había visto ni en la pecaminosa Francia. Estaba más linda que nunca, eso sí, pero la reclamaba un grupo de chicos y chicas, lo cual, en realidad, fue el pretexto ideal para despedirnos, tal y como nos habíamos saludado.

No la he vuelto a ver, y todavía siento pena por ella, claro. Siento de veras mucha pena por ella, sobre todo por la forma tan rápida en que unos años de su vida se habían devorado los anteriores, sin dejar ni rastro de ellos. Y ya me dirán ustedes mismos qué otra alternativa me quedaba en aquel momento, pero tuve entonces la absoluta seguridad de que había muerto para mí la chica Pazos, también. Y qué más contarles ahora, salvo que me equivoqué de cabo a rabo, felizmente, y ustedes ahora ya saben incluso cómo y cuándo. Bendita avenida Salaverry, que me tiene absolutamente feliz hace como mil horas en mi resucitada cama de solterón empedernido, y hasta ligeramente codiciado, todavía, a esta mi alta edad, aunque por supuesto tiene que ser por mi dinero, qué se le va a hacer. Y, por favor, perdonen que les suelte estas cosas así tan vulgares y tan bruscas,

pero es que algún callito sí que se me formó, la vez aquella de la chica Pazos.

# ¡Y SE ME LARGA USTED EN EL ACTO!

Cada vez más, cada noche más, cada día y cada noche más y más, yo me despierto sudoroso y aterrado ante el solo recuerdo de aquellas aterradoras, atronadoras palabras. Y eso que yo pertencí, un día lejano ya, y tal vez en algún otro planeta, al mundo de los que pronuncian como si nada aquel tipo de palabras y de frases. Y al mundo de los que lo hacen desde el cielo hasta el infierno, lo cual es lo peor, lo más doloroso, lo realmente insoportable. Tanto *Y se me larga usted*, como *en el acto*, forman parte, lo sabemos todos, de una frase sumamente dura y sumamente cruel que a mi persona le tocó escuchar un día, quedando para siempre convertida en esta especie de loca y eternamente culposa caja de resonancia que he sido en adelante. Y es muy cierto que a veces parezco un tren que abandona primero lentamente su estación, pero que luego, a medida que avanza, se convierte poco a poco en una mole de hierro capaz de hacer temblar a un pueblo entero, de arrasar miles de troncos y de dejarnos a su paso en la calle, destrozados e inservibles.

De las cantinas me botan siempre por escuchar el paso de estos trenes que, para los demás, nunca jamás pasan. De los hoteles me largan siempre por seguir escuchando a mi abuelo decirle a Víctor: «¡Y se me larga usted en el acto!» Todo esto era, como en el poema de Antonio Machado, *cuando yo vivía en un mundo al revés*. Las casas de mi familia, en ese mundo, en aquel planeta, sí, en aquel planeta, eran casonas, caserones, palacetes, palacios, y las de los balnearios eran como las de Cannes, como las de Niza, como las de Théoule-sur-Mer, como las de Saint-Tropez, o como las de *The entire French Riviera*, pero con algunas mejoras y, sobre todo, con algunas

*ampliaciones*, como solía decir mi abuelo paterno, a quien yo, por error, de niño solía llamarle mi abuelo eterno, en lo cual, créanme ustedes, había ya bastante de verdad, entonces, y la sigue habiendo aún hoy, pues se trató ya desde entonces de una muy completa y adivinatoria lectura de lo que el futuro habría de depararme.

Porque hoy voy de barra en barra y suelo presentarme como *monsieur* Ya Fui, y nada más. Salvo, claro, que algún curioso no quede satisfecho con tan breve nombre y me pregunté ¿Y qué más?, o algo así, en cuyo caso yo suelo ampliarme, agregando para ello la segunda parte de mi apellido, bastante más extensa que la primera, sobre todo si tenemos en cuenta que ésta es prácticamente monosilábica, mientras que la segunda parte es resultado de toda una historia muy triste y muy cruel.

—¿Y cuál es esa historia? —me pregunta, muy a menudo, algún curioso, copa en mano.

Y yo, como suelo pasarme media vida en el rincón de una cantina, apoyado en una de las tantas barras de mi vida, apenas si le abro el pico, en un primer momento.

—Esa historia vale una copa, amigo —añado luego, como quien no quiere la cosa. Y muy a menudo este ardid me funciona, y me funciona con creces, oiga usted, pues hasta tres copas logro arrancarles a aquellos curiosos, y un gran mérito sí que hay en esto, pues la historia que tengo que contarles es tan corta como cruel, y, además, funciona, sí, de funcionar sí que funciona, y para empezar funciona porque es tan real como triste e insólita, aunque también es verdad que tan sólo me da resultado positivo en dos o tres de cada cinco casos, dada la actual insensibilidad de la mayor parte de la gente, y, bueno, incluso creo yo que debido al cambio climático, ya que antes hasta en las cantinas se respiraba un clima de concordia, mientras que hoy, hoy en día, caballero, hoy ya todos sabemos que estos cambios y el calentamiento enterito de nuestro planeta son primos hermanos, sea por aquello de los ríos profundos, sea por aquello que hoy nos ha dado por llamar globalización, oiga usted. En fin, caballero, que a buen entendedor pocas palabras, o sea que dígame usted, por favor, ¿de qué clima se encuentra usted hoy?

—Si le pago es para que me cuente usted una historia, y no para que se me vaya por las ramas, y con tanta cojudez, además.

—Ah, caballero... Yo, en cambio, si pudiera, le pagaría a usted para que jamás se enterara de mi historia.

—Pero resulta que soy yo quien paga, oiga, y ya empiezo a hartarme con...

—No, no empiece, señor, que al que le toca empezar es a mí, lo sé.

—Entonces...

Pues entonces el hombre que bebía demasiado se derrumbó sobre la barra, y parecía dormido, profundamente dormido, aunque de pronto un gran sobresalto lo devolvió a la cantina con aquel rostro sudoroso y aterrado que ya el cantinero tantas veces le había visto, y que a menudo se repetía hasta dos o tres veces en una noche, y siempre con el mismo sobresalto y esos ojos de espanto y esa frente y esos cabellos chorreando todo aquel inmundo sudor. El cantinero incluso se sabía ya de memoria las palabras que el tipejo aquel soltaba en cada uno de esos brincos sin ton ni son, pues eran exactamente las mismas palabras siempre.

—No logré entenderle —dijo, entonces, el hombre que pagaba las copas.

Y entonces el cantinero, harto ya, dice, como siempre: «¡Y se me larga usted en el acto!»—Pero si yo le había preguntado por su segundo apellido.

—Pues debe ser ése —responde el cantinero, agregando—: ¿Qué más quiere que le diga?

—Ah, no, carajo. A mí no me hace cholito este huevón de mierda... Y ahorita mismo me lo saco a la calle y a golpe limpio le saco también el resto de ese apellido.

—Mátelo, si quiere. A mí me hace un gran favor —añade entonces el cantinero.

El hombre que escuchaba, allá en ese muladar, en lo más negro de la noche, no lograba creerlo. No, no lograba entender el cuento entero. Y, sin embargo, el hombre que escuchaba, allá en ese muladar, en lo más negro de la noche, no lograba creerlo, no, pero no era ese estúpido cuento de borrachos lo que lo sorprendía, tampoco. Lo sorprendía en realidad que un hombre que él había pateado y pateado, horas, entre toda aquella mugre, desde la negra noche casi hasta el alba, continuara ahí con su cuento, más muerto que vivo, bañado en sangre de pies a cabeza, y hablando incluso

mientras se desmayaba, y se desmayaba a cada rato, hablando en todo caso mientras dormía la paliza recibida.

Aquella era una agonía sin fin, la agonía de un hombre al que las palabras *¡Y se me larga usted en el acto!*, diríase, condenaban a seguir viviendo, a brincar una y otra vez, como eternamente, como en una condena eterna, de la muerte a la vida, empapado siempre en sudor y aterrado. Por ello, sin duda, el otro hombre lo había golpeado tanto, sin saber en realidad si con esa paliza lo remataría, poniendo fin a una interminable tortura, o si, por el contrario, se enteraría por fin de quién era aquel hombre, porque aquel hombre, a él...

—*Mi abuelo paterno tuvo, es cierto, todos aquellos palacetes, y mansiones y caserones. Y contrataba a todos aquellos empleados, empleadas, cocineros, cocineras, choferes y...*

—Y mayordomos, niño...

—*Y Víctor, que fue uno de sus mil mayordomos, sabe Dios en cuál de todas aquellas mansiones...*

—En la de la avenida Nicolás de Piérola, niño...

—*Víctor tenía un porte y un bigote gigantesco y realmente muy prusianos. Muy superiores ambos al porte y al bigote de mi abuelo.*

—En efecto, niño...

—*Y mi abuelo se enorgullecía exhibiendo a un mayordomo tan prusiano ante sus amigotes, pero al mismo tiempo lo odiaba y le tenía unos celos locos por ser de porte y bigote más prusianos que él.*

—Dice usted verdad, niño.

—*Entonces, un día, Víctor metió la pata...*

—Su abuelo, dirá usted, niño, metió la pata. Porque el abuelo de usted era una bestia.

—*En realidad, es la vida la que es muy bestia...*

—Jamás compartiré esa opinión, tratándose de su abuelo.

—*Mi abuelo estaba muy viejo, y le tenía pánico a la muerte.*

—Conque ésas teníamos, ¿no?

—*Y Víctor fue a pedirle un adelanto de sueldo, ¿o no?*

—Usted dice que estaba ahí.

—*Pues sí que lo estaba. Y cuando Víctor le explicó que, con ese adelanto, lo que voy a hacer, don Cristiano, es comprarme un uniforme de*



*luto para recibir a sus desconsolados parientes y amigos, cuando usted...*

—¡Qué me voy a morir yo antes que usted, so animal!

—Mi nombre, señor, es Víctor Tapia Briceño, a mucha honra, y jamás Animal Tapia Briceño. Y esto que quede muy prusianamente claro, y para siempre, don Cristiano.

—¡Se me larga usted en el acto, so pedazo de animal!

—*Mi abuelo murió un mes más tarde, Víctor.*

—Y a usted, en cambio, parece que no hay nada en esta vida que lo mate, niño...

Dos hombres coincidieron una noche en una inmunda cantina. Otros dirían que fueron dos destinos los que coincidieron, una noche, en un antro asqueroso.

# EN LA DETESTABLE CIUDAD DE BOLON-I-A

Pudo, debió ser en cualquier otra ciudad del mundo, mas no en Bolonia, y mucho menos en aquella oportunidad. Y, sin embargo, cuando vuelve a todo aquello, cuando lo revive y revisa detalladamente de principio a fin, no sólo siente de nuevo la misma profunda tristeza y la enorme vergüenza de entonces, sino que además tiene la creciente impresión de que sólo en Bolonia, y en aquella ocasión tan especial, pudo ocurrirle una cosa así. Pero ¿por qué?

Y, por más que se pregunta una y otra vez por qué, no encuentra respuesta alguna que lo satisfaga, ya que atribuirle todo aquel doloroso percance a la fatalidad, a la pura mala suerte, le resulta demasiado fácil, tan fácil que ni le parece serio ni le parece real. Y entonces es cuando se estrella una vez más con una respuesta que, en un primer momento, le parece absurda, aunque con el paso del tiempo esta misma respuesta va adquiriendo, cada vez más, una lógica implacable. Bolonia, la espantosa ciudad de Bolonia, es la única culpable de aquel terremoto interior que se trajo abajo la ilusión de un viaje preparado, hasta el último detalle, para ser feliz, o cuando menos sumamente alegre y completo. Sí, la detestable ciudad de Bolonia, con su iglesia esa llamada *della Vita*, perdida allá en el viejo mercado, y que alberga el atroz conjunto escultórico que lleva el nombre de *Il compianto*, de un realismo tremendamente exacerbado, con el Cristo ese entre pálido y medio lechoso, muy sucio, y además llenecito de manchas y moretones, tirado ahí de cualquier forma en el suelo también muy sucio, como de tierra y pedregullo, todo mal mezclado y como macabro, inmediatamente después del doloroso espanto de la cruz, claro

está, pero encima de todo con un pelamen inmundo, puro mechas y rulos chuscos, más la cabeza esa repleta como nunca de espinas, de llagas sucias y supuradas, y ahí, también, detrás del cadáver aterrador, una inconsolable Virgen María que da de alaridos, más la superdesgarrada Magdalena esa, pegada a su lado, y por supuesto que aportando también su cuota de espanto y de berridos, pero llena además de morbo, hasta de doble intención, diría uno, mientras piensa: «Putá, primero, querida, luego, tal vez, y pecadora arrepentida, al final de todo.» Y, por último, asomándose atroces al *Compianto* aquel tan duro y tan violento, tres o cuatro curiosos más, todos piojosos, todos unos abominables menesterosos, para decir la verdad.

Pues sí, la detestable ciudad de Bolonia le resulta cada día más culpable, la única culpable, también, de todo aquel inmundo percance que arruinó un viaje en el que el amor y el placer se combinaban con la adquisición de unas formidables telas inglesas e italianas que, tan sólo por azar, Joaquín Sumalavia había visto pocas semanas atrás, mientras caminaba sin rumbo por el Corso Indipendenza, la arteria principal de Bolonia, en su anterior viaje a esta maldita ciudad. Porque Boloña o Bologna se llama nada menos que Bolonia, en castellano, y esto a un hombre tan maniático y perfeccionista como Joaquín Sumalavia le resultó, desde un comienzo, absolutamente insoportable. Bologna está bien, porque está en italiano y punto, y en todo caso no hay nada que hacer, nos guste o no nos guste. ¿Pero de cuándo acá Bolonia y no Boloña, en castellano? ¿No ha luchado tanto la Real Academia Española para preservar la letra eñe, incluso en los teclados de las más modernas y complejas computadoras de fabricación china? ¿Por qué entonces lo de Bolonia? ¿Por qué no Boloña, como debe y tiene que ser? Pero, como resulta que sencillamente no es, y por nada de este mundo, ya que Joaquín Sumalavia se ha pasado por lo menos cinco años comprándose un diccionario tras otro en España y en cuanta ciudad de América Latina ha estado, y en ninguna, absolutamente en ninguna de ellas ha logrado dar con ese tan ansiado diccionario que tenga la entrada *Boloña*, y que, por consiguiente, le dé absolutamente toda la razón, al menos por una vez en su vida.

Todo este asunto, por exagerado que parezca, le ponía sin embargo los pelos de punta al gran maniático de Joaquín Sumalavia, lo irritaba mucho, e incluso le causaba cierto malestar general, más una gran sequedad de boca, y hasta una cierta flojedad estomacal. Por ello, sin duda alguna, Sumalavia

debió tomar las precauciones del caso cuando su tan querida Isabella lo llamó desde Roma, donde residía, para proponerle un nuevo encuentro gastronómico en Bologna. Sí, por ello debió haber tomado Joaquín Sumalavia absolutamente todas las precauciones del caso, ya que un incidente tan vergonzoso y atroz como el que le ocurrió entonces, sólo puede sucederle a uno en la detestable ciudad de Bolonia. Y que nada tiene pues que ver con la bellísima y altamente gastronómica *città de Bologna*, ese paraíso de la Italia norteña que más de un cineasta de la talla del gran Federico Fellini ha fotografiado inolvidablemente.

Isabella, su gran amor, desde hacía ya varios años, era italiana, por lo que felizmente decía siempre Bologna y, además, como hablaba bastante bien el castellano, estaba completamente de acuerdo con él en que era una estupidez llamarle Bolonia a una ciudad a la que, sin duda alguna, hasta don Miguel de Cervantes Saavedra había —o al menos habría— llamado Boloña. Lo que no entendía Isabella, eso sí, es que esta cuestión, casi de detalle, no lo fuera en absoluto para su adorado Joaquín, y que, encima de todo, le causara problemas físicos, una muy fastidiosa sequedad bucal, y hasta esa flojedad estomacal.

Pero, en todo caso, de lo que se trataba ahora era de un nuevo encuentro culinario, amén de furtivo, claro está, en Boloña, o Bologna, pero jamás Bolonia, porque tanto Joaquín como ella eran casados y, por más que lo deseaban, al menos por el momento tenían bastante difícil cualquier posibilidad de divorcio. Los hijos de Isabella eran aún demasiado chicos como para enfrentarlos al trauma de un divorcio, por un lado, y, por el otro, la esposa de Joaquín padecía de una larga y penosa enfermedad que habría hecho que un abandono definitivo lo convirtiera a él en un tipo a todas luces culpable. Joaquín Sumalavia se conocía muy bien, tan bien, en todo caso, como para saber que esto sería impajaritiblemente así.

Pero, bueno, a Boloña —«Mas no a Bolonia», iba pensando él, mientras aterrizaba su avión— llegaron ese sábado por la mañana Isabella Raffo y Joaquín Sumalavia con las reservas hechas en los restaurantes en los que iban a almorzar y comer el sábado, y a almorzar el domingo. Y tan sólo abandonaron su habitación de hotel para ir a comprar los cinco cortes de tela que había reservado él, dos géneros italianos y tres ingleses. Joaquín tenía su sastre personal en Madrid, ciudad en la que vivía desde hace una buena década, o sea que en la Sastrería Gozzi, del Corso Indipendenza, ya

le tenían sus paquetes listos para que él mismo se los llevara a su hotel. Isabella quedó fascinada con el buen gusto de su amante y le hizo jurar que, en su próximo encuentro, luciría cuando menos algunos de esos tres sacos y de esos dos ternos.

El cuentón del sastre Gozzi, un gran pícaro, a primera vista, un verdadero asaltante de caminos, los dejó, tanto a Isabella como a Joaquín, realmente lelos. Pero el error, sin embargo, era de ellos. Toda la culpa era de ellos, sí. Porque debieron empezar preguntando, uno por uno, el precio de esos géneros, y no esperar a que el paquete con los cinco cortes estuviera listo y ya en sus manos. Estaban derrotados, y por ahora el único consuelo, el único argumento razonable que encontraban ante tan tremendo fallo, era que ese pobre diablo de Gozzi era tan bruto que no había pensado siquiera en que más adelante Joaquín podía regresar en busca de nuevas telas. Ahora, en cambio, eso ya era algo absolutamente imposible.

Un buen rato más tarde, tras haber dejado ya las telas en el Hotel Excelsior, situado en Via Pietramellara 51, y mientras se dirigían a uno de sus restaurantes favoritos, Isabella continuaba muy irritada por la sinvergüencería del tal sastre Gozzi, pero en cambio era algo muy distinto lo que perturbaba cada vez más a su amante. A Joaquín lo que se le había metido entre ceja y ceja es que el cretino ese de Gozzi había pronunciado Bolonia, sabe Dios por qué, en vez de Bologna o Boloña. Y esto sí que lo irritaba de veras, lo irritaba profundamente y hasta le causaba cierto malestar físico, aunque al llegar a Il Bitrone, un hermoso y excelente restaurante situado en la Via Emilia, ya casi en las afueras de la ciudad, la verdad es que Joaquín como que se olvidó de sus inquietudes y en todo caso ni se le ocurrió pensar en la flojedad estomacal que acompañaba también a aquella recurrente irritabilidad. Y, como para asegurarse a sí mismo de que estaba completamente fuera de peligro, no bien se sentaron en la mesa que habían reservado y hubieron pedido dos negroni de aperitivo, para beberlos mientras estudiaban la carta, dijo:

—Definitivamente, en ninguna otra ciudad de Italia se come tan bien como en Boloña, por lo que, con tu perdón, Isabella, hoy pienso darme un verdadero banquete. Y en Boloña, eso sí, jamás en Bolonia.

—Jamás en Bolonia, mi amor —le dijo Isabella, acariciándole una mano—. En Bolonia, jamás.

esa noche repitieron el banquete, aunque bastante más *light*, eso sí, en otro estupendo restaurante boloñés, bien escondido éste en una callejuela mal iluminada que hacía esquina con el Corso Indipendenza. Después, entre ambos decidieron bajar la comida caminando perdidos por la ciudad. Éste era uno de sus placeres favoritos, aunque sin embargo casi desde que empezaron su paseo, en una zona bastante alejada de su hotel, Joaquín notó que una cierta flojedad estomacal empezaba a apoderarse de él, sin duda alguna como consecuencia de la maldita palabra *Bolonia*.

es que, pocas cuadras más atrás, en pleno paseo, se habían cruzado con un bullanguero grupo de turistas españoles, que, por lo menos cuatro veces, con absoluta seguridad, pronunciaron la atroz palabra *Bolonia*, en vez de Boloña o Bologna. Joaquín tenía un par de finísimos oídos —aunque para su desgracia, en este caso—, y esa vulgar gentuza había dicho clara y malditamente *Bo-lo-n-i-a*, y varias veces, además; en fin, la suficiente cantidad de veces como para que a él no le quedara la menor duda de ello, y para que se le desatara, o se le desencadenara, más bien, aquella aguda irritabilidad, primero, luego aquel intenso malestar físico, luego una gran sequedad de boca, y por último una creciente flojedad estomacal que, definitivamente, ahora, pues ahora sí que ya iba casi en caída libre, por decirlo de alguna manera, y encontrándose ellos simple y llanamente a demasiadas cuadras de su hotel sin un solo taxi a la vista, tampoco.

—¿Te pasa algo, mi amor? —le preguntó, en una de éstas, Isabella.

—En absoluto, Isa —le respondió él, sin duda muy equivocadamente, ya que ella hubiera dado la vida por ayudarlo en un trance tan sumamente incómodo como aquél.

Y sobre todo siendo además Boloña una ciudad tan provinciana que los domingos por la noche apagaba demasiado pronto sus luces. Ni un solo café abierto, todos los restaurantes cerrados, por supuesto que lo mismo las tiendas y, cómo no, también la Sastrería Gozzi e Hijos, en cuyo sastre y sus familiares y dependientes Joaquín Sumalavia se cagó una y mil veces, aunque sólo mentalmente, y también en sus muertos, cómo no, aunque nada de ello le produjera alivio alguno en lo que era su verdadero, su real, su urgentísimo y, ahora sí que sí, aterrador problema.

Acelerando el paso, además, lo único que logró Joaquín Sumalavia fue acrecentar el riesgo de un desplome general, algo que también le ocurría, sin embargo, por no acelerar el paso. Y si lo aceleraba tan sólo un poquito,

pues se cagaba asimismo tan sólo un poquito, aunque sintiendo eso sí que le faltaba muchísimo por defecar, que el grueso de lo defecable continuaba forcejeando con su organismo, con su capacidad de resistencia e imaginación, con la desesperación y con el desamparo que iba sintiendo mientras ajustaba al máximo sus piernas, con la consiguiente contracción de sus nalgas y la absoluta cerrazón del esfínter anal.

Aunque claro, en esta posición, en esta ridícula postura, lo que le resultaba absolutamente imposible era avanzar un centímetro en la detestable ciudad de Bolonia y, además, era más que evidente que, a su lado, Isabella, por lo menos, debía andar sospechando ya el origen de tanto cambio de paso y de pasito, por parte de Joaquín, y de la inmensa cantidad de muecas que acompañaban esos andares como apretados, unas veces, veloces, otras, a pasito lento, muy lento, enseguida, para luego de pronto detenerse de golpe y decirle por enésima vez, con los labios apretadísimos, eso sí, estupideces como que la noche no estaba en absoluto estrellada, ¿te has fijado, Isa?

Paralizado su cuerpo y paralizada su imaginación, lo único que se le venía en mente al pobre Joaquín Sumalavia, por una asociación de ideas tan absurda como estúpida y ridícula, era la imagen del Manneken Pis, el niño ese que mea eternamente en Bruselas, en fin, nada menos que un niño convertido en estatua meante, y archivisitado, además, el muy cretino, por miles de millones turistas del mundo entero. Y se le salían las lágrimas a Joaquín Sumalavia, cuando se imaginaba a sí mismo convertido en una estatua que defeca y defeca hasta el final de los tiempos, y en la detestable ciudad de Bolonia, encima de todo, eternamente enceguecido por el flash de las cámaras de fotos, y tan sólo para mayor solaz y esparcimiento de miles de millones de imbéciles.

Contra todo esto, y mucho más, se lanzó finalmente Joaquín Sumalavia, sin importarle ya lo que pensara o sintiera la pobre Isabella, arrastrándose ahí a su lado, muy al corriente ya de todo, la pobre, aunque sin que él le hubiera dicho una sola palabra del asunto, o sea únicamente por el mal olor. Sí, contra todo esto se habían lanzado, cada uno a su manera, ahora, Joaquín y la pobre Isabella, en un desesperado afán de llegar a como diera lugar hasta su hotel y, una vez ahí, ver lo que haría el pobre, pues entre otras cosas se había venido con tan sólo una muda de ropa más, y que encima de todo se había puesto ya, fatalmente, esta mañana, porque en la aterradora y

archicerrada ciudad de Bolonia hoy iba a ser domingo y de noche para siempre jamás.

Totalmente embarrada y sumamente pestilente fue, pues, su llegada al mostrador del Hotel Excelsior, a pedir la llave de su habitación. Goteaba, Joaquín Sumalavia goteaba y goteaba, además, se movía apenas y goteaba caca floja, se movía apenas y goteaba más caca, pero ahora muy líquida, se movía apenas y goteaba esta vez aún más caca, pero ahora color cabritilla, y se movía apenas y goteaba en consecuencia más y más caca, pero ahora ya una caca agudamente pestilente, y encima de todo sus ojos bañados en lágrimas contribuían a lo grotesco e inmundos del espectáculo maloliente y agónico, apocalíptico, se diría, y es que continuaba apoyado ahí, cayéndose casi, sobre el mostrador de la recepción, ensuciándolo todo ante la mirada cada vez más airada de un cretino uniformado que ya debería haberle hecho entrega de la llave de su habitación hace horas, para facilitarle al menos con eso las cosas, en vez de mirarlo impertinentemente, desafiadamente, provocadoramente. Y ahora qué diablos le iba a decir ese imbécil, en vez de entregarle de una vez por todas, y sin mirarlo, y, sobre todo, sin oler y oler con verdadero espanto, su derrotado y desesperado ingreso final al Hotel Excelsior.

—*Leipuzza, signor... Lei ésporco...*

—*La chiave, la mia chiave, per favore...*

—*Lei non può andare in sua camera in questo stato...*

—*La chiave, imbecille...!*

—*Non cé nessuna chiave per lei in questo albergo!*

—*Ma io sono in camera duecento tre!*

—*E io, invece, telefono ai carabinieri!*

Con su inmensa derrota auestas, y sin reparar ya en nada, Joaquín Sumalavia fue a darse un costalazo contra un sillón, que manchó íntegro, y enseguida cayó tumbado, unos pasos más allá, en un largo sofá, que ya no le importó en absoluto haber arruinado, incluso para siempre. Como, por lo demás, había arruinado también prácticamente todo el pequeño lobby de aquel hostil hotel, algo que ahora, pensándolo bien, y ya del todo desahogado de lo más importante, empezaba incluso a alegrarlo.

Isabella, en cambio, lloraba a moco tendido, y ni siquiera intervino cuando llegaron cuatro agentes de la policía, de esos acostumbrados a ver de todo en esta vida, aunque era evidente que no a oler también de todo en



esta vida, pero quienes, sorprendidos por la excelente educación de Joaquín, aun en este inmundo trance, y por la muy fluida, realista y hasta conmovedora narración que, en un excelente italiano, les hizo de su penoso percance, concluyeron, en primer lugar, que era muy cierto que uno puede fácilmente encontrarse en Bo-lo-n-i-a, y en pleno centro de la ciudad, un día domingo, y sobre todo de noche, en una situación muy similar a la del señor Sumalavia; es decir, con cuerdas y más cuerdas sin encontrar un solo baño público y sin dar con una cafetería, una tienda o un cine abiertos en los cuales poder buscar un baño para aliviarse. Finalmente, concluyeron, era el recepcionista del Excelsior quien había manejado muy mal la situación, ya que, si bien era cierto que subir a su habitación e irlo ensuciando todo en el camino, no era en absoluto lo aconsejable, ni mucho menos, lo correcto en un caso así habría sido mostrarle al cliente un baño de servicio cercano a la recepción, que sí que lo había, para un primer aseo de urgencia, y ya luego ver la manera de que el señor subiera muy discretamente a su habitación y se pegara un buen duchazo mientras de alguna manera se le buscaba una muda de ropa limpia, que esto, en un hotel como éste, lo tiene que haber de todos modos, señores.

A la mañana siguiente, con todo ya en calma y bajo control, Joaquín Sumalavia acompañó a Isabella hasta la estación de trenes. Antes, eso sí, había arrojado a la basura la inmunda ropa de la noche anterior, había esperado pacientemente a que abrieran las tiendas y a que ella le trajera absolutamente todo lo que necesitaba, y, al despedirse, se habían jurado, eso sí, que, en adelante, se encontrarían en cualquier ciudad de Italia, e incluso del mundo, menos *en* Bologna, como pronunciaba ella, o en Boloña como pronunciaba, muy similarmente, por lo demás, él.

—Te corres el riesgo, Isa, de que unos cuantos bárbaros españoles, de esos que pronuncian Bo-lo-n-i-a, se crucen en tu camino en el momento menos indicado. En fin...

—*L' ho capito tutto, amore. A Bologna, mai più.*

—En la detestable ciudad de Bo-lo-n-i-a, querrás decir, mi amor...

# EL LIMPIA Y LA LOCOMOTORA

**A**l peruano Eleodoro Holguin, que llevaba toda una vida en Europa y tenía que hacer un gran esfuerzo para poner en orden cronológico los países y ciudades en que había vivido, siempre le hizo gracia que, muy a menudo, los españoles, o los madrileños, en todo caso, hablaran de *el limpia* para referirse a los clásicos lustrabotas. Además, a menudo, cuando oía esta palabra, recordaba aquel puesto de limpieza situado en el centro de Lima, que lucía ostentoso el nombre de Los Magos del Trapo, y al cual él acudió maniáticamente cada mañana de su juventud hasta que zarpó rumbo a Europa. No quedaba muy lejos de la vieja casona de San Marcos, allá en el Parque Universitario, por entonces, y en cuyas facultades había empezado tres carreras sucesivamente, pero sin terminar ninguna. Lo que le gustaba de la Cuatricentenaria, como pomposamente se le solía llamar, era el ambiente variopinto de sus hermosos patios, donde eran tantos los alumnos limeños como los provincianos, llegados muchas veces de lugares cuyo nombre Eleodoro nunca antes había oído mencionar, y para qué preguntar nada, la verdad, si con toda seguridad tampoco volvería a oír hablar de ellos jamás, no bien dejara San Marcos, sin diploma alguno, y se embarcara rumbo a Europa. ¿Y en Europa qué pensaba hacer? Pues ni idea, la verdad, aparte de practicar los idiomas que con tanto esmero estudiaba, ya que era un lector empedernido de cuanto libro caía en sus manos, empezando por los de historia y por las novelas, pero desconfiaba profundamente de las traducciones.

Por lo demás, su decisión de viajar a Europa había sido cien por ciento fruto de una frase tan retórica como absurda, que, de pura casualidad, le escuchó decir un día, en un ómnibus, a un tipo que sin duda no tardaba en partir rumbo al Viejo Continente, y al que el amigo con que compartía asiento le preguntó por qué.

—Viajar a Europa es un paso fundamental en la vida de un hombre — fue la altiva y ridícula respuesta de aquel cretino.

Pero lo cierto es que pocos meses más tarde, con escaso dinero y muy poca ropa, sobre todo de invierno, aunque eso sí con una formidable colección de impecables zapatos, recién pasados todos por las manos artistas de Los Magos del Trapo, para darse tiempo de encontrar un buen puesto de lustrabotas, allá, aterrizó en París Eleodoro Holguín. Por supuesto que antes hubo lastimeras despedidas, vomitados abrazotes, pero siempre con los mejores deseos de éxito y de un pronto retorno al terruño, como si ambas cosas vinieran seguiditas y en un brevísimo plazo. Parco como era, Eleodoro Holguín respondió una y mil veces a la ebria acusación de falta de patriotismo que encerraba su alejamiento de un Perú que lo necesitaba, y ya casi en calidad de líder, con las mismas altivas y ridículas palabras que escuchara en aquel ómnibus, aunque con mucho más sentimiento, única y exclusivamente por efecto de las copas, por supuesto.

—*Adiós muchachos compañeros de mi vida, barra querida de aquellos tiempos* —empezó diciendo Eleodoro...

Pero esta vez fue acusado nada menos que de traidor a la patria, por despedirse con tangos y no con unos valsecitos bien limeños y bien criollos, aunque él solventó enseguida el expediente, agregando de inmediato que se iba, hermanos, única y exclusivamente porque viajar a Europa es un paso fundamental en la vida de un hombre. Lágrimas, admiración, silencio absoluto y entrega totales, fueron, hasta la última noche que pasó en el Perú, el efecto inmediato que estas palabras produjeron entre sus amigos y familiares. Con lo cual, por supuesto, el hombre pudo partir en paz, aunque con una larguísima lista de todo aquello sin lo cual le iba a ser prácticamente imposible vivir en Europa, empezando, cómo no, por un cebichito de corvina con su cervecita helada más.

Nada de esto fue verdad, por supuesto, y en cambio sí fue muy cierto que la ausencia, o más bien la inexistencia absoluta, de lustrabotas fue lo único que, de entrada, empezó a enloquecer al maniático agudo que era

Eleodoro Holguín en cuestión de zapatos limpios. Y aunque lo probó todo, incluso un intercambio de lustradas, sobre un banquito, tres veces por semana, con un simpático compatriota, esta frecuencia o ninguna eran exactamente lo mismo para él, sobre todo si se tiene en cuenta la lluvia persistente y la otra, la breve e imprevista, la nieve dura y la blanda, los truenos desencadenantes de furibundos chaparrones, y la detestable caquita de perros enanos y antipatiquísimos, tan abundante en París, mezclada además con una arenilla que a veces desparramaban sobre las veredas, para evitar los resbalones. En fin, que al cabo de un año era París misma la que le ensuciaba los zapatos y la vida entera a Eleodoro Holguín, quien, aunque logró encontrar dos nuevos compatriotas para intercambiar un par de lustradas más con cada uno, con lo cual ya completaba los siete días de la semana, muy pronto descubrió que también esta frecuencia era insuficiente en una ciudad en la que se camina tanto. Y como además andaba siempre con tres franelas y dos escobillitas en los bolsillos, muy pronto se ganó el apodo de El Loco de los Zapatos y se convirtió en el hazmerreír de todo aquel que lo conocía. Y además las chicas, que en el Perú le habían alabado siempre la impecable brillantez de su calzado, huían ahora de él como de la peste, no bien se arrancaba a explicarles que uno no puede limpiarse bien sus propios zapatos, ya que lo primero que hay que hacer es desatarlos completamente, encararlos bien, enseguida, y desde su misma altura, algo que es cien por ciento indispensable para poderlos enfocar de manera totalmente independiente y por sus cuatro costados, cada uno, aunque a primera vista parezca que sólo tienen tres...

París lo derrotó, finalmente, y así sucesivamente lo derrotaron Montpellier, Marsella, Nantes, Orleáns y Rouen, y también sufrió tremendos reveses en Alemania, Austria, Bélgica, Holanda, Irlanda e Inglaterra, países que abandonó en plazos cada vez más breves —en la tan lluviosa Irlanda, por ejemplo, apenas estuvo una semana—, y ni que decir de los países nórdicos, los helados y también lluviosos Suecia, Noruega y Finlandia, de los cuales salió huyendo como de la peste. Y por supuesto que a España no podía ir, porque él no había venido a Europa para olvidar los idiomas estudiados con tanto esmero en Lima, sino precisamente para practicarlos y aprenderlos todo lo bien que le fuera posible, para ser capaz de leerlo todo en su idioma original, ya que nada detestaba tanto como las

traducciones. En realidad, abominaba de ellas, y por buenas que fueran, de la misma manera en que abominaba de los zapatos sucios.

Tiró la esponja, finalmente, el día en que se topó, en el aeropuerto de Milán, con un individuo recién desembarcado de Madrid, y al cual le brillaban tanto los zapatos que Eleodoro Holguín no pudo contenerse y lo sometió a un verdadero interrogatorio, bastante molesto, en realidad, acerca del origen de aquel maravilloso lustrado.

—Glorieta de Bilbao, en Madrid —le espetó el tipo, incomodísimo.

—¿Ahí hay un puesto de lustrabotas con tres o cuatro asientos con sus brazos y todo?

—Mira, tío, ahí lo que hay son sólo tres limpias, cada uno con su silla, su caja de lustrado, y nada más.

—¿Nada más? —le preguntó Eleodoro Holguín, con tal cara de desconcierto que el español, harto ya, aunque al mismo tiempo compadecido de este subnormal, agregó—: Pero evita al mudo, que es un jodido hijo de la gran puta.

—Y, entre los otros dos, ¿cuál me recomienda usted, señor?

—¡Me cago en la leche, habrase visto tipo igual! —exclamó el español, alzando amenazadoramente el brazo, mientras se largaba.

Tres días después, habiendo optado ya entre los idiomas y sus zapatos, Eleodoro Holguín se establecía en Madrid, donde a las diez de la mañana, día tras día, aparecía en la Glorieta de Bilbao, huyendo del furibundo lustrabotas detestable y mudo. Y entre los otros dos limpias, optó por el gallego, que en realidad se esmeraba mucho más que su apagado colega extremeño. Por lo demás, buscó como siempre un trabajo de recepcionista nocturno en un hotel más bien modesto. La verdad, éste era el empleo ideal para él, por la poca gente que entra y sale durante las noches, y por aquel silencio casi total que le permitía entregarse de lleno a la lectura. Eleodoro llevaba ya más de veinte años en Europa y siempre había trabajado en lo mismo, atraído no sólo por aquella prolongada tranquilidad que le permitía concentrarse a fondo en la lectura, sino también porque los huéspedes llegaban de muy distintos países y hablaban una serie de idiomas que él continuaba estudiando y que por consiguiente le era indispensable practicar.

Muy pronto, además, Eleodoro descubrió que, sobre todo en verano, a España llegaban millones de turistas y que en su mayoría se dirigían a las playas o al sur, particularmente a Andalucía. O sea que se hizo un viaje por

allá, y Sevilla, al margen de otros encantos, le pareció el centro mundial de los lustrabotas. Optó por quedarse ahí un tiempo, siempre como recepcionista nocturno de un modesto hotel, pero al cabo de dos años como que nunca había encajado del todo en aquella ciudad, y esto se debía entre otras cosas a que la encontraba demasiado informal y exagerada para su carácter. Lustrarse los zapatos siempre había sido para él una fuente de inagotable placer, pero en Sevilla cada lustrabotas quería cobrarle mucho más de la cuenta y tenía que pasarse todo el día regatea y regatea, hasta que se hartó, y además justo en el momento en que un amigo lo llamó para decirle que un hotel de Barcelona, de esos que a él le gustaba por su tranquilidad, andaba a la caza de un recepcionista nocturno y que pagaba excelentemente bien.

Muy pocos días después, ya estaba Eleodoro en Barcelona y quejándose ante su amigo de que, salvo en las Ramblas, donde había un lustrabotas peruano que era una verdadera pesadilla, debido a su verborrea patrioterica y nostálgica, y a que además hacía su trabajo con los peores betunes y unos trapos y escobillas antediluvianos, no le estaba resultando nada fácil encontrar un buen limpia. Además, él vivía en la calle Floridablanca, muy cerca ya de la plaza España, y los otros dos lustrabotas que conocía paraban uno por la calle Mandri y el otro por la calle Caspe, o sea bastante lejos de su hotel. Eleodoro Holguín empezaba a envejecer, y esos trotes le resultaban cada día más agotadores, y al metro por supuesto que había renunciado ya hace décadas, debido a que era el lugar ideal para esos brutales pisotones que en un instante le arruinan a uno la mejor lustrada.

Pero un día en que Eleodoro andaba tomándose un café, en un local llamado La Locomotora, en la esquina de Gran Vía y Conde de Urgell, entró de pronto un lustrabotas de andar cansino, acento que pudo ser argentino o uruguayo, en sus años mozos, o sea antes también de que su verdadera nacionalidad fuese desteñida por los años. Por primera vez en la vida, Eleodoro Holguín sintió piedad por un limpia, puesto que lo normal en él era sentir que un hombre que ejerce esta profesión, y que la ejerce bien, además, es digno del más grande respeto y admiración. Y, desde la lejana época de Los Magos del Trapo, aquel respeto y admiración, unidos además a esa suerte de atracción fatal que sintió siempre por estos seres encargados de mantener nuestro calzado impecablemente brillante, había sido siempre el aspecto más llamativo de su carácter, por lo que ahora le sorprendía

descubrir que este viejo, gordo, bovino, y como desdibujado lustrabotas, le inspiraba verdadera piedad, maldita sea, porque además limpiaba pésimo y lo hacía encima de todo mientras se tomaba un café y se fumaba un cigarrillo, que, o jamás aspiraba, o estaba hecho para que se le apagara incesantemente, sabe Dios, pero lo cierto es que el tipo no paraba de interrumpir su labor para encenderlo una y otra vez. Además, sus latas de betún estaban prácticamente vacías, siempre, y los restos que utilizaba, más para hacer la finta de limpiar que para limpiar, estaban también completamente resecos. Pero el colmo era que a veces el tipo como que se iba de este mundo y ya ni siquiera hacía la finta de limpiar, pero, eso sí, le exigía a uno que le pagara su expreso y aquel extraño y amarillento cigarrillo que le debía durar el día entero. De La Locomotora, cafetería y restaurante con cierta pretensión, aunque la verdad que horroroso, tristísimo, patético, lo largaban incesantemente, pero el pobre hombre reaparecía siempre de nuevo, dos veces al día y como si nada, a eso de las once, por la mañana, y a eso de las siete, por la tarde, cada vez más ausente de este mundo, cada vez más desolador.

Total que Eleodoro empezó a reaparecer también en La Locomotora, mañana y tarde, y cada vez más frecuentemente, en busca del pobre limpia residualmente argentino, y arrastrado sin duda alguna por la inmensa piedad que le inspiraba un hombre que emprende la aventura de emigrar a Europa, sin más resultado que el de andar lustrando calzado por las calles. Además, como el hotel de Eleodoro no quedaba nada lejos de La Locomotora, constantemente se lo cruzaba por el barrio y pensaba que ese pobre hombre no tenía más que dos o tres latas de betún casi vacías y unas escobillas absurdamente peladas, para librarse de la mendicidad.

Y cuando menos se lo esperaba, Eleodoro Holguín, que ya debía andar por la misma edad que aquel patético lustrabotas, se descubrió lustrándose cuatro veces al día los zapatos, dos por la mañana y dos por la tarde. La razón era obvia, o al menos a él le parecía que era obvia, pues cada mañana y cada tarde se limpiaba los zapatos con aquel pobre viejo que fue argentino o uruguayo, y que más le ensuciaba que le limpiaba los zapatos, y dos veces más se los volvía a limpiar en la calle Caspe, en el término de la distancia, para que lo más rápidamente posible se los dejaran tal y como a él le gustaban, una vez más.

Y el único cambio que hubo, con el paso del tiempo, fue que La Locomotora cerró para siempre y que ese pobre tipo le arruinaba ahora los zapatos en la terraza de un café llamado Ordesa, también en Gran Vía, pero en la acera de enfrente, y que luego cruzaba penosamente las tres pistas y veredas de esta ancha avenida, con una impresionante pinta de buey, para irse a esperar horas ante el abandonado local La Locomotora.



# LA ESPOSA DEL REY DE LAS CURVAS

*A mi primo Alfredo Astengo Castañeta, otrora rey de las curvas y desde niño rey también de los grandes afectos.*

**A**lguien, en el Inmaculado Corazón, colegio norteamericano a pesar de su nombre impolutamente español, allá por 1944, sin duda alguna, se le ocurrió calificarme nada menos que de *cuentacuentos*, palabreja esta que hoy sí que se usa, y mucho, me parece, para designar a aquellos magos de la palabra capaces de embrujar a un auditorio, grande o pequeño, o, por qué no, también, por ejemplo, a los invitados a un almuerzo o comida, en aquella sacrosanta institución que para mí resulta ser siempre la llamada sobremesa. Tal vez por esto es que no soporto yo que una sobremesa se lleve a cabo en el mismo comedor en el que se ha almorzado o cenado hace un momento.

No lo soporto, en realidad, porque entre otras cosas una silla de comedor jamás es tan blandita ni tan acogedora como un sillón, un sofá, o una poltrona, muebles para mí ideales, si los hay, para una buena sobremesa, y aquí además habría que agregar a la dulce mecedora, e incluso, por qué no, a la siestera y veraniega hamaca, aunque ésta no es propiamente un mueble, pero que nadie me diga eso sí que no es una verdadera delicia desaparecer enrolladito en una ligera y colgantita hamaca, mientras que un buen cuentacuentos te deleita con su interminable y feliz relato oral.

Pero llegados aquí, perdóneseme, por favor, por acotar, o, lo que es bastante similar, en este caso, por caer en digresión, algo que, según mi

experiencia, va a contracorriente de lo que sucede con *Las mil y una noches* —de cuya versión definitiva y rigurosísima acaban de quedar definitivamente excluidos, por espurios, relatos tan fabulosos como «Alí Babá y los cuarenta ladrones», «Simbad el marino» y «Aladino y la lámpara maravillosa», habiéndosele agregado, en cambio, la altísima carga de sensualidad, que, sin duda alguna, fue suprimida, a su vez, por mil y una censuras, hasta el día de hoy, y que por aquellos tiempos de muy grandes, lujuriosos, y encantados relatos orientales, realmente impidió que a Sheherazade le cortaran el pescuezo—. Pues sí, perdóneseme por acotar y por caer en el tan cervantino *pecado* de la digresión, y por consignar recién aquí algo que he venido observando a través de los años, y esto es, nada más y nada menos, que jamás de los jamases el gran cuentacuentos de una reunión ha sido una mujer, o sea *una real* cuentacuentos.

Narradoras de bellísimos libros las hay, y decenas o centenas, claro que sí, pero a lo que me refiero yo ahora es a que nunca me ha ocurrido que sea una mujer la que ha embelesado a todo un grupo de invitados a una reunión, ni siquiera tratándose de una íntima reunión de grandes amigos de toda la vida. ¿Será éste un campo en el que aquello de la igualdad de los sexos todavía no funciona para nada, hasta el día de hoy? Definitivamente, no voy a ahondar ahora en este asunto, puesto que mi relato va por derroteros muy distintos y en nada se propone tratar un tema de desigualdades de ningún tipo, ni siquiera de género, que para ello hay otros espacios muy distintos al de un simple relato e incluso mucho más apropiados que éste.

No. Mi relato lo que pretende es dejar bien establecido que, allá por 1944, o sea contando yo, a la sazón, con unos tiernos y frágiles cinco ahítos, me sentí pésimo cuando alguien me dijo que yo era nada menos que un cuentacuentos, por no decirme que yo era nada menos que un mentiroso de mierda, o todo un palerazo, o, también, que: «A ti, pedazo de farsante de eme, a ti sí que no se te cree ni lo que comes», y que, además, el malestar que aquella palabreja, aquel despectivo *cuentacuentos* —hoy ya todo un verdadero, un real y muy respetable sustantivo que nos habla de un oficio tan viejo como la prostitución, apuesto lo que quieran—, allá por 1944, en los verdes e impolutos jardines del colegio Inmaculado Corazón, me produjo la primera gran desazón de mi vida.

Y tuvo que pasar mucho tiempo, siglos, en realidad, tuvieron que pasar, antes de que yo lograra deshacerme para siempre de aquella galopante

desazón, sí, miles y miles de años pasaron y todos ellos repletos de noches y más noches de una profunda inquietud infantil y de una infinita cantidad de desasosegados días con sus interminables y agotadoras noches de zozobra, de insomnio, de infelicidad, y todavía millones de años más de días y de noches enteritos e interminables, llenos, repletos de inmensa soledad y de angustia.

así, hasta la deliciosa tarde aquella en que fui a hablar con *sister* Mary Agnes, la monjita USA que yo más amaba de todas en el colegio de mi infancia, la del piano al atardecer, ahí solititos los dos con Chopin y aquel olor a mundo feliz, a mundo lleno de bondad, de mi monjita llegada de Richmond, en el estado de Virginia, y, cuando aquella tarde milagrosa yo le conté uno de mis cuentos, uno solo, lo recuerdo como si fuera ayer y lo sigo viendo y oliendo mi cuento sobre la grande y estrecha amistad que me unía al muy orondo pavo real del colegio, tamborileó traviesamente sus dedos dulces y mágicos sobre mi mano y muñeca derechas, que andaban en pleno Chopin, y, con tan sólo pronunciar la mágica palabra *storyteller*, me liberó para siempre de ser un niño tembloroso y culpable, un atroz y a la vez aterrado cuentacuentos.

—*But Pepo, you are indeed a most fabulous storyteller, and not at all a common and vulgar cu—en—ta—cu—en—tos whatsoever, you're anything, Pepo, but a cheap cu—en—ta—cu—en—tos.*

Las palabras *mentira, mentiroso, palero, farsante*, o frases como *Yo a ti no te creo ni lo que comes*, nunca más volvieron a hacer mella sobre mi estado de ánimo, no, nunca jamás. Yo era, yo sería, y ya para siempre, *a most fabulous storyteller, indeed.*

lo demás, claro, ya iría viniendo solo, con el paso de los años, desde mis cultas lecturas sobre este tema en libros tan sabios como el siempre fresco *El hombre rebelde*, de Albert Camus, que, a pesar de haber sido publicado hace unos sesenta años, siempre parece escrito ayer por la tarde, pasando nada menos que por la maravillosa novela *The Storyteller*, del gran narrador británico Alan Sillitoe, hasta las maravillosas sobremesas mexicanas, allá en el estado de Chiapas o en el mero Distrito Federal, con Heraclio Zepeda, el más grande cuentacuentos de México, por no decir del mundo entero.

Ah..., y además con Heraclio Zepeda comparto yo —y retomo aquí un hilo que se me quedó suelto por ahí— aquello de que una sobremesa, para ser genial y hasta sensual, por qué no, tiene que tener su buena dosis de

apoltronamiento —e incluso algún buen cigarro puro que humea por ahí—, y de gran confort. Tiene pues que ser ya en la sala, después de un almuerzo o de una cena sobre las duras y rectilíneas sillas de un comedor. Y por ello sin duda, cuando Heraclio o yo terminamos una comida y notamos que el dueño de casa nada dice de pasar a los amplios salones, no bien notamos tal cosa, con gracia, eso sí, con mucha gracia y educación, aunque firmemente, eso sí, nos incorporamos alegando que aquí en el comedor y en estas sillas tan tiesas no podemos seguir, entre otras razones porque los hombres tenemos menos culepe que las mujeres, y las sillas, las duras y tiesas sillas, por lo tanto, señoras y señores...

La verdad, no sé cuál de los dos, si Heraclio o yo, descubrió este argumento tan contundente y tan pero tan convincente, mas lo cierto es que hasta la dueña de casa salta, en estas ocasiones, y lo hace como muy suave pero también muy firmemente eyectada de su silla, igualito que si llevara su buen resorte en el tafanario, sí señores y señoras, y así igualito y detrasito de ella se eyectan enseguida, todas a una y felices, las demás hembras, porque, sonríen ellas mientras asientes, da gusto que a una se le reconozca este femenino *surplus*, esta gran ventaja sobre el varón, esta superioridad de género que nos permite, incluso, ni siquiera notar la incomodidad de las chatas y tiesas sillas, mientras que a ellos, bueno, a ellos hay que tenerles piedad, y pasar, tan agradable y agradecidamente culoncitas, al salón, sí, hija, antes de que se nos acalambren, los pobres, de purito escuálidos que son de las asentaderas, y antes también de que se les duerma, con muslos y entrepiernas, el potito todito, y hasta la que te dije, m'hija, y vete tú a saber qué más...

Pero, volviendo al gran Albert Camus y a su *Hombre rebelde*, un conjunto de ensayos sobre las mil maneras en que los hombres suelen rebelarse contra algo, o contra todo, y en el cual no falta ni siquiera un capítulo dedicado nada menos que a los terroristas, rebeldes también, aunque a su criminal y feroz manera, para el gran escritor y pensador francés, tan prematuramente fallecido. Pues bien, de los escritores y de las demás variantes de cuentacuentos o *storytellers*, que para el caso hoy me da ya exactamente lo mismo, Camus nos dice que son, ni más ni menos, que unos *Rebeldes metafísicos*, unos seres que no soportan el absurdo destino del hombre, y que, pluma fuente, estilográfica o máquina de escribir en mano —Camus no alcanzó a conocer la computadora—, se levantan en

armas contra ese absurdo destino y contra todo aquello de que sólo al morir cumple literalmente el hombre con su destino humano. Un hombre, según Camus, conoce perfectamente el nacimiento del río de su vida, pero jamás su desembocadura en el amplio mar de la nada final. Y por ello se rebela, aunque también porque, siendo así las cosas, no sólo vive una gran angustia vital, sino que encuentra que su destino es algo tan chato como aburrido.

de ahí que cuente historias y escriba novelas, el hombre, novelas e historias que, por su propia definición en los más rigurosos diccionarios, son ficciones escritas en prosa, o sea purita mentira. Y, sin embargo, la gente compra y lee esas mentiras escritas en prosa. ¿Por qué? Pues porque leyéndolas, mucho más incluso que la minuciosa historia real de las naciones, con sus guerras y sus batallas, con sus grandezas y sus miserias, en fin, en los verdaderos libros de historia o también en las biografías muy reales y fieles de los grandes personajes que participaron en ella, el hombre se está rebelando metafísicamente contra el absurdo de su vida, chata y angustiosa, y a la vez sumamente aburrida, muy a menudo, y para colmo de males, sin un desenlace conocido.

así, pues, y volviendo ahora nuevamente a aquel 1944 de mis cinco años y el colegio Inmaculado Corazón, resulta, nada menos, siempre según Camus, claro está, que yo a la tierna edad de cinco años ya era todo un tremendo rebelde metafísico, y vean ustedes ahora cómo. Y vean ustedes cómo, también mi mamá, de una manera tan encantadora como entrañable, fue, a su vez, aunque tan sólo parcial y cómplicemente, toda una grande, maravillosa y entrañable rebelde metafísica.

Sucedía por aquellos años que, al igual que todos los niños, yo necesitaba un héroe que emular, que admirar, que querer, e incluso que adorar e idolatrar. Pero mi padre, tímido entre los tímidos, rígido entre los rígidos, y muy callado entre los mudos, incluso, era cualquier cosa menos un hombre idolatrabable. Lo respetaba todo, tanto y tanto, mi papá, que, me consta, les juro que me consta a mí, su eterno y aburridísimo copiloto en un viejo Pontiac siempre impecable, azul marino y lento, que, por temor a pasarse el siguiente semáforo, mi padre era capaz de detenerse incluso en el anterior. Y las únicas curvas que daba bien eran aquellas destinadas a evitar un bache de la avenida Salaverry, tanto de ida como de vuelta de su oficina en el centro de Lima.

Por fin, un día, su jefazo en la casa comercial en la que trabajaba demasiado, mucho más de lo que nadie le había pedido, le dijo que con ese carromato azul del año del rey Pepino no podía seguir andando, oiga usted, don Santiago, por lo que la empresa, boyante como nunca en aquel año de Dios, según constaba en el minucioso y pluscuamperfecto balance anual, elaborado, cómo no, por mi padre, que además había diseñado los planos para el nuevo edificio de la empresa, y también los de unas quince sucursales que estaban por abrirse en provincias, y encima de todo había confeccionado el uniforme modelo para los negros porteros y ascensoristas, sin olvidar tampoco el tapiz de los muebles de las oficinas de los más altos jefes y así mismo las cortinas de las más encumbradas oficinas y hasta el traje de las secretarias, entre varios otros menesteres de los cuales el jefazo no tenía aún cumplida noticia, y que mi enano padre, por muy alto que fuera, y lo era y mucho, en su infinita modestia, por supuesto que jamás sería capaz de añadir un solo detalle más a la interminable lista de deberes y obligaciones para con su empresa, deberes y obligaciones que nadie nunca le había asignado, por lo demás. Lo suyo, pues, con aquella empresa, era lo que suele llamarse una entrega total, una entrega absoluta, una vida entera consagrada, consagrada de día, de noche, también de medianoche, me consta, y de cuerpo y alma.

—En fin, don Santiago —terminó su jaculatoria perorata el gran jefazo —, que ese antediluviano Pontiac suyo hoy mismo lo pasamos al desguace, y ahora, por favor, tenga usted la amabilidad de aceptarme las llaves de su flamante Ford coupé azul, juvenil y casi deportivo, por tratarse de un hombre como usted, muy joven aún, aunque, eso sí, muy poco deportista, según me dicen. Pero también esto tiene arreglo, pues a partir de mañana mismo contará usted con un profesor de esgrima.

—¿Un profesor de qué...? —balbuceó mi padre, aunque sin llegar a balbucear del todo, en realidad, porque un empleado modelo simple y llanamente no balbucea.

—Un profesor de esgrima en el Club Nacional, del cual, como bien sabe usted, don Santiago, yo soy presidente actualmente. Y pues acabo de lograr, en tanto que tal, que sea usted elegido socio con gran beneplácito de todos los presentes en aquella convocatoria de la junta directiva...

Mi padre, que normalmente era mucho más alto que el jefazo, sabe Dios cómo, aunque sin duda alguna debido a su maldita flema anglo-sajona,

había logrado, aquella también maldita mañana, ser bastante, nada menos que bastante más bajo que éste. Y yo, que sabe Dios por qué, no lo recuerdo, ni he logrado recordarlo nunca, estaba sin embargo con él esa mañana, muerto de vergüenza a su lado al comprobar que un hombre puede empezar una conversación siendo más alto que otro, mucho más alto, además, y terminarla siendo mucho más bajito. La realidad era, pues, chata, muy chata, enana, en verdad, y encima de todo tremendamente aburrida, habiendo o no leído a Albert Camus, y, por supuesto, aquella lejana mañana triste y vergonzosa, a mí me faltaban por los menos un par de décadas para leer *El hombre rebelde*.

De vuelta a casa por la amplia y arbolada avenida Salaverry, con su paseo central para jinetes, amazonas y caballos de distintas escuelas de equitación, con sus grandes muros, sus grandes casas, sus curvas, y aquellos semáforos que eran la obsesión de mi padre, el flamante Ford coupé y azul no lograba entusiasmarme en lo más mínimo, ni siquiera con su olor a nuevo, con su impecabilidad, ni siquiera con su modernísimo y muy ágil diseño. Todo, pues, era bello y nuevo y elegante, por la avenida Salaverry, pero todo era al mismo tiempo chato y gris y aburrido, y sumamente triste, además.

No, definitivamente, no había ni habría jamás manera de que mi padre fuera un héroe, mi adorado y admiradísimo héroe. Y en ésas andaba, cuando, de pronto, quién lo hubiera jamás pensado, mi padre habló, pero no sólo habló sino que soltó una tras otras estas mágicas palabras de héroe, palabras sin duda destinadas a que lo adorara, a que lo admirara, a que lo idolatras, y a convertirlo en el Rey de las Curvas, superando, sin duda alguna, incluso al verdadero Rey de las Curvas, al gran piloto peruano Arnaldo Alvarado, cuyo Ford color ladrillo, del mismo año que el de mi padre, barría en las carreras con rivales llegados de toda América Latina y aun de los Estados Unidos, generalmente con automóviles mucho mejor preparados y poderosos. Pero Arnaldo Alvarado los pasaba a todos, y nada menos que en las curvas, uno tras otro iban quedando atrás todos aquellos gringos y ches y brasileños y chilenos que, hasta el momento de enfrentarse a una peligrosísima curva, le iban sacando ventaja a nuestro Rey, aunque sin sospechar jamás que éste, intrépido héroe peruano, dechado de habilidad y de valentía patria al volante de su Ford coupé color ladrillo, en fin, con unos huevos como los del Cid Campeador, aceleraba a fondo en las curvas y no

sólo no derrapaba, sino que, todo lo contrario, se diría que, semejante a los dioses, volaba una tras otra sobre ellas y los dejaba también uno tras otro botados, rezagados, boquiabiertos, lelos, tirados los dejaba a todititos sus temibles contrincantes con su rugiente coupé el gran Arnaldo Alvarado, Rey de las Curvas del Perú y del mundo entero.

Por supuesto que mi padre no dijo tanto, pero sí me miró y me preguntó: «¿Y qué tal si aceleramos un poquito y vamos probando este automóvil que la empresa me ha hecho el honor de obsequiarme, a pesar de que mi viejo Pontiac, cuidándolo como es debido, aún habría tenido para rato?»

—Ya, pues, papá —me sorprendí diciendo, mientras me acomodaba y hasta crecía en mi asiento de copiloto—. Olvídate del Pontiac, papá, y acelera, por favor acelera, papá.

Y el viejo aceleró y ni frenó siquiera en un par de curvas, por allá por el bosque de Matamula, aunque claro, no eran curvas tan cerradas como las de Arnaldo Alvarado, el Rey, al menos por ahora, pero curvas eran de todos modos y la aguja de la velocidad indicaba a cada instante diez kilómetros más por hora y, si yo me sentía gigante, ahí en mi asiento de todo un señor copiloto, hubiesen ustedes visto la estatura que iba cobrando mi padre en el mundo del deporte automotor, su talla gigantesca en el automovilismo mundial, el control magistral de su bólido a medida que iba quemando etapas en la disputa del Primer Gran Premio Mundial de los más Grandes Turismos de la Industria Automotor de todo el Universo Mundo.

Pero el río habría de desembocar en un lugar y en un momento muy preciso, en contra de todas las predicciones de Albert Camus, convertido en esta ocasión en una suerte de locutor fatal y patético de aquella desembocadura en la desoladora mar, muy a lo Jorge Manrique, poeta del cual por supuesto no sabía aún ni jota por aquellos años. Pero, si de la muerte de su padre trata Manrique en sus famosas coplas, a mí sólo me quedó silencio y una muerte, la de mi querido viejo, cuando interrumpió su carrera rumbo a la gloria máxima y me dijo que era preferible llegar con unos diez minutos de atraso a casa, al tristísimo almuerzo familiar, que estrellarnos y llegar, en un segundo, en tan sólo un segundo, hijo, al otro mundo.

Chato destino el de este *storyteller*, madre Mary Agnes. Sin embargo, camusiano sin saberlo, ni mucho menos imaginarlo aún, una mañana de sol aterricé en el colegio convertido en el hijo del Rey de las Curvas, del gran



Arnaldo Alvarado. Por arte de magia, o sea, por arte de un rebelde *storyteller*, y pensando siempre en los elogios que, como tal, había recibido de la adorable y perfumada *sister* Mary Agnes, apoyado por sus tan positivas palabras, el Ford coupé y azul de mi padre, lo pintábamos él y yo, muy de madrugada, antes de cada carrera, por supuesto que a escondidas de mi madre y de mis hermanos, y, enseguida, el bólido color ladrillo, con mi gigantesco padre al volante, y yo, muy oculto en tanto que copiloto niño de él, aunque embebido en mi función, mecánico y sabio, convertido al mismo tiempo en todo un manual de instrucciones, colaboraba con el Rey de las Curvas en todo momento y era también parcial factótum de aquellos golpes de timón que ya eran la envidia del mundo y de aquellos sabios trompos con que mi padre, quiero decir con que Arnaldo Alvarado o el Rey de las Curvas, y, bueno, por supuesto también mi padre, de un tiempo a esta parte, acertábamos distancias, dejábamos atrás a los veloces pilotos yanquis, mientras que a todos los demás pilotos peruanos, e íntegra la Unión Panamericana, la barríamos a nuestro sabio antojo, aunque respetando siempre a los pilotos accidentados o en problemas con sus bólidos, pues un Rey de las Curvas es también un gentilhomme que hace gala de gran hidalguía e incluso es capaz de perder su ocasión de batir una marca mundial, deteniéndose para ayudar a un rival, aunque, a pesar de ello, Arnaldo Alvarado, mi superpadre, el Rey de las Curvas, sabido era en el mundo entero que no tenía rivales, que era el Rey, el auténtico Rey de las Curvas, el astro Rey de las autopistas, y el Rey de Reyes de todos los peruanos.

Yo, a su lado, qué no hacía para colaborar en tan legendaria grandeza, yo me crecía, yo me jugaba el pellejo, y yo era de una eficiencia extraordinaria, pues un Rey de las Curvas sólo puede correr al cien por ciento de sus posibilidades, si, a su lado, tiene a un Rey de los Copilotos, lleno de cuadernos con millones de anotaciones, de consejos que dar, y de esa mirada de lince que me permitía ver, mucho antes incluso que El Rey de las Curvas, si un perro se nos estaba cruzando en el camino, o si la curva que nos esperaba traidora tenía tantos o tantos grados, si era abierta o muy cerrada, porque, de ser muy cerrada, y esto es algo que al colegio entero sí que lo hacía entrar en trance, mi padre, el campeonísimo Arnaldo Alvarado, crack de cracks, héroe del deporte mundial, todo un as, lejos de aminorar la velocidad para entrar en la curva con prudencia, lo que hacía era meter pie a

fondo y entrar en esa curva con genial sabiduría, convertido para siempre en un mago del volante.

Fueron meses, casi un año, ganando y ganando el circuito de Atocongo, a cada rato, por ejemplo, ante el extasiado alumnado del Inmaculado Corazón. Respondí a miles de preguntas y jamás me contradije o titubeé, por ejemplo, cuando uno de los alumnos me preguntó, página de un diario en mano, por qué diablos el padre que todos me conocían se llamaba Santiago y era muy alto, mientras que Arnaldo Alvarado era más bien un tipo bajo, bastante bajo, y por qué diablos el copiloto aquel que bajaba del Ford color ladrillo no se parecía ni en pelea de perros a mí, ni tampoco el auto color ladrillo del Rey al coupé azul de mi padre. En fin, que la gente preguntaba unas tonterías que para qué. Y no te das cuenta, tontonazo, que si mi padre y yo corremos a escondidas de mi madre, que moriría de miedo de saber la entera verdad, lo menos que podemos hacer es pintar a escondidas el auto color ladrillo cada madrugada, antes de una carrera, y que bien pagados tenemos a los fotógrafos deportivos para que, en vez de sacarnos a nosotros con sus cámaras y sus flashes, tengan una buena colección de fotos de un empleado de la empresa en que trabaja mi padre, y de su hijo, que se parecen bastante además a Arnaldo Alvarado y a ese hijo suyo que es su copiloto, uno bien muchachito. Así, concluía una eterna mañana repleta de preguntas, y así, también, pero además de miles y miles de muy diferentes maneras, concluyo yo, también, ya casi como un autómatas, a la eterna exigencia de los amigos y amigas que asisten a alguna apoltronada sobremesa, en la que me encuentro, y una vez más me piden, me ruegan, que les hable de mi infancia de *storyteller*, allá en los años cuarenta, en el Inmaculado Corazón.

Y, mientras, les doy gusto y empiezo siempre por una carrera muy distinta de la del cuento anterior, de la misma manera en que, allá en su Chiapas natal o en la Ciudad de México, Heraclio Zepeda te cuenta eternamente la misma guerra, pero cambiando siempre de generalazos y de caudillos bigotudos y, por supuesto, cambiando siempre también de batalla y de desenlace, ya que el arte de contar historias no tiene principio ni final, jamás, aunque en mi vida sí que hubo una gigantesca excepción a esta regla general, válida pues para todo aquel que desee encandilar a un auditorio, muy grande o muy pequeño, con una de esas historias de nunca acabar.

Fue mi madre, nada menos que mi madre, ella sí lectora de Albert Camus por aquellos años cuarenta y cincuenta, hoy tan lejanos, quien representó a la perfección el papel de rebelde metafísica aquella prodigiosa mañana de mayo, que hasta el día de hoy llevo en el alma. Y así resulta que andaba yo metido, de lleno, en una de las mil carreras de Arnaldo Alvarado, allá en el jardín del Inmaculado Corazón, muy cerca de la puerta del colegio, lo recuerdo clarito, cuando apareció ella en su Peugeot gris, afrancesada hasta en esto de los automóviles, como era ella.

Y entonces sí, de golpe, e interrumpiendo torpemente, maleducadamente e incluso brutalmente la magia de mi relato, y además todo un nuevo récord mundial de velocidad del Super Rey de las Curvas, que me acababa de sacar de la manga, en un desesperado afán de detener esa tan inmerecida desbandada, el colegio entero corrió hacia el automóvil ya detenido de mi madre. Y las preguntas fueron millones, les aseguro, y toditas, sin excepción, destinadas a destrozar el universo mágico que yo, generosísimo en el fondo, ponía a su alcance y disposición, mañana tras mañana, una tarde tras otra, para gran satisfacción del colegio enterito. Ahora, en cambio, las preguntas de mi tan torpe auditorio, exaltado al máximo, ciego y embrutecido al máximo, convertido ya en turbulenta y envilecida masa, ahí, a gritos ante la ventana abierta del Peugeot de mamá, fueron respondidas una tras otra con la más grande atención y seriedad, por mi sonriente y muy satisfecha madre, aunque sin perder nunca su rostro de bondad e inteligencia y sin dejar de mirarme tampoco nunca, de rato en rato, con un guiño de ojo de lo más cómplice y travieso que darse pueda, sobre todo en una situación como ésa. Y así hasta que, de golpe, repentinamente, surgió la más peligrosa de todas las preguntas. Me sentí perdido al escuchar que el gordo Landázuri, ansioso, jadeante, amenazante y como quien busca incluso su venganza, todo al mismo tiempo, le preguntaba a mamá:

—Señora, ¿es usted la esposa de Arnaldo Alvarado?

—Por supuesto que lo soy, hijito. Por supuesto que lo soy. ¿O es que todavía no les ha contado Pepo que llevo años casada con El Rey de las Curvas?

—Pero, señora —agregó, bastante enardecido ahora, el incrédulo Landázuri—: ¿Es usted realmente la esposa de Arnaldo Alvarado?

—Pues si Pepo lo dice, por supuesto que lo soy, hijo mío. Faltaría más.

Pero esto no es todo. Porque mi historia en verdad sólo termina en el momento en que aparece *sister* Mary Agnes, saluda a *misses Al-va-ra-dou*, y, con todo el colegio Inmaculado Corazón jadeando aún, le cuenta que *storyteller* Pepo cada día interpreta mejor a Chopin.

***Fin***

***Escaneo y corrección del doc original***

 ***IMAGE***

***Maquetación ePub: ratón librero (tereftalico)***

 ***IMAGE***